

VALENTINA LIBERTAD



EL SECRETO

DE
Diego

EL SECRETO DE *Diego*

Primera Edición - 2018

Escritora: Valentina Libertad

www.facebook.com/valentinaylibertad

Cuando me decidí a escribir, este fue el resultado.

Nueva Escuela

Amalia contemplaba con resignación su reflejo en el espejo. Nada había cambiado allí, salvo el uniforme que vestía. Ernesto, su padre, al darse por vencido y ceder a las recomendaciones de sus pocos amigos, había matriculado a su adorada hija en uno de los más prestigiosos colegios de la ciudad, al que asistían hijos e hijas de importantes políticos, empresarios y médicos colegas del Hospital en que él trabajaba. La angustia que le producía ver a su pequeña aislada del mundo, lo llevó a considerar un entorno religioso y moralista como última alternativa para encausar su amargura y asegurar, por fin, su futuro.

Esta decisión había sido tomada, por supuesto, sin consultar a Elena, su actual esposa, que de seguro habría estado en contra. Mucho menos iba a preguntar a Amalia, que se mantenía inmóvil frente a su espejo, intentando asimilar que asistiría a una escuela en donde llevar la falda dos dedos sobre su rodilla y abrazar a algún compañero de sexo contrario, estaba prohibido. Le costaba aceptar que su padre asumiera que aquello era lo mejor. Ensimismada en su discusión imaginaria, tres golpecitos que identificó muy bien sonaron en habitación.

—No será tan terrible —murmuró Elena a través de la puerta.

Amalia no respondió y no bajó a desayunar hasta que oyó alejarse los tacones delicados de su madrastra. Su relación no era la mejor, y a pesar de la gran cantidad de tiempo y energía que Elena ponía en generar confianza con la hija de su esposo, ella seguía ignorándola. Pero no se daba por vencida. La observó bajar por la escalera mientras aplaudía entusiasmada, cómo una madre que lleva al kínder por primera vez a su pequeña hija.

—¿Estas ansiosa? Espero que no estés muy atrás en relación a tus compañeros. Si necesitas ayuda, recuerda que nosotros podemos...

Su voz se perdió en la mente de Amalia, que no deseaba escucharla. Jamás la aprobaría como reemplazo de su madre, por lo que escapaba de cualquier muestra de afecto o preocupación. Sin rastro alguno de culpa, se volteó para despedirse e interrumpir su monólogo.

Elena volvió a hablar con la dulzura que la caracterizaba:

—¿Te llevo? —preguntó.

Y un nuevo desaire fue la respuesta que recibió.

—Lo siento cariño, tu padre me lo pidió —replicó, esta vez, sin dar espacio a negociación.

Amalia asintió de mala gana para salir dando un portazo en la puerta principal y subir al auto en completo hermetismo, sin decir ninguna palabra hasta la puerta del colegio. Amalia bajó sin despedirse, sin agradecer, sin siquiera volver la mirada.

—¡Nos vemos en la tarde! —alcanzó a gritar Elena.

Pero nada sucedió. Ella de verdad apreciaba a Amalia, no era un afecto fingido ni interesado, era una buena esposa y una buena madrastra, pero no era su madre. Amalia no podía y no quería quererla de un día para otro o de un mes para otro o de un año para otro o... bien, llevaba ya seis años. Elena la siguió con la vista mientras se alejaba y tomó un gran respiro antes de retirarse. Ya no sabía qué hacer.

Las clases habían comenzado en marzo, y Amalia se integraba en Abril. Había perdido el último año por su explícito desinterés en los estudios y debía volver a cursarlo en un nuevo establecimiento, pero ningún colegio estaba interesado en recibir alumnas como ella. La vacante en el Instituto de Ciencias y Humanidades al que comenzaba a asistir, había sido arreglada por el Dr. Henz, un antiguo amigo de su padre y muy cercano a su familia. Una familia típica que poco tenía que ver con Amalia: Un padre arrogante, un hijo presumido, una esposa perfecta y un perrito insoportable.

El enorme portón metálico que indicaba el ingreso al instituto le dio la bienvenida. Tras él, un hermoso jardín de pasto exageradamente verde y bien cuidado antecedió al hermoso edificio en donde un hombre de unos 60 años, vestido con delantal azul y dueño de una orgullosa y enorme pansa, recibía a los estudiantes.

Ella se acercó y saludó con amabilidad:

—Soy Amalia Vargas, ingreso hoy al Cuarto Medio B, soy nueva aquí, ¿podría decirme como llegar a mi clase?

El hombre sonrió y de forma cariñosa indicó el camino. Ella agradeció y con paso decidido avanzó hasta el salón. Era un colegio muy lindo, de amplios pasillos y enormes ventanales por los que el sol de otoño entraba a raudales. Era evidente que sus dueños buscaban hacer notorios alardes de

grandeza con esa costosa construcción. Algo típico para la gente de buen nivel económico, pensó. Cuando estuvo frente a la puerta de su nueva clase, pudo ver a una caucásica profesora dirigir la clase a unos perfectos alumnos.

Amalia sintió la rabia comenzar a salir. Ella sentía un profundo rechazo por aquellos de clase alta. Su madre, que había llegado desde un país extranjero, a pesar de ser médico, al igual que su padre, había sido constantemente aminorada en sus trabajos y discriminada de forma voraz por sus raíces morenas y altioplánicas. Aquella situación se había vuelto constante y se agravaba día a día, por ello, su familia jamás había asistido a las fiestas del Colegio Médico y se mantenían alejados lo más posible de esa burbuja de grandeza que rodea a los sectores acomodados. Sin embargo, este año no había tenido más opción.

Golpeó con desanimo la puerta, y con un gesto, la profesora la invitó a pasar.

—Tú debes ser Amalia, ¿cierto?

—Cierto —asintió mientras examinaba a sus compañeros de clase, pudiendo ver todos esos ojos de colores observarla.

La evaluaban detenidamente y ella lo sabía. Sus ojos no eran verdes, ni azules, ni castaños. Eran negros como el carbón, y lo bronceada de su piel no era producto de sus costosas vacaciones. Ella era así, del mismo color que la tierra, y ellos eran de algún país que ella no quería conocer.

—Amalia, puedes sentarte en ese lugar, mientras conoces a tus compañeros.

Su profesora indicaba uno de los asientos desocupados del salón. Junto a él, los únicos ojos que no la miraban. El único cabello negro del salón, aparte del suyo. Un chico distraído miraba hacia la ventana en lugar de observar el show de la compañera nueva.

Se acomodó junto a él y saludo, pero el chico no la miró ni respondió.

Genial.

La clase avanzó y Amalia no entendía absolutamente nada de lo que se hablaba en ella. Su descuido académico podría costarle un año más y la universidad se veía cada vez más lejana. La hora del descanso llegó y su compañero de asiento se levantó con brusquedad para salir del salón. Sus rubias compañeras aprovecharon ese momento para acercarse a saludar.

— ¡Hola! ¿De dónde vienes? ¿Por qué te cambias en el último año? ¿Dónde vives? ¿Qué edad tienes? ¿Te inscribirás en algún club?

Y así, miles de preguntas que no alcanzó a responder, puesto que su amable compañero, interrumpía su primer intento de sociabilidad.

—Permiso —dijo, con voz seria, pero amable, y en un segundo, nadie quedaba a su lado.

Se quedó ahí, de todas formas, el descanso estaba por terminar. Su compañero se acostó sobre sus brazos dejando en claro que no tenía ningún interés en conversar con ella. Se retomaron las clases y en los siguientes dos descansos, las chicas se mostraron muy amables. Cuando se despidieron al terminar la jornada, dos de ellas se acercaron para advertirla.

—Ten cuidado con Diego, él es muy extraño, será mejor que no te metas con él.

Diego era su compañero de asiento y sí que se veía extraño. En todo el día, ninguna persona se había acercado a hablarle y nadie lo miraba. Si pudiera haber sido descrito en una palabra, sería sombra. Él pasaba inadvertido, sin despertar interés alguno, inmerso en una nube de silencio. Justo como le había ocurrido a Amalia en su anterior escuela.

Pero este año parecía ser distinto, aunque las conversaciones que sostuvo aquel día con sus compañeras carecían de valor, podía sentir un poco de alegría al ver que su existencia, por fin, era de interés para alguien.

Para los días siguientes, ya hablaba con varias chicas de la clase. Almorzaba acompañada en la cafetería del colegio, incluso podía reír con algunas aburridas bromas.

Tal vez era hora de sonreír un poco.

Llevaba once días en la nueva escuela, todo parecía marchar de maravilla, las chicas la invitaban a sus casas, alababan su cabello, aunque no paraban de recomendar que lo cambiara de color, elogiaban también su color de piel, aunque la convencían de maquillarse, incluso intentaron convencerla de usar lentes de contacto de color. Amalia se sentía halagada, pero no cambiaría las raíces morenas que había heredado de su madre, por lo que

respondía con sonrisas falsas asegurando que lo pensaría.

Todo parecía ir bien, y fue allí, cuando todo marchaba de maravilla, que su mundo se vino abajo y volvió a caer al suelo.

Una tarde, un pequeño dolor de estómago se apoderó de ella minutos antes del descanso para almorzar.

—Amalia, ¿te sientes mal? ¿Vamos a la enfermería? —preguntaron sus compañeras, que se veían preocupadas de verdad.

Aunque eso la tenía muy contenta, aun así, rechazó la invitación, no quiso molestarlas, además de considerar que no era tan grave y que sólo necesitaba descansar. Pidió a sus compañeras que se fueran tranquilas y volvieran con un agua embotellada al terminar su almuerzo. Cuando se encontró sola en el salón, se recostó ligeramente sobre la mesa.

Todos estaban almorzando por lo que reposó confiada de que nadie aparecería, no fueron más de diez minutos, pero al incorporarse, Diego había tomado nuevamente su lugar y en la misma posición que ella, dormitaba con sus ojos cerrados y el cabello sobre su cara.

Amalia se quedó absorta en ese delicado rostro, sin entender qué tenía. Perdió la noción del tiempo mientras miraba cada detalle de su compañero. Sus pestañas eran negras y largas, su piel era de un color diferente, un poco blanca, un poco dorada, y pequeñas pecas se esparcían sobre su nariz; unas tenues ojeras se marcaban bajo sus ojos, que eran ligeramente tapados con su pelo de un negro muy oscuro y más largo que lo habitual en un hombre. Era alto y muy delgado, sus dedos largos y finos. Seguro no era un foco de atención para las mujeres, su espalda delgada no llamaría en absoluto la atención de las adolescentes, pero para ella, Diego parecía era un chico muy lindo.

Ensimismada en él, Diego abrió sus ojos.

—¿Qué haces? —inquirió con sorpresa.

Amalia tartamudeó incapaz de responder. No podía con eso, había sido descubierta en su ridícula fascinación. El rubor explotó por toda su cara, Diego la miró con rostro serio y los brazos cruzados sobre su pecho. Se puso tan nerviosa que el dolor volvió con mucha más fuerza, como un cuchillo que la cortaba en dos. Cruzó sus manos sobre su estómago haciendo una exagerada mueca de dolor, su compañero la observaba sin saber si reír o

preocuparse. Con la misma voz amable que escuchó aquel primer día de clases preguntó qué le sucedía. Avergonzada, Amalia comentó entre dientes sobre su fuerte dolor.

—¿Quieres ir a la enfermería? —quiso saber Diego, aquel hombre, que la había ignorado por dos semanas, mostraba preocupación por ella.

—No te preocupes, solo dime dónde está —respondió ella.

Diego se levantó sin decir nada. Amalia lo observó y asumió que debía ir tras él. Despacio, observando el delgado cuerpo de su compañero, caminó hasta la enfermería, sin hablar y sin mirarse. Pero lo más sorprendente no fue eso, si no verlo, varios minutos después, al salir de allí, esperándola. Y más aún, que le preguntara como estaba.

—Sólo, es un poco de indigestión...—dijo sintiéndose ridícula.

Volvieron en silencio al salón. Diego mantuvo siempre una considerable distancia, casi como si no fueran juntos, y Amalia, por alguna extraña razón, sintió un pequeño rubor en sus mejillas.

Las clases ya se habían retomado, abrieron la puerta en medio de una aburrida clase de Historia Universal. Fue entonces cuando su vida social volvió a ser la misma. Un cuchicheo inundó el salón y otra vez, todos los ojos estaban sobre ella.

Diego se sentó brusco, como siempre. Ignoró las miradas de todos en el salón, observó la pizarra y no pidió disculpas por la intromisión.

Amalia, por su parte, se disculpó para pasar rápido por delante del profesor, se sentó con la cabeza agacha, y los rumores comenzaron a expandirse a su alrededor.

En los meses que siguieron hasta el final del año, nadie volvió a dirigirle la palabra.

Curiosa Rutina

El día comenzaba a las 6.00 am en casa de Amalia, con un ritual inamovible: el desayuno familiar. Cada vez que su padre volvía de un turno o se preparaba para el trabajo, aquel tranquilo momento de silencio se llenaba de incómodas preguntas y escasas respuestas. Por desgracia, las extensas jornadas de trabajo como Internista en el Hospital de su ciudad y la difícil relación que su hija mantenía con Elena, habían ocasionado que ambos se transformaran casi por completo, en unos desconocidos. Ernesto preguntaba con real interés y cariño, pero le era imposible traspasar la barrera que entre ellos se había edificado. Y Amalia, quien a veces deseaba un momento junto a su padre, era incapaz de entablar un mayor diálogo con él. Conversaciones frías, carentes de honestidad y entusiasmo se repetían día a día.

Amalia sabía que era él lo único que tenía, la única persona que siempre le sería incondicional, y habría querido contarle que estaba mal, que ya iba casi un mes de escuela y dos semanas de ley del hielo sobre ella. Que nadie le hablaba, ni la saludaban, ni preguntaban por su día. Pero las palabras no salían de su boca, y las lágrimas no salían de sus ojos. Sabía que si debía llorar, no sería por algo así, había pasado cosas mucho peores y no malgastaría sus lágrimas en ello. Aunque a veces deseaba hacerlo.

Con pesar, dejó de almorzar, si nadie quería hacerlo con ella, nadie lo notaría.

Error.

Elena, que no le quitaba los ojos de encima, fue la primera en darse cuenta. No era una chica delgada, por lo que 14 días sin almorzar claramente se notaron.

—Amalia, tú no necesitas una dieta. Por favor lleva este almuerzo que preparé. Está muy sano, no te hará engordar, por favor hija...

Elena sujetaba una pequeña lonchera, con dedicación y pensando que su “hija” estaba a dieta, había preparado una deliciosa y saludable comida. Pero a Amalia no le importó.

—No soy tu hija y no estoy a dieta.

Elena insistió y con enfado tomó el almuerzo y salió del auto. Odiaba que le dijera hija, Amalia no lo era y no quería que sintiera que tenía algún

derecho sobre ella, lo consideraba una falta de respeto hacia su madre que alguien más quisiera usar su título.

Los días habían pasado sin diferencia alguna, su compañero la ignoraba y muy despacio, Amalia se sumó al silencio que lo envolvía. Al llegar la hora del descanso, tomó su almuerzo, con él aún a su lado, pero vamos, tenía que comer, ¡moría de hambre!

Su madre, le había enseñado desde pequeña que jamás se come sin compartir. Y aunque conocía la respuesta, Amalia preguntó por cortesía.

—¿Quieres un poco?

Esperaba una negativa fuerte y clara, pero su reacción fue, en todo sentido, desagradable. Primero la miró con asombro, luego observó el almuerzo, la volvió a mirar casi con asco y se fue.

Eso sí la molestó.

“No le volveré a hablar, nunca más. Que hombre más arrogante.”

Engulló enojada el liviano almuerzo que Elena había preparado, aun estando ocupada con sus consultas, se había hecho el tiempo de prepararlo... ¿tanto quería llevarse bien con ella?

Clavada en sus pensamientos, un golpe en la mesa la trajo de vuelta a la realidad. Frente a ella, una botella de agua, y a su lado, Diego recostándose sobre su silla, mirándola fijamente.

—¿Qué? —preguntó con tono agresivo mientras disfrutaba el rostro asombrado de Amalia. Una pequeña, muy, muy pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios.

—¿Y esto? —Amalia no entendía lo que pasaba.

—¿No lo quieres?

Diego respondía con tono desafiante, sin quitarle los ojos de encima.

—Sí, gracias. Así que... ¿también puede ser amable?

Diego la observó un momento, tenía los ojos de un color azul hermoso, sin responder, volvió a su mundo y el día continuó en silencio, como de costumbre. Lo maravilloso de este evento, fue que se repitió cada día.

—¿Quieres? —preguntaba Amalia enseñando su almuerzo, y Diego tan sólo volvía con un agua.

Sin decir nada, hasta que entonces, sucedió.

—¿Por qué comes eso? ¿Eres anoréxica? ¿No te da hambre?

Diego cambiaba el típico tono desafiante que usaba con Amalia, por uno burlesco y despreocupado. Miraron juntos el almuerzo, y en efecto... solo ensaladas... y claro que Amalia quedaba aún con hambre, pero no hablaba con Elena, ¿cómo podría haberle dicho?

—No es asunto tuyo —sentenció.

Giró su cuerpo y retornaron al silencio.

Esa noche, Amalia casi no descansó, en sus sueños lo único que podía ver, era el azul intenso de los ojos de Diego.

La mañana siguiente, Elena preparaba el desayuno sola, ya que Ernesto estaba aún de turno. Al momento de retirarse, tomó la típica lonchera del almuerzo de su “hija” para cariñosamente ofrecerle su dedicada preparación.

—Amalia, toma, tu almuerzo —dijo extendiéndole el paquete. Pero Amalia no lo recibió.

—Elena, tú... ¿crees que puedes poner un poco más de carne y algo de arroz? —la chica respondía avergonzada, era la primera vez que le pedía algo a Elena, quien trató de disimular su sonrisa triunfante.

Ese día, Diego no fue a clases.

Faltó por tres días.

Cuando volvió, sus tenues ojeras estaban un poco más marcadas que otros días. Probablemente había estado enfermo, pero a nadie en el salón le importó, nadie notó su ausencia. Solo Amalia, que se sintió más sola e ignorada que de costumbre. Se sentó sin saludar, sin mirar, como siempre.

Para almorzar, retomaron su curiosa rutina.

—¿Quieres? —preguntó Amalia, y como era de esperar, Diego observó el almuerzo, pero esta vez no se levantó.

—¡Arroz! ¡Comida de verdad! —dijo con su siempre serio tono de voz, pero evidenciando una pequeña sonrisa en sus finos labios.

Amalia acercó su cubierto y Diego, sin mirarla, estiró su blanca mano para recibirlo. Su camisa se levantó levemente, dejando a la vista una diminuta herida en su muñeca, era una pequeña quemadura.

—¿Qué te pasó? —preguntó Amalia, otra vez, por cortesía

—Accidente doméstico —respondió Diego, sin darle mayor importancia, y regalándole una falsa sonrisa, como si supiera que con ello, cualquier persona olvidara lo que fuera.

Compartieron en silencio el almuerzo, al terminar, Diego se levantó sin decir palabra alguna, para volver con el agua que acostumbraba.

Así pasaron los siguientes días, y en los sueños de Amalia, ya no estaban solo sus ojos, ahora también veía su fingida sonrisa.

Amigos

Amalia y Diego continuaron almorzando juntos, pero no fue hasta unas semanas después que su amistad comenzó realmente, un día que Amalia recordará para siempre. Las clases habían terminado, Diego se levantó con rapidez y se fue.

Por su parte, con calma, Amalia ordenó sus cosas y se puso de pie. Fue ahí cuando lo notó, apoyado en el marco de la puerta, con su erguida figura, sus manos en los bolsillos y sus pies cruzados uno sobre otro. Diego observaba cada uno de sus movimientos. Cuando Amalia llegó a su lado, él se giró y comenzó a caminar. Perpleja, Amalia se mantuvo de pie frente a la puerta observando cómo se iba.

—¿No vienes? —pregunto Diego con un tono dulce desconocido para Amalia, quién se apresuró a caminar junto a él.

Avanzaron con una conversación indiferente y forzada. Él hablaba muy poco, no dijo una sola palabra mientras esperaban el autobús. Subieron al mismo y Diego se despidió tres paradas antes que Amalia. Vivía en un barrio relativamente acomodado, de casas bonitas y apariencia segura.

“¿Qué tipo de familia tendrá? ¿Pagarán este costoso colegio para que su hijo sea exitoso? ¿Lo harán porque les preocupa su educación? ¿O tal vez sea solo para aparentar?”

Amalia estaba llena de preguntas para Diego, pero de seguro, él jamás las respondería. Esa noche, volvió a casa ansiando dormir para volver a soñar con él.

Antes de subir a su habitación, pregunto con timidez a Elena, mientras jugaba con su largo cabello.

—¿Qué habrá de almuerzo mañana?

Elena dio una mirada de asombro a Ernesto, y con una sincera sonrisa respondió

—¿Qué te gustaría?

—Carne y Arroz. Y... ¿podrías agregar un cubierto?

Amalia subió antes de esperar la respuesta, pero logró escuchar las risitas cómplices de sus padres en el comedor.

—¿Ves? Sabía que este cambio le haría bien —comentó triunfante Ernesto

—Yo creo que hasta tiene novio —agregó Elena—. ¿Ya viste que se puso más guapa?

Rieron satisfechos. Amalia había pasado su adolescencia sola, sin amigas ni alguien en quien confiar. Para ellos, que su hija compartiera su almuerzo con alguien más, era un paso enorme en el proceso de sanar el dañado corazón de Amalia.

Amalia ya estaba por terminar su segundo mes en la nueva escuela, Diego ya no compraba el agua solo, ella ya no caminaba sola por los pasillos de ese edificio, y ambos dejaron de volver solos a sus casas.

Secretos

Había un silencio absoluto en salón. Amalia no paraba de golpear el piso con su pie y el mismo tiempo golpeaba la mesa con su lápiz. Escondió su cabeza y miro con rostro de súplica a Diego.

—Diego.

—Amalia.

—No sé nada.

—¿Qué quieres que haga?

—Déjame copiar tu prueba

—¿Qué? ¡Estudia, floja!

—Shhhht... ¡nos van a escuchar!

—Dame tu hoja

—¿En serio?

—Ya dámela, antes de que me arrepienta.

Diego respondió el test de Amalia y luego continuó con el propio. Ella era una chica inteligente, pero estaba considerablemente atrasada con respecto a los demás de la clase, y en más de una ocasión, Diego resolvía sus evaluaciones o le permitía copiar en sus trabajos. Él tenía un excelente desempeño, era sin duda, uno de los mejores de la clase.

—¿Por qué no estudias más? —preguntó Diego con tono divertido

—Ayúdame tú.

Y ante la réplica de Amalia, Diego respondió quedándose en silencio. Su mirada bajó a la mesa, sus dedos delgados jugaron con un lápiz y por un momento, la tristeza invadió todo su espacio.

—No tengo mucho tiempo... —respondió con seriedad, de frente a Amalia, pero sin mirarla—, solo podría unos treinta minutos al terminar las clases

—Está bien para mí, tampoco soy bruta, ¿vale?

Amalia respondía en un intento de suavizar ese incómodo momento, pero Diego, esta vez, dio por respuesta una mirada dolorida de lástima.

Él seguía hablando muy poco, pero Amalia no parecía necesitar más. Su presencia le gustaba, saber que era la única persona en ese salón a quien reconocía, la hacía sentir importante... tenerlo a su lado la confortaba y la hacía feliz, aunque a nadie le importara, ya que eran aislados por completo del grupo.

Comenzaron a estudiar algunos minutos tras terminar las clases, pero los avances de Amalia no fueron tan rápidos como ella o Diego esperaban... el problema, era que disfrutaba demasiado mirarlo, cada vez que Amalia intentaba concentrarse, caía en sus luminosos ojos y su rostro sombrío. En poco tiempo, conocía cada detalle de su cara, podría incluso enumerar cada una de las pecas de su pequeña nariz. Por esto, luego de cada ausencia, Amalia observaba minuciosamente cada detalle de su cuerpo, tratando de descubrir el motivo, pero no había rastro alguno. Diego estaba rodeado de un muro indestructible. Esquivaba sus preguntas con una sonrisa fantasmal, aunque Amalia sentía que sus ojos le agradecían en secreto.

Su ausencia más larga había sido de tres días, lo habitual era uno o dos cuando mucho, pero una semana, él simplemente no apareció.

Amalia no tenía información de contacto, a lo mucho, sabía la parada en la que se bajaba, pero no sabía su dirección, no conocía su número de celular, tristemente, no sabía nada de él. Afortunadamente ella no se rendía con facilidad cuando algo le importaba. Ese viernes, tomó el autobús y se bajó en la parada de Diego, caminó hacia un parquecito contiguo y esperó... si tenía suerte... tan sólo un poquito de suerte...

Pasaron tres horas, y no apareció. Caminó hacia la esquina, solo para asegurarse de que no estuviera por ahí, pero nada. Amalia se sintió avergonzada y estúpida, en un barrio tan grande, ¿qué probabilidades tenía de encontrarlo?

“Soy una idiota”.

Lista para subir al autobús que la llevaba a casa, aquel que cada día tomaba junto a Diego, alzó su mano para que se detuviera, se abrieron las dos puertas, y mientras ponía un pie en la escalera de la puerta delantera, Diego bajó por la trasera.

De un salto bajó, y se quedó frente a él. Diego le devolvió una mirada de furia y pasó junto a Amalia sin decir nada. Vestido con ropa deportiva, el gorro de su sudadera sobre su cabeza y las manos en el bolsillo. Iba

acompañado de un... ¿chico? O tal vez era una ¿chica?, de su misma altura, muy delgado, con su pelo teñido de rubio, tenía cuerpo de hombre, pero vestía unos pantalones de chica y un ajustado chalequito de jersey azul. Tenía un rostro hermoso, chico o chica, era muy bello.

—¿Diego?

Amalia lo llamó, pero fue ignorada. Sólo su acompañante se volteó, le regalo una sonrisa de disculpas a Amalia y siguió a Diego.

—¡Hey! —gritó insistente

—¿Qué necesitas?

Diego respondió furioso, él y su acompañante voltearon, de pie unos metros delante de Amalia, uno la observaba con enojo y otro con incredulidad.

—Solo quería saber cómo estabas, cómo no has ido a la escuela.

Amalia avanzó unos pasos para poder saludarlo, pero Diego solo retrocedió

—Estoy bien, como puedes ver. Ya vete a tu casa —respondió mientras se volteaba para seguir caminando.

Era junio a las siete de la tarde. Invierno, oscuro y frío en el hemisferio sur, en el último país de Sudamérica, donde la lluvia no tardaría en caer y el viento revolvía el cabello de Amalia. Ella conocía el rostro de Diego muy bien, pudo saberlo de inmediato. Una pequeña herida dañaba la comisura de sus labios.

—¿Qué te paso?

—Nada, ya vete y no vuelvas a aparecer por aquí.

Diego se volteó realmente enojado. Su acompañante seguía de pie frente a Amalia, mirándola con rostro preocupado.

—¡Si no quieres contarme, no te obligaré! ¡Quería asegurarme de que estabas bien, nada más! ¡Tus secretos no me interesan!

Amalia gritó para asegurarse de que fuera escuchada. Más que nada en el mundo, deseaba conocerlo, con todo su corazón, de verdad quería, pero si sus secretos lo iban a alejar de ella, prefería no saberlos.

—Él está bien —dijo el que Amalia ahora confirmaba, era una chico—. No te preocupes, es un poco gruñón, pero está bien.

El chico le guiñó un ojo, y moviendo rápidamente sus caderas al caminar, alcanzó a Diego.

“Tal vez es gay y este chico es su novio. Naah... imposible.”

Antes de irse, secretamente Amalia los siguió para saber la dirección de Diego.

“Soy un genio” Se felicitó.

El día lunes volvió a la escuela, y su rutina se retomó. Ninguno habló de lo sucedido, sólo lo olvidaron. O al menos eso fingieron.

Enojados

Todo lo que pasaba alrededor de Diego era un misterio. Esa mañana, Amalia pudo verlo entrar al colegio, pero él no llegó al salón. Considerando lo extraño que era, no era difícil imaginárselo evadiendo clases para irse a dormir un poco a la biblioteca. Llegado el primer descanso, lo buscó por todo el edificio. No estaba en la allí, ni en la cafetería, ni en los patios...

Falta la enfermería

Había evitado buscar por ahí, debido a la horrible fama de los encargados. Ester y Luis no eran amables y hacían dudar de su vocación al trabajar. Ambos eran enfermeros, ella parecía una mujer mayor, de unos cuarenta años, de rostro agotado y serio, que no encajaba con su atractivo cuerpo. Luis, por su parte, era un hombre de unos treinta años, mantenía un trato prepotente y duro con los estudiantes y existían rumores de acoso a muchas chicas. Se decía mucho que ninguno había concluido sus estudios, y que por eso, trabajan curando raspones de niños en este colegio.

Amalia golpeó despacio al entrar, para no molestar y con miedo a ser reprendida por estos temibles personajes.

—Permiso —saludó, asomando su cabeza a través de la puerta

—¿Qué ocurre? —Ester respondió indiferente, descortés y sin hacer contacto.

—Hola, disculpa... ¿Está Diego Zemelman aquí?

Con notoria sorpresa, Ester se giró para observar a Amalia detalladamente, de pies a cabeza, antes de responder con tono molesto

—¿Por qué lo preguntas? —preguntó de forma inquisidora

—Es que lo he estado buscando, y solo faltaba pasar por acá. Bueno, si no está yo... —Amalia ya había comenzado a salir de la habitación, pero justo antes de tomar la puerta, Ester la interrumpió.

—Pasa, está en la camilla.

No había amabilidad en su voz, por el contrario, al igual que todos los que rodeaban a Diego, parecía ocultar algo con profundo dolor.

Amalia abrió la cortina despacio y lo encontró ahí, dormido, como un niño, con su boca entreabierta, sus largas pestañas entrelazadas, su lindo

rostro sereno y su cabello oscuro desordenado en la almohada. Su corazón latía a punto del infarto, sus manos casi temblaban y su mente no dejaba de pensar en la hermosura exagerada de su compañero.

¡Que es esto! ¿Qué hago? Él no... ¡no puede ser!

Asustada de este nuevo sentimiento, se giró con rapidez para volver a cerrar. Ester ahora la miraba con más duda.

—¿Eres su novia? —preguntó desafiante, mientras caminaba para volver a su escritorio

—Claro que no. ¿Está enfermo? —respondió Amalia desviando su mirada.

En el fondo, deseaba responder que sí, pero sabía que el corazón de Diego era inalcanzable.

—Sólo estaba un poco cansado. Ya vuelve a clases.

Ester dio por terminada la conversación retomando a sus funciones. Amalia salió de allí apresurándose en regresar, aún con el corazón a mil por hora y sintiendo el calor subir por su rostro.

“¿Qué es esto? ¿Qué es esto?”

Se sentó ruborizada, fijando la vista hacia la ventana y sin dejar de preguntarse qué sentimiento extraño era el que estaba naciendo en su corazón. Minutos más tarde, Diego volvió a su lugar.

El silencio que los caracterizaba, en ese momento, se sentía incómodo. Sin mirarla, sin ningún toque de amabilidad en su voz, Diego destruyó lo que habían alcanzado, o lo que, Amalia creyó, había avanzado.

—Amalia, no necesito a nadie que me cuide, no necesito a nadie que me busque, no necesito a nadie que me siga. Y lo más importante, no necesito a nadie a mi lado.

Casi pudo sentirse el estallido, el corazón de Amalia había sido destrozado en mil pedazos. Ella había pasado su adolescencia completamente sola, sin nadie a quien recurrir, a quien hablar, a quien querer. Sentía que era suya la responsabilidad de echarlo a perder, él no tenía por qué tener la misma necesidad de compañía que ella, él ya había sobrevivido sus, ¿Cuántos? ¿17 años? Sin Amalia. Sin nadie en este salón. Pensó que se había tomado atribuciones que no le correspondían y pudo ver como se alzaba el muro que la separaba de Diego, varios metros entre ellos. No quiso sacar la

vista de la ventana, no quiso saber que expresión tenía, no pudo mirarlo... no pudo acercarse a él. Apretó con fuerza sus dientes, conteniendo las lágrimas. Prometiendo dejarlo allí y punto, olvidarlo. Pero su corazón iba por otro lado.

Lo perdí sin haberlo tenido jamás. Lo perdí. Lo perdí.

Esa tarde, volvieron a casa solos, como lo habían hecho cada día de su vida.

Diego no le volvió a hablar, no la volvió a mirar.

Amalia quería enfrentarlo, pero ello solo lograría alejarlo más. Tenía la esperanza de que, tal vez, en unos días, se pasara su enojo.

Desearía que me extrañaras, que me necesitaras... que me quisieras...

Amalia repetía esa oración cada noche, deseando que la distancia ablandara el corazón de Diego... Pero no hubo milagro.

Un día lunes, Diego se ausentó. Y Amalia contó los días.

Diego hoy no fue a clases...

Diego de nuevo faltó...

Diego está ausente otra vez...

Diego, ¿qué pasó?...

Diego...

El día Viernes, arriesgando a que la odiara de por vida, Amalia reunió sus fuerzas y se presentó frente a su casa. Con tono decidido, golpeó su puerta y ¡Oh! ¡Sorpresa! El Chico-chica de cabello rubio abría. Su rostro se oscureció, su mirada se agudizó y su sonrisa se borró.

—¿Esta es la casa de Diego? —preguntó, deseando que él dijera “no, casa equivocada, es al lado”.

Pero el chico que la miraba con asombro, no emitía palabra alguna, de pie, en el marco de la puerta, la observaba atónito.

Intentó no imaginar nada, pero su mente fue más rápida, y lo único que pudo ver en ella, fue a ellos dos juntos... muy juntos.

Sus ojos se nublaron ante tamaña suposición, él chico salió de la puerta y cerró con mucho cuidado, casi sin emitir sonido... la tomó bruscamente del brazo y la alejó de allí.

—Lo es, acompáñame.

Amalia sabía que se estaba arriesgando a visitarlo sin aviso, pero no se imaginó que la echarían así de ese lugar.

Para ella estaba claro, se había entrometido en una historia ajena.

Un secreto al descubierto

El frío del invierno se metía por los huesos, Amalia frotaba sus manos con nerviosismo, sus piernas temblaban y su cabello se enredaba con el viento que soplaba con fuerza. Había sido llevada contra su voluntad hacia un parque cercano a la casa de Diego. Cientos de imágenes pasaban por su cabeza, no lograba adivinar qué pasaría, tal vez moriría, tal vez Diego era el líder de alguna mafia o algo así.

“Imposible... Diego es bueno...”

El chico que la llevaba la sentó en un banquillo de la plaza, la observó con ternura y se ubicó a su lado.

—Y bien... ¿vas a contarme qué pasó entre ustedes?

Amalia estaba asustada, todo se iba aclarando... ¿realmente este chico era su pareja?

—Lo siento mucho... no quería entrometerme... yo... no sabía que ustedes... que los dos.... Yo...

Su voz se quebraba para dar lugar a unas escurridizas lágrimas, lo que quedaba intacto de su corazón en pedazos, era pisoteado en el suelo, para que fuera imposible recuperarlo.

—Eres Amalia, ¿cierto?... Diego me ha hablado mucho de ti... Son amigos, ¿no es así?

El chico hablaba con franqueza y suavidad, como si quisiera entrar al corazón dolido de Amalia

—¿Eres su novio? —preguntó armándose de valor y creyendo tener la fuerza suficiente para soportar la respuesta.

El chico sonrió complacido.

—¿Lo parezco? —dijo mientras jugaba con su rubio cabello, enredándolo entre sus dedos—. Es el mejor cumplido que he recibido en el último tiempo.

Amalia lo miraba sorprendida, no entendía su juego y tampoco estaba de ánimo para bromas. Al ver su rostro confundido, agregó:

—Me encantaría serlo cariño, y claro, ¿quién no querría?, con ese aspecto todo misterioso que tiene. Por desgracia, para mí, Diego no batea en

mi equipo. Digamos más bien, que batea para el tuyo.

El rostro de Amalia estaba pálido, no podía responder, no sabía que decir.

—¡Que no, niña! ¡Diego es completamente heterosexual! Nada más somos amigos, ¡y vaya que agradezco su amistad!

Las lágrimas de Amalia interrumpieron su monólogo. El chico la atrajo hacia su hombro para que se desahogara por completo. Sus lágrimas no eran de tristeza, eran de alivio. Sin comprender del todo sus sentimientos por Diego, no quería que nadie se lo arrebatara.

—Soy Aníbal —dijo el chico cuando las lágrimas se detuvieron.

Amalia observó su rostro cálido, hermoso y amable para responder con una sonrisa de agradecimiento.

—También puedes decirme Reina —agregó mientras tomaba a Amalia por las manos.

Ella ríe al escuchar esa importante acotación.

—Reina entonces... soy Amalia, un gusto —Sellaron su presentación con un sincero apretón, que sería el comienzo de una amistad que las acompañaría para siempre.

—Linda, no sé qué tanto sabes de Diego, pero nosotros somos amigos, no te diré nada que él no quiera contar. Sólo dime si ustedes tuvieron algún tipo de discusión, una pelea, algo...

Reina se veía realmente preocupada, sus piernas estaban cruzadas y sus manos no dejaban de jugar.

—Sólo lo busqué una vez en la enfermería y se enfureció. Desde ese día no me habla.

El rostro de Reina se oscureció, parecía que entendía lo ocurrido. Tomó a Amalia de la mano y le hizo prometer que no abandonaría a Diego.

—Él es, hmmm... complicado. Tenle un poco de paciencia ¿vale?

Qué agradecida se sentía Amalia. Esta era la primera vez hablaba de chicos con alguien.

—No te preocupes, no tengo pensado huir a ningún lado ¡Aunque a veces me dan ganas de golpearlo! Dime Reina, ¿por qué ha estado faltando a clases?

—¡Por qué es un flojo y ya!

Reina rio, miro hacia el cielo y continuó:

—No es cierto. Tuvo un resfriado y hoy faltó sólo de perezoso. Ahora está durmiendo, si quieres...

Su conversación fue interrumpida por la lluvia que comenzaba a caer. Era tiempo de que Amalia volviera a su casa, sin embargo, una brillante idea nació en medio de la brisa.

—¿Por qué no vas a saludarlo? Más tarde tiene que ir a trabajar, estaba a punto de preparar la cena. Ven a comer con nosotros.

Amalia sentía que su corazón volvía a tomar forma, la cálida sonrisa de Reina la invitaba a conocer el escondite de su misterioso amigo. La respuesta estaba clara. Corrieron como dos niñas entre la lluvia. Amalia llevaba años sin sonreír.

Cuando estuvieron frente a la casa, su mente imagino cientos de escenarios, una casa hermosa, de enormes ventanales y bello jardín debía ser muy acogedora. Pero el panorama dentro, distaba mucho de esa ilusión.

Al entrar, sintió como su pecho se apretaba. La casa se mantenía como nueva, pero lo único que había dentro, era una pequeña mesa redonda de un plástico blanco, con un mantel rojo colgando sobre ella. Un mueble de madera, probablemente hecho por ellos, con unos cuantos platos y tazas, un hervidor eléctrico, alimentos de despensa, y un lavaplatos. En un rincón, unos cuantos cojines sobre una sencilla alfombra. Nada más. Se quedó de pie observando todo, ¿Por qué Diego pagaba un colegio así de caro si en su casa no había nada más? Es más, ¿Por qué vivía en un barrio acomodado? ¿Dónde estaban sus padres? Algo en esta historia, no cuadraba.

Sintió la mano de Reina sobre su hombro, al mirarla, supo que su expresión le rogaba un “no preguntes”.

—Diego está dormido, si puedes, ve y despiértalo, si sigue durmiendo no alcanzaremos a cenar antes de salir...

Reina empujó a Amalia por los hombros hasta la habitación de Diego. Estaba helada, en pleno invierno, esa casa no tenía ningún tipo de calefacción. Su pieza estaba oscura y en la cama, muy tapado, pudo ver a Diego.

Dormía profundamente, como un niño.

—Diego —susurró.

No quería que despertara y la odiara aún más.

—Diego, despierta... —él se acomodó en su nido y entre sueños, respondió.

—Amalia...

Sus mejillas rápidamente se tornaron de color, la felicidad que sentía desbordaba por todo su cuerpo. Pensó que era el momento preciso para sobrepasarse un poco, levantó su mano y quitó despacio el cabello de su rostro. Pensó que estaría bien, pero Diego rápidamente tomó su brazo y la detuvo.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿cómo entraste?

Sus azules ojos la miraban con furia. Quiso responder, pero Reina fue quién salió en su defensa.

—Baja tu tono muchachito. Yo la invité. —Amenazó desde la puerta y se fue.

—Lo siento, solo quise saber cómo estabas, Reina me abrió y me dejó entrar ¿cómo te sientes?

—Creo que fui muy claro contigo. Ahora sal de aquí —respondió Diego incorporándose.

Cuando estuvo de pie frente a Amalia, quién no se había movido de su lugar, fue su turno de escuchar.

—Ya basta, ¿quieres? Ya lo sé todo, y ¿sabes qué? No me importa.

Escuchar esto fue un balde de agua fría para Diego. Sus ojos se abrieron como si el mayor secreto del Universo hubiese sido descubierto. Sin ser capaz de responder, volvió a caer sentado sobre su cama. Tapó sus ojos y hundió la cabeza entre sus manos.

—Diego, ya para. Ya me di cuenta que eres pobre, no necesitas ocultarlo más. Esas cosas no me importan, ¿vale? Sólo quiero que sigamos siendo amigos...

Diego se volteó confundido

—¿Soy pobre? —dijo, y comenzó a reír.

Volvió a tapar su cara y se recostó sobre su cama. Reina se asomó al

escuchar las carcajadas y al cabo de un momento, Diego, cedió.

—Está bien. Soy muy pobre. No quería que lo supieras. Ahora vamos afuera. Comamos algo, muero de hambre.

Amalia no entendía el tono divertido en su respuesta, pero hacía tiempo que había decidido no hacer preguntas.

—Bien tórtolos, a comer —invitó Reina, con tono divertido.

—Aquí no hay tórtolos —masculló Diego arrojando un paño de cocina a su amiga.

Durante la cena, Reina y Amalia no paraban de reír, sus carcajadas inundaban la fría habitación y el duro corazón de Diego, que aún no entendía la extraña amistad que ambas habían comenzado.

—Bien, ya es hora. Me arreglaré para salir. Usaré primero el baño —aviso Reina a su compañero.

Diego y Amalia se encontraron solos sobre la mesa, en silencio.

—Ya no me odies —pidió ella.

Y recibió una mirada de aprobación como respuesta.

—No te odio —dijo Diego.

Y por primera vez, entregó a Amalia una sonrisa honesta. Era pequeña y débil, pero real. Se miraron en silencio unos segundos, él apartó su mirada primero, y no volvieron a hablar.

—¡Tu turno! —gritó Reina, interrumpiendo la incómoda escena.

Diego se apresuró en levantarse y Reina apareció hermosa. Su pelo rubio iba adornado con una liga de lunares, su bello rostro lucía más perfecto aún con un ligero maquillaje y sus labios iban de un fucsia coqueto. Una entallada chaqueta de cuero marcaba su delgado cuerpo y sus jeans contorneaban su figura.

—¿Cómo es que te ves más linda que una chica real? —preguntó Amalia sorprendida.

—Soy real, cariño... —respondió alegre Reina, mientras le cerraba un ojo.

Pasaron unos minutos hablando de dietas y ejercicios, aunque a Amalia esos temas realmente no le importaban.

—¿Estás listo? —preguntó Diego, apareciendo en la sala.

Amalia tuvo que hacer un gran esfuerzo por cerrar su boca cuando lo vio. Él era un chico lindo, pero quién estaba allí, era el más hermoso hombre que podía imaginar. Por primera vez, notaba que la mitad de su cabeza estaba rapada, su negro cabello caía sobre un lado de ella dejándolo en evidencia. Vestía una chaqueta de cuero, y por debajo una sudadera azul oscuro, unos jeans negros y un cinturón de cuero a tono. Su cuerpo delgado lucía perfecto en esa ropa. Sin músculos, sin espaldas anchas, sin cabello rubio. Probablemente, otra chica no habría visto lo maravilloso de ese hombre, pero para Amalia ya estaba claro.

Un empujón de Reina distrajo a Amalia de su abstracción. Diego estaba ligeramente sonrojado.

—¿En qué trabajan? —preguntó de forma inocente.

Diego desvió su mirada y Reina se acercó a su oído.

—Somos garzones en un café

Le guiñó un ojo y salieron.

Amalia subió primero al autobús. Llevaba una extraña sensación en el cuerpo. Sentía que acababa de vivir el momento más hermoso de su vida.

Diego, por su parte, habría preferido jamás conocer a Amalia.

Reina

El autobús que llevaría a los chicos a su trabajo tardaba más de lo habitual. Diego apoyó su espalda sobre una de las paredes de frío metal cruzando sus brazos sobre el pecho. Miraba sin hablar la caída de la lluvia y los charcos que se acumulaban por toda la calle.

—¿Y ahora? —preguntó Reina, tratando de sacarlo de su burbuja.

—¿Ahora qué? —respondió Diego, entendiendo hacia donde quería llevar la conversación.

—¿Qué harás con Amalia? ¿Realmente no tiene posibilidades?

Reina no estaba jugando, su pregunta era formulada con total seriedad, mientras chapoteaba un pequeño charco con su tacón de color rojo.

—Sabes que no puedo —respondió Diego, apartando su mirada y fijándola en la lluvia, otra vez.

—No, no lo sé. Eres tú quien se priva de los demás. Nada te lo impide.

—Aníbal, ya tengo a Amparo. Con ella me basta —replicó Diego con enfado.

Nunca trataba a Reina por su verdadero nombre, estaba realmente enojado.

—Soy Reina. Y ella no...

—No quiero mancharla, ¿entiendes? —interrumpió Diego, sin dar espacio a que la conversación pudiera continuar—. Su pureza no va a conmigo. Amparo es la única que puede convertirme en un buen hombre. Solo la necesito a ella.

—Eres un buen hombre Diego... —añadió Reina, intentando suavizar la rudeza de las palabras de su amigo.

—Sí, seguro —respondió él—. Igual que tú —agregó con sarcasmo.

Se miraron con triste complicidad, compartiendo el peso que ambos llevaban sobre sus hombros, pero rieron. Ya estaban metidos en ello, sólo les quedaba llevarlo con menos culpa.

Reina pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Diego. Tenía dieciocho años y había sido echado de su hogar a los dieciséis, cuando su

padre lo encontró vestida de chica junto a otro hombre. El corazón y el alma de Reina estaban doloridos, ella no hablaba de opción sexual, ella había entendido, a la edad de nueve años, que el Dios en que tanto creía, había cometido un grave error: Su alma de mujer había sido abandonada en el cuerpo de un hombre.

Cuando escuchó los horribles gritos de su padre y el desesperado llanto de su madre, las personas que debían amarlo sin preguntas, comprendió que el mundo no estaba preparado para aceptarla. Salió de esa casa sin mirar atrás, escapó de la capital en la que vivía y se mudó a una nueva ciudad, en la que no tenía a nadie.

Por suerte, parecía que Dios trataba por todos los medios de reparar el daño que había causado, cruzando por su camino, una y otra vez, a personas que extenderían gustosas sus manos para ayudarlo. Fue así que conoció a Diego, quién parecía vagar por la tierra en busca de un destino que le viniera bien. Aunque lo habría preferido de novio, rápidamente entendió que él no estaría dispuesto a ese juego. De a poco, sus heridas comenzaron a sanar, se adoptaron como hermanos y sus más oscuros secretos, se sentían a salvo entre los dos.

Reina no tenía más amigos que Diego, y por supuesto, nunca había tenido una amiga, y vaya que deseaba tenerla. Tal vez por eso sintió esa conexión instantánea con Amalia, quién tampoco había tenido el privilegio de conocer la amistad.

Lejos de aquél café, en el que los chicos trabajaban, rendida en su habitación, Amalia repasaba ese extraño día, sonriendo acostada sobre su cama, mirando su celular, en el que aparecía por primera vez un número que no era de alguien de su familia. Reina figuraba en el directorio, junto a unos coloridos corazones, una chistosa melodía y una bella fotografía.

No podía sacar de su cabeza la sensación de vacío que le dejó esa casa, a pesar del alegre intento de Reina de convertirla en un cálido hogar, podía aun respirar la soledad en la que vivía Diego. Pero ¿por qué un joven viviría solo? ¿qué pasaba con ellos? Tal vez jamás lo sabría y no tendría más opción que aceptar a sus nuevos amigos con su oculto pasado y su reservado presente.

Para dejar de pensar, repasaba una y otra vez el cuerpo de Diego, su mirada avergonzada al sentirse observado y su leve sonrojo. Sin librarse de la extraña sensación que le dejaba el haber entrado en un rinconcito de su vida,

Amalia no pudo parar de sonreír, se mantuvo así hasta el día lunes, cuando lo vio entrar por la puerta del salón.

Ella sabía que su impresión de Diego cambiaría, pero no imaginó que él tendría una reacción tan... ¿adorable?

Al entrar, sus ojos se cruzaron. Él se detuvo un segundo junto a la puerta, sus mejillas se volvieron de color y para disimularlo, levantó su bufanda de cuadros sobre su nariz. Retomó su camino sin levantar la vista del suelo. Se sentó y saludo sin mirar. Amalia inclinó su cabeza y la apoyó sobre la mesa.

—¿Qué hay bombón? —bromeó para relajar a su amigo, y los ojos de todo el salón se voltearon sorprendidos al escuchar sus risas.

Esa alegría que no los caracterizaba, también los sorprendía a ellos.

Tal vez era tiempo de sonreír un poco.

Tal vez lo malo podía ser dejado atrás por un momento.

“Lo malo soy yo”

Pensó Diego.

Y la sonrisa se borró de su rostro.

Un golpe y al suelo

Amalia entraba al salón vistiendo su equipo de Educación Física, mientras Diego la observaba detenidamente mientras se acercaba. Amalia se desplomó sobre la mesa.

—Odio esta clase —se quejó

—Sáltatelas —sugirió entre risitas Diego

—¿Por qué tu no haces esta clase? —preguntó con tono acusador
Amalia

Diego no respondió. Sólo la miró a los ojos. El rostro de Amalia empezó a cambiar.

—¿Estás enfermo? —insistió.

Diego la miro sorprendido.

—Dios mío, era eso. ¿Tienes una enfermedad terminal? ¡Dios mío por qué no me lo dijiste!

Amalia tenía sus ojos llenos de lágrimas. Diego ya no pudo aguantar y soltó una ruidosa carcajada.

—Deja de leer esos comics tan sufridos Amalia, ¿eres una masoquista?

Diego no paraba de reír y Amalia no lucía contenta. Esa había sido una broma de muy mal gusto, quiso golpearlo y no se detuvo, pero Diego tomó su puño antes de que pudiera llegar a él. La mano de Diego se sentía cálida, envolvió la mano cerrada de Amalia por un segundo mientras levantaba la palma de su otra mano, se detuvo por un momento, observando sus manos. De pronto, soltó a Amalia bruscamente, se levantó y se fue.

Amalia lo siguió con rapidez-

—Oye, no te enojas, sólo no me gustó tu broma —dijo tranquilamente
Amalia caminando ya a su lado.

Diego no respondió.

—Ya Diego, no exageres.

Amalia habló seriamente. Diego devolvió la mirada pero no dijo nada.

Diego jamás realizaba la clase, sólo porque no le gustaba. Tal vez como ningún profesor mostraba interés por él, su presencia daba igual. Amalia

también odiaba esta clase, pero ella no tenía opción.

Esa tarde era el turno del fútbol.

Genial, pensó Amalia. Que era pésima en el fútbol, y todos lo notaron. Diego disimulaba su risa desde las gradas, aunque jamás perdió de vista a Amalia, por eso fue capaz de ver lo que estaba a punto de ocurrir. Sus compañeras quisieron sacarla del juego, y mientras un pelotazo con toda la fuerza de la más alta del equipo rodaba a toda velocidad hacia Amalia, Diego corría hacia ella. La pelota la golpeó en la frente, tumbándola instantáneamente.

Diego se acercó para levantarla y Amalia abrió sus ojos. Sin embargo, él solo se acercó y se quedó mirándola sin hacer nada. El profesor a cargo tomó a Amalia en sus brazos y la llevó a la Enfermería. Amalia logró escuchar los insultos que Diego le gritaba a su compañera, pero nada más.

Diego no fue a la enfermería, Amalia fue retirada un poco antes del colegio y ese día no se volvieron a ver.

Por la noche, Reina escribió

Reina Elsa: ¿Cómo estás?

Amalia: Bien, sólo fue un golpe.

Reina Elsa: Diego dice que lo siente

Antes de que Amalia pudiera reaccionar, sonó el teléfono. Reina estaba llamando.

—¿Amalia?

Esa no era la voz de Reina.

—¿Qué quieres, Diego? —preguntó Amalia

—Yo no he dicho nada —respondió Diego.

—¿De qué hablas?

Amalia no estaba entendiendo

—Reina dijo que me disculpaba.

—¿Y no lo haces?

Amalia estaba comenzando a enojarse. Hubo silencio.

—Bien, mañana nos vemos —dijo Amalia para terminar la conversación

—Lo siento —contestó Diego, muy despacio.

Amalia escuchó claramente, pero quiso cerciorarse.

—¿Cómo?

—Lo siento Amalia —repitió Diego fuerte y claro.

—Bien —contestó Amalia con tono serio, aunque una sonrisa gigante se abría paso en su rostro

—¿Bien?

Diego no entendía muy bien esa respuesta

—Bien.

—¿Estas enojada?

Tuvo que preguntarlo de forma muy directa, pues poco de lo que ocurría era capaz de entender.

—No.

—Bien —dijo Diego.

—Bien —dijo Amalia.

Otro silencio se extendió entre ellos, y Diego acabó la charla.

—Mañana nos vemos.

Amalia no estaba enojada, sólo no entendía por qué había preferido discutir con su compañera antes que ayudarla a levantarse. Aun así, después de esa llamada, a pesar del desconcierto, estaba un poquito feliz.

Tal vez no solo un poquito.

Tarde de... ¿chicas?

El pastel que Elena horneaba había perfumado la casa de un acogedor olor a vainilla, ideal para una tarde de té en familia, como tanto le gustaba a Ernesto. Él, con un exagerado entusiasmo, organizaba la mesa del té mientras tarareaba una canción. Elena sonreía cada vez que pasaba por su lado. Adoraba verlo feliz.

—¿Y Amalia? —preguntó Ernesto cuando el temporizador indicó que tanto el horno había terminado su labor.

Elena le devolvió una sonrisa cómplice antes de responder.

—Dijo que cenaría con una amiga.

Él no supo bien cómo reaccionar. Estaba contento, sin duda lo estaba, pero su curiosidad era cada vez más difícil de controlar. Lo único que sabía, era que aquellas nuevas amistades no podían ser malas, ya que Amalia había repuntado en casi todas las materias, y por primera vez, no había reclamos desde el colegio.

Ernesto sirvió el café y Elena trozó el pastel mientras golpeaba delicadamente las manos de su esposo que intentaba robar pequeños pedazos, a pesar de estar aun ardiendo. Entre las risas y el ambiente alegre de dos personas que se aman, Amalia entró al hogar, con el mismo buen ánimo que ya se había hecho costumbre en todos ellos. Ya había cenado, pero aun así se sentó junto a sus padres e incluso ríó junto a ellos recordando el incidente de la clase de gimnasia. Se despidió con un beso antes de subir a dormir, y la conversación de sus padres tomó otro rumbo.

—¿Crees que será hora de preguntárselo? —dijo Elena.

—No lo sé... ¿Y si no está preparada? —respondió Ernesto cruzando sus brazos y reclinándose sobre su silla.

—No pretendemos reemplazar a su familia amor... sólo queremos hacerla más grande...

Elena hizo una pausa y observó el cuadro que colgaba en el centro del estar. Amalia abrazaba a una hermosa pequeña.

—Una hermanita la haría feliz. Incluso podría ayudarla a sanar.

—Dame unos días más. Sólo unos días... —suplicó Ernesto, con las

manos de su esposa entre las suyas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Amalia, que aparecía sin aviso y vistiendo ya su pijama rojo de invierno.

—No es nada cariño... ¿qué sucede? —Ernesto respondió intentando disimular su conversación, aunque Amalia no notó nada extraño.

Su cabeza estaba llena de Diego y Reina, y apenas podía ponerse a pensar en otra cosa.

—Sólo quería avisar que mañana otra vez llegaré tarde. Pero cenaré con ustedes. ¡Tendré una tarde de chicas! —gritó mientras se alejaba a su dormitorio.

Sus padres se miraron satisfechos. Amalia seguro estaba rodeada de buenas chicas.

Durante las clases del día siguiente, Amalia no logró concentrarse. Movía sus piernas nerviosa, golpeaba su lápiz contra la mesa, se mordía las uñas y reía por todo. Diego la observaba divertido y feliz. Aunque todos los días Amalia veía a Reina luego de estudiar con él, habían ideado una cita privada para ambas. Sería la primera vez para ellas. Una tarde completa de paseo, Reina se probaría vestidos y Amalia se llenaría de papas fritas; pasarían por el cine y llorarían con la última película de amor que se estrenaba.

—Entonces, ¿hoy no estudiamos? —preguntó Diego.

Estaba feliz por Reina. Con todo el aprecio y respeto que sentía por ella, aún le costaba hablarle como a una mujer. Muchas veces, en aquel cuerpo delicado y femenino, seguía viendo a Aníbal. Por ello incluso él se sentía feliz de esa tarde de chicas que sus amigas se concedían. Cosas que tal vez solo ellas entenderían, hablarían su mismo lenguaje y hasta podrían quejarse de él con libertad. Solo le había pedido, en repetidas oportunidades, que no escarbara en su privacidad con Amalia.

El timbre del fin de clases sonó, Amalia se apresuró en ordenar sus cosas para levantarse a toda velocidad y se inclinó hacia Diego.

—¿Estarás bien solo? —susurró.

Un leve sonrojo inundó las mejillas del joven. ¿Cuánto tiempo había pasado ya desde que alguien se preocupaba por él de esa manera? Estaba

seguro de que era mucho. Levantó la vista y le sonrió. Amalia no necesitó nada más. Tomó su bolso y abordó el primer autobús hacia el centro de la ciudad. Diego abandonó la escuela solo, por primera vez desde que Amalia había entrado a su vida.

Aquella tarde, el invierno parecía menguar para regalarles un tibio y soleado día. Reina lo agradecía, porque los días de lluvia solo lograban aumentar el frizz de su cabello, que exigía tiempo y dedicación para poderlo controlar; pero además, los gruesos abrigos no le permitían lucir el cuerpo esbelto y elegante que había conseguido entre ejercicios y hormonas. Inmersa en la contemplación de su cuerpo frente a los cristales del centro comercial, ignoró los brazos de Amalia que se abalanzaban sobre ella.

Se abrazaron, seguro que nadie creería que habían estado juntas el día anterior. Parecían hermanas que llevaban años sin verse. Caminaron incansablemente, con un sinfín de temas por hablar, hasta que Reina salió del probador con el hermoso vestido que tanto ansiaba comprar. Amalia la observó anonadada. Y todos a su alrededor también.

—¿No te molesta que te miren tanto? —preguntó ella, mientras ayudaba a Reina a acomodar la cremallera.

Habría querido ignorar las incontables miradas que Reina recibía, algunas de desprecio, otras de asombro, de sorpresa e incluso de admiración, pero sintió que había sido demasiado.

—He pasado así mi vida entera, Amalia. La verdad es que no me molesta. He decidido que quienes deberían acostumbrarse son ellos. Cada vez somos más los que salimos de ese clóset horrible. Me cansé de esconderme, así me gusta y estoy bien... ¿no crees?

Amalia no pudo evitar reír, mientras su amiga tarareaba esa pegajosa canción. Ella la admiraba. Cada vez que presenciaba la forma en que ella burlaba la mirada inquisidora de los demás, se preguntaba si habría sido capaz de lo mismo.

—¿Vamos ya? —preguntó Reina al notar la molestia de su amiga—. Aún falta que nos pintemos las uñas —rio.

Compraron pizza para la cena y caminaron del brazo hasta el autobús, con la alegría desbordándoles el corazón. A medida que se acercaban a casa, Amalia comenzó a sentir la emoción que le generaba ver a Diego. Sabía que estaría allí y que probablemente estaría durmiendo, y la imagen de su rostro

sereno la hizo temblar. Entró con timidez a esa casa que no parecía un hogar, deseosa de encontrarse con sus ojos, pero él no estaba allí.

—¿Y Diego? —indagó, pero no hubo respuesta—. Reina... ¿y Diego? —insistió.

—Tenía que salir —dijo ella para cerrar la conversación.

—Él siempre tiene algo que hacer... —murmuró Amalia. Observó a Reina con rostro triste, y se aventuró—. Tiene novia, ¿no es así?

—¿Te gusta mucho? —respondió Reina mientras se acercaba a su amiga para tomarla por los hombros—. Si te gusta de verdad... ¿Te importaría que la tuviera? ¿Aceptarías a Diego sin importar que?

Amalia se quedó en silencio. Había un noventa por ciento de probabilidades de que Diego tuviera una novia y que en ese momento se estuvieran besando como si el mundo fuera a acabar. La verdad es que sí, le importaba que la tuviera.

—Con novia o sin novia, prefiero su amistad. Me gusta, mucho... pero lo quiero a mi lado. Y sí, lo aceptaré sin importar que. Pero no pelearé contra una novia.

Reina la abrazó y Amalia no entendió lo que pasaba.

—¿Tiene o no tiene novia? No me respondiste, ¡Reina!

—Pregúntaselo a él cariño —bromeó Reina riendo y volteando sobre la mesa todos sus colores de esmalte de uñas.

Diego regresó a casa en medio de la sesión de pedicura de las chicas. Al verlas descalzas, desarregladas y con trozos de pizza sobre la mesa, explotó en una ruidosa carcajada.

—Reina, yo sé que has sido siempre gay, ¡pero es que ya realmente eres una mujer!

—No soy gay, s-o-y una mujer —contestó ella simulando su enfado.

Era la primera vez que Amalia lo oía carcajear así. Comieron entre risas mientras Amalia estudiaba con detalle las expresiones de Diego. Ella no quiso saber de dónde venía su amigo. Decidió creer que realmente prefería su amistad, que el amor que crecía en su corazón era solo una ilusión, aunque lo cierto es que imaginarlo en brazos de una mujer, dolía.

Maldición. Pensó. Sí que dolía.

Cumpleaños

Era recurrente en Amalia dormir pensando en Diego, o dormir muy poco pensando en esos intensos ojos azules o esa efímera sonrisa. Pero esa noche, fue en extremo cansadora. En dos días él estaría de cumpleaños, y junto a Reina, prepararían una celebración sorpresa en su honor, lo que implicaba un regalo y cocinar. Por desgracia, ella no era buena ni para lo uno ni para lo otro.

El día jueves recorrió todas las librerías, todas las tiendas de música, todas las tiendas de departamento... y nada. Cansada de caminar sin encontrar, terminó rogando información sobre los gustos del festejado a Reina, por supuesto, en casa de Diego.

Como de costumbre, él no estaba en casa y Reina no soltaba ni un poco de información. Vaya problema.

Rendida, se acostó en la sencilla alfombra del piso y esperó que las ideas llegaran por arte de magia. Reina se tumbó a su lado y juntas, se durmieron.

—¿Sus respectivas camas son tan incómodas que tienen que venir a dormir en mi alfombra?

Las chicas se incorporaron de un salto y encontraron a Diego sentado en la mesa plástica frente a ellas, con una alegre sonrisa y la cabeza apoyada sobre una de sus manos.

—¿Hace cuánto llegaste? —preguntó con una alegre Reina, tendiéndole la mano a su amiga para que se levantara.

Se sentaron junto a Diego, Amalia lo saludó con una sonrisa y él se limitó a mirarla. Esos ojos hacían que le doliera el corazón.

—Por cierto... son las nueve de la noche... —dijo Diego a Amalia en tono de reproche, mirándola fijamente a los ojos.

Sabía perfectamente lo intensa que era su mirada, no era casual que abusara tanto de ella.

—¿No crees que es un poco tarde? Te quedarás sin autobús.

Amalia miró el reloj mientras el rubor subía por sus mejillas. Apoyó su cabeza en el hombro de Reina y suspiró.

—Ya me voy —respondió con pesar—. Pero mañana vendré temprano

por...

No alcanzó a terminar de hablar. Diego arrojó una mirada de furia a Reina y se levantó con brusquedad de la mesa.

—¿Por qué le dijiste? —le increpó.

—No seas melodramático, es solo un cumpleaños —contestó ella, pero Diego solo se enfureció aún más.

—Te advertí que no lo hicieras... —se volteó hacia Amalia que observaba con sorpresa y agregó desafiante—: Mañana no estaré y volveré muy tarde, pasaré el día con Amparo.

Entró a su pieza dando un ruidoso golpe a la puerta y cerró. Amalia no supo cómo reaccionar. Reina estaba molesta, recostada sobre la silla mientras cruzaba sus brazos. El dramatismo de Diego la estaba cansando.

—No hay problema... —dijo Amalia para suavizar el ambiente—. Podemos celebrarlo el sábado.

Ella no lo notó del todo, pero mientras hablaba, su voz comenzó a quebrarse y las lágrimas se asomaron a sus ojos. Reina pasó un brazo por su espalda y juntaron sus frentes.

—Ella es su novia, no hay problema con eso Reina, yo, yo... no quería que estuviera solo.

Reina la abrazó con fuerza y le acarició el cabello hasta que se calmó.

—Gracias cariño, Diego es idiota, está seguro de que te protege manteniéndote alejada...

Reina casi debía morder sus labios para no hablar. Quería contarle todo sobre Diego y terminar con las lágrimas de su amiga, pero no podía. No era el momento ni el lugar, y tampoco le correspondía a ella derribar ese muro.

Mientras Reina acompañaba a Amalia a tomar el autobús, Diego se dejaba caer sobre su cama, con la vista perdida entre sus manos intentando buscar alguna solución. Mas le era imposible por ahora.

—Tienes que parar con esto —interrumpió Reina, con la puerta abierta de par en par.

—¿Perdón?

—Te gusta Amalia, deja de alejarla de ti. Ella no tiene idea de quién eres en realidad, lo único que haces es jugar con ella.

Diego se quedó en silencio unos segundos. Se levantó de su cama y se paró frente a Reina. Eran casi del mismo tamaño.

—¿En serio quieres que me acerque a ella? Eres su amiga, ¿y quieres que la toque con estas manos? ¿realmente quieres que se acerque más a mí? —dijo provocándola con el cuerpo.

Diego no le estaba hablando a Reina, él buscaba a Aníbal., y una pelea estaba a punto de comenzar.

—¿Es en serio? ¿tanto te molesta reconocerlo, que estás dispuesto a pelear conmigo? No voy a hacerlo, Diego. No contigo.

—¿Reconocer qué? ¡deja de imaginar que sabes todo de mí! ¡El único *marica* en busca de amor eres tú! ¿Crees que...?

Diego no pudo terminar de hablar. A Reina le habría encantado nacer con el cuerpo de una mujer, pero no era así. Él había nacido hombre, y ese cuerpo de hombre que envolvía a Reina, golpeó tan fuerte el rostro de su amigo, que volvió a caer a la cama.

—Cierto. Yo soy el marica que aceptó su vida como era. Soy el marica que sale a la calle haciendo el ridículo sin importar lo que digan de él. Soy el marica que decidió ser quien era aunque pase el resto de sus días solo. Sí, yo lo soy. Y tú eres el valiente macho que se avergüenza de lo que es —dijo Reina sin gritar, con un tono calmado y tranquilo que hizo eco en los oídos de su amigo.

Diego se incorporó y se sentó en el borde de la cama, con la cabeza agacha entre sus brazos. Su labio comenzaba a hincharse y el dolor punzante le hizo recapacitar.

—¿Cómo se supone que veré a Amparo mañana? Este golpe se pondrá negro... —murmuró con suavidad.

Reina se apresuró en ir por hielo para sentarse junto a él y tomó su rostro con sus manos mientras el hielo hacía su trabajo. Aprovecharon el silencio para calmarse, y así se quedaron por un momento.

—No lo haré, no con ella —dijo Diego finalmente, con la mirada perdida en las paredes con moho de su habitación—. Es tu amiga, es mi amiga. No se lo merece, ninguna persona lo merece.

—Tarde o temprano, encontrará a alguien, y no serás tú —sentenció Reina.

—Lo sé, y es lo que espero. No sabes cómo deseo que se enamore de algún chico de la escuela y huya de aquí. ¿Hay algo bueno que pueda ofrecerle? Solo mira como vivo. Como vivimos, Reina. Este lugar no es para ella, nosotros no somos para ella. Lo único que le daremos son problemas. Soy incapaz de tocarla, Reina. Ella necesita algo mejor.

Reina puso una mano en el hombro de Diego, y se perdonaron los insultos y los golpes.

Por su parte, Amalia encontraba el regalo de cumpleaños perfecto. Todo es mejor cuando se hace a mano.

La mañana del día viernes ocho de Agosto, el cumpleaños de Diego, Amalia guardó con cuidado el regalo que había hecho con sus propias manos, amarró su largo cabello negro y sonrió frente al espejo para darse ánimos. Ya en la escuela, se sentó en silencio, pasando inadvertida, cómo era costumbre. Ese día, él no apareció, y sólo a través de Reina pudo enviar su saludo.

Reina recibió el mensaje y cumplió los deseos de su amiga. Diego aún dormía cuando Reina lo despertó con un apretado abrazo y un beso amistoso en su mejilla.

—Ya para, ¿qué te pasa? Me gustan las mu-je-res, ¿lo olvidaste? —dijo sacándose de encima a Reina.

—No te ofusques tanto guapo, son los besos que Amalia te envía, no los míos. A mí me gustan los hombres, no los niñatos como tú —respondió ella, cerrándole un ojo mientras caminaba hacia la puerta—. ¿Por qué no fuiste a clases?

—Tengo un golpe tuyo en la cara y Amalia no pararía de hacer preguntas.

—¿Y cómo lo harás con Amparo?

—Ella no las hace... —respondió él, sonriendo.

Visitar a Amparo lo hacía feliz. Aunque preferiría tenerla más cerca, sabía que *ese* lugar, era el más seguro y estable para ella, por ahora. Cada día, desde el momento en que se separaron, la visitaba en su nuevo hogar. Sin importar lo cansado que estuviera después del trabajo, o con los estudios, él nunca faltó.

—¿Puedes darle un poco de tiempo a Amalia mañana? Ella realmente

quería celebrar tu cumpleaños.

—Vale, vale... —aceptó Diego, mientras empujaba a Reina fuera de la habitación.

Una vez cerrada la puerta, apoyo su cuerpo en ella. Se estaba cuidando de la necesidad de tener a Amalia cerca, pero esa pelea era cada vez más difícil de mantener. Ese horrible peso que cargaba, se volvía más liviano cuando estaba cerca de ella, pero sabía que no podía quererla más. Sabía que jamás la tocaría, que jamás tomaría su corazón. No era justo para Amalia, no era justo para él.

Amalia volvió a casa con el regalo aun en su bolso. Sentía envidia de Amparo, quien tenía el privilegio de disfrutar a Diego y conocer cada secreto que escondía. Ella, en cambio, se debía conformar con su sonrisa falsa y su intensa mirada. Pero había algo que tenía que agradecer, desde que él formaba parte de sus sueños, las lágrimas se habían ausentado de ellos. Los turbulentos mares que habitaban en su corazón, estaban serenos. El viento, por fin, había dejado de soplar. La distancia que los separaba era inquebrantable, pero sus almas estaban adoptándose una a otra. Amparo no podría quitarle nunca esos sentimientos.

A las 16.45 sonó su teléfono. Reina la invitaba, con autorización explícita de Diego, a celebrar su cumpleaños. Amalia corrió escalera abajo en busca de Elena, su corazón se volvía loco. Aunque no pudiera amarlo, ya era suficiente lo que la vida había hecho por ella en estos meses. Necesitaba preparar algo para mañana y no estaba en condiciones, ni remotas, de hacerlo. Abrió de golpe la puerta de la biblioteca y encontró a su madrastra estudiando dos enormes libros de pediatría. Elena la miró con sorpresa, su hija parecía desesperada, pero tenía una inmensa sonrisa dibujada en su rostro.

—Elena, por favor, necesito preparar una torta para mañana, te lo ruego... ¿puedes ayudarme?

—¿Una torta? Es imposible hacerla en un día, deben prepararse por lo menos con dos días de anticipación. Pero...

Amalia se derrumbó sobre un sillón. ¿qué haría ahora? Para colmo, todo

había sido idea suya.

—Bien, veamos qué podemos hacer.

Esa fue la primera vez que hicieron algo juntas. Se durmieron cerca de las tres de la mañana, con una extraña torta en el refrigerador y la sensación de que por fin podrían ser amigas. Por la mañana hicieron algunos ajustes, y cerca de las cuatro de la tarde, Amalia bajó luciendo con un hermoso vestido de lunares.

—Vaya, vaya ¿vas a alguna fiesta? —bromeó Ernesto.

—Solo es el cumpleaños de un amigo... —respondió ella avergonzada mientras corroboraba que su regalo aún estuviera en el bolso. Tomó la torta que había preparado y salió—. ¡Volveré alrededor de las 9! —gritó ya fuera de la casa.

—¿No necesitas que te lleve? —preguntó Ernesto asomándose por la puerta, pero Amalia ya se había alejado lo suficiente como para oírle.

Ya eran más de las tres de la tarde cuando estuvo en casa de Diego. Reina abrió la puerta alegre y hermosa, como siempre, pero su rostro se veía cansado.

—¿Diego no está? —dijo sorprendida.

—Está vistiéndose, hoy volvimos tarde del trabajo —reveló sin mirarla.

La curiosidad se iba haciendo cada vez más grande en Amalia. ¿Por qué dos jovencitos debían trabajar hasta altas horas de la madrugada? Algo extraño parecía ocurrir a su alrededor, pero nadie iba a explicárselo. No ahora, al menos.

Rápidamente, las chicas terminaron de ordenar la pequeña mesita de comedor. Habían colgado un par de globos sobre el techo, y en cada plato, una servilleta de color. En el centro, la torta que parecía que se derrumbaría en cualquier momento era adornada por un mensaje que Reina escribía.

Feliz Mayoría de edad

Diego ya cumplía 18 años.

—Wow, supongo que tendré muchos regalos —dijo Diego, que aparecía en el comedor golpeando la cabeza de Amalia con suavidad.

La miró con tal dulzura y agradecimiento, que Amalia estuvo a punto de derretirse. Él fue capaz de notarlo, y la calidez que ocultaba en su corazón

cubrió sus mejillas de un hermoso rubor.

—Bien bien, ¿nos sentamos? —interrumpió Reina tomando a ambos de los brazos y sentándolos uno al lado del otro.

—Tengo un rega...

Amalia no pudo terminar de hablar. El teléfono de Diego sonó y al ver quien llamaba, se levantó rápidamente a contestar. Su voz comenzó a bajar y a volverse seria, las chicas se miraron y Amalia pudo entender de inmediato quien llamaba.

—Lo siento mucho. Reina, tú lo entiendes... —dijo Diego quedándose de pie frente a la mesa.

No miró a ninguna de las dos mientras hablaba. El corazón de Amalia parecía un juguete. No alcanzaba a disfrutar de la alegría cuando él volvía a destruirlo.

—Adelante, podemos hacerlo después —respondió Reina.

Pero Amalia no fue capaz de hablar.

Diego tomó una chaqueta negra y abrió la puerta.

¿Qué es tan grave que debe irse así de rápido? Su novia debe ser una loca posesiva, pensó Amalia. Y como si le hubiese leído el pensamiento, las palabras que siguieron, retumbaron en los oídos de la joven.

—¿Quieren ir? Amalia, ¿quieres conocer a Amparo?

Semejanzas

Diego habló despacio, y cada palabra hizo eco en el corazón de Amalia que no lo pensó demasiado. Una enorme sonrisa se trazó en su rostro como respuesta. Aquella invitación era una preciosa muestra de confianza, y aunque por fin sabría quién era la mujer que ocupaba el corazón y los pensamientos de Diego, estaba tranquila. Entendía lo difícil que le resultaba a su amigo derribar los muros con los que parecía protegerse, y conocer a Amparo, la situaba del lado en el que ella deseaba permanecer.

Amalia se volteó entusiasmada por confirmar que Reina iría junto a ella, pero el rostro cabizbajo de su amiga se anticipó su respuesta.

—Sabes que no puedo aparecer por ahí —murmuró con pesar. Levantó el rostro para sonreír y tomó la mano de su amiga para alentarla—. Es una oportunidad que no se repetirá, Amalia. Yo los esperaré aquí, tienes que acompañarlo —le susurró.

Los jóvenes se marcharon en silencio dejando a Reina sola en esa mesa de celebración. No le gustaba, pero estaba bien con ello.

Durante el trayecto en autobús, Amalia no quiso hacer ninguna pregunta. Diego se veía ansioso y preocupado, y sus dudas no iban a relajarlo. A medida que los minutos pasaron, el nerviosismo de su amigo se volvía más notorio y preocupante. Sus largos dedos daban pequeños y molestos golpes a la ventana, mientras comprobaba a cada momento su reloj. Amalia comenzaba a desesperarse con la ruidosa e incansable actitud de su compañero, y casi sin analizar la situación, envolvió sus manos en las de ella. Diego se detuvo, incapaz de reaccionar. Calmó su respiración a pesar de su incomodidad y decidió que no estaría tan mal dejarse contener por la calidez de Amalia. Ella no quiso hacerse consciente de lo íntimo que fue ese momento, para que la cobardía no lo arruinara. Así se quedaron, muy cerca el uno del otro, solo con la distancia entre sus hombros separándolos, para seguir el resto del camino en absoluto silencio.

La quietud alimentó la imaginación de Amalia, quien no dejaba de elaborar teorías sobre el aspecto y el carácter de esta novia secreta. Sería hermosa, como él, pero llena de inseguridades. Esa podía ser la única respuesta a su obsesión con Diego y su poca participación en su vida cotidiana. ¿Sentiría tal vez celos de Reina? Eso parecía encajar. ¿Por qué otra

razón ella no los habría acompañado? Qué interesante se tornaba Diego. Su vida estaba rodeada de misterio y eso era totalmente adictivo.

Tas un viaje de 45 minutos, el autobús se encaminó a las afueras de la ciudad, cercano a los barrios bajos que los inmigrantes comenzaban a formar. El pecho de Amalia comenzó a apretarse, pues era allí donde su madre se reunía con las pocas amistades que tenía en el país que la había recibido. El colorido mercado le recordó aquellos paseos que de niña tanto había disfrutado. Por desgracia, todos esos vínculos se habían destruido tras la muerte de su madre.

—Es aquí —dijo Diego, deshaciéndose de las manos de Amalia con suavidad.

Ella volteó sus ojos hacia la ventana, y se encontró frente a las puertas de una “Aldea de Acogida”. No hubo preguntas, por ende, no hubo respuestas. Amalia lo siguió hasta la recepción, donde dos mujeres de avanzada edad dieron una afectuosa bienvenida a Diego. Lo invitaron a pasar, y poco logró escuchar Amalia sobre Amparo. Al parecer, algo malo ocurría y era él quién podía arreglarlo.

Ella siguió los pasos de Diego, avanzando por pasajes interminables dentro de una casona antigua, para acceder a lo que parecía un internado. Mientras caminaban, él nunca volteó para saber si Amalia aún caminaba junto a él. Parecía haber olvidado que no estaba solo. Hasta que finalmente se detuvo frente a un dormitorio, murmuró un dialogo indescifrable junto a las mujeres que le acompañaban y entró. Las encargadas le sonrieron a Amalia y se retiraron. Otra vez la imaginación de Amalia comenzó a trabajar ideando los diálogos de una horrenda película de terror de la cual no deseaba ser protagonista. Dejó pasar veinte minutos frente a la puerta, hasta que se decidió a entrar. Con su cuerpo temblando por completo, asomó la cabeza, para encontrarse con la demostración del más puro amor que ella conocía. Uno que Amalia había perdido.

Diego estaba sentado en el suelo de frente a una pequeña niña que bordeaba los cinco años. Su pelo era negro, sus ojos azules. Amalia contempló la tierna escena de él consolando a la pequeña, hasta que algo hizo clic en su cabeza. Diego solo la miró. No hubo dialogo, no hubo nada. Acarició la cabeza de la pequeña y se levantó.

—Amparito, te dejaré un momento con ella, es una amiga de la escuela,

se llama Amalia. Trátala bien ¿vale? —dijo con una sonrisa y se fue.

Las dos se observaron con detención. Amparo lucía triste, muy triste. Amalia se sentó en el lugar que Diego había dejado, tratando de ignorar el hipnótico parecido que la pequeña tenía con él. Se acercó para saludarla, pero la niña rompió en un desconsolado llanto.

Amalia solo supo abrazarla, y ese abrazo logró calmarla poco a poco. La niña comenzó a subir a sus brazos, era tan pequeña como Lía.

—¿Qué es lo que pasó, pequeña? —preguntó con delicadeza acariciándole el cabello.

Los enormes ojos de la niña se clavaron en los suyos. Amparo tardó en responder.

—Ya no quiero estar aquí —respondió entre sollozos—. Quiero volver con mi hermano.

Un suspiro de alivio se escapó de Amalia. Tomó a la chica nuevamente y comenzó a trenzar su coleta.

—¿Por qué no vives con él?

—No me dejan. Aquí todas son muy malas —respondió la pequeña con el cabello de Amalia enrollado entre sus dedos.

—¿Y tus padres?

—Yo solo tengo a Diego —dijo Amparo, con una madurez impropia para su edad.

¿Qué había pasado con sus padres? Amalia pensó que podría preguntar más, pero aprovecharse de la ingenuidad de la pequeña no era algo que estuviera dispuesta a hacer.

—Es injusto porque él también tiene a Reina. Ella es la mejor, y no quieren que la vea. Además, ella quiere mucho a Diego ¿cierto? Quien es su novia, ¿tu o ella?

Ante esa pregunta, Amalia solo pudo reír a carcajadas, provocando que Amparo dejara de llorar. Diego volvió cuando las risas invadían la habitación y las dos ya eran amigas. Por fortuna, a cada una le hacía falta lo que la otra podía entregar, siendo un complemento perfecto para sus vidas. Él las observó un momento con asombro antes de hablarles, no deseaba interrumpirlas, pero era tiempo de volver.

Se despidieron con un gran abrazo, Amparo se colgó del cuello de Amalia haciéndole prometer que volvería y repitió lo mismo hizo con su hermano, que respondía con una enorme felicidad ante el cariño que ella le entregaba.

—¿Qué te pareció? —preguntó Diego, rompiendo el incómodo silencio una vez que se alejaron del hogar—. Cada cierto tiempo se pone así, sobre todo después de mi cumpleaños o del suyo, es difícil para ella.

Amalia se volteó a mirarlo y no fue capaz de contenerse. Abrazar a Amparo le había recordado su historia y las lágrimas se agolparon en sus ojos, sin tención de detenerse.

—Oye no estés llorando por nosotros, Amparo está bien aquí.

Diego lucía un poco molesto con la reacción, tal vez era eso de lo que intentaba protegerse, pensó Amalia. Pero ella no lloraba por él.

—Lo siento... —sollozó Amalia—, lo siento, lo siento, pero no es por ti. Yo tuve una hermana Diego. La tenía, y la extraño tanto.

—¿Por qué te disculpas entonces? —preguntó Diego deteniéndose frente a ella.

Y aunque era el momento indicado para abrazarla, fue incapaz de hacerlo. Levantó su mano para quitarle el cabello de la cara, pero se detuvo antes de tocarla, manteniendo entre sus dedos el enmarañado cabello de Amalia.

—¿Quieres contarme que es lo que pasó?

Amalia secó su lágrimas y aclaró su garganta antes de hablar. Sus miradas se cruzaron y comenzó a caminar.

—Hubo un accidente de tráfico, tras una de las visitas que mi madre realizaba a sus amigas. Fue un auto robado, a pocas cuadras de este lugar. No se pudo hacer nada. Murieron seis personas, ellas incluidas.

—¿Ellas?

—Mamá y Lía... —su voz sonó lejana al decir su nombre.

Diego caminaba a su lado, despacio y suave. Jamás había imaginado que ella también tendría una oculta historia que contar.

—Tal vez nos parecemos un poco —dijo finalmente.

Amalia lo observó mientras hablaba, con la vista siempre hacia el frente,

cuidando no cruzar sus ojos con los de ella.

—Mi madre siempre fue *la segunda*. Nosotros siempre fuimos *los segundos*. Nunca nos faltó algo, salvo nuestro padre, que aparecía poco en casa. Lo entendí cuando tenía nueve años. A mis catorce nació Amparo. Papá murió unos meses después. Jamás la conoció y ninguno de nosotros pudo ir a su funeral. Mamá se suicidó un año más tarde, incapaz de vivir sin él. Supuestamente quedamos a cargo de mi abuela, pero ella rápidamente se cansó de nosotros. Amparo tenía un año y medio cuando se la llevaron.

Amalia se detuvo detrás de Diego, lo sujeto de su chaqueta y esperó a que se volteara.

—¿Tú también estás cansado? —preguntó con los ojos lagrimosos.

—Claro. Es difícil estar lejos de la única familia que tengo. Pero jamás abandonaré a Amparo. Ella es todo para mí —contestó con calma.

—Tampoco puedes abandonar a Reina —bromeó Amalia, levantando su cabeza para buscar la mirada tranquila de su compañero.

—Exacto. Tampoco puedo dejarla a ella, es demasiado extraña —rio él, sin dejar de mirarla.

—Ni a mí —dijo Amalia.

Diego la escuchó con claridad, levantó su mano despacio, midiendo cada movimiento, para tocar su frente fría con uno de sus dedos, y recorrer su piel hasta la punta de su nariz.

—Vamos antes de que Reina se coma todo —sentenció al darse cuenta lo que acaba de suceder.

Sus corazones volvieron más livianos, pero con más dudas. La distancia se acortaba, pero sus cuerpos se alejaban. Ellos sabían lo que significaban los días de dolor. El miedo a las catástrofes los obligaba a mantenerse a raya. Ninguno quería perder al otro.

Ninguno debía amar al otro.

Historias

Aquella, fue la primera vez que Amalia celebró la precariedad del transporte de su ciudad. Ante la agradecida demora, los minutos entre ellos se extendieron, obligándolos a caminar uno al lado del otro por cerca de una hora. Ambos se sentían alegres y livianos.

—Entonces, ¿ustedes se quedaron solos? ¿cómo lo hiciste? —preguntó Amalia con asombro.

La tarde se despedía y la noche comenzaba a descender. Una brisa tenue acompañaba su andar y Diego parecía disfrutarlo. No paraba de decir que debían ir más rápido, pero su caminar pausado demostraba lo contrario. Avanzaba despacio, meditaba cada pregunta que ella hacía para responderla nada más que con sonrisas. Tenía ganas de hablar, pero solo Reina había sido capaz de escuchar su historia sin sentir lástima. Tal vez porque su vida no era, en ningún caso, mejor que la de él.

Debía escapar de aquel interrogatorio, a pesar de lo agradable que se sentía aquel momento, pues evidenciarse por completo era una opción que descartaba desde el comienzo, y ese dialogo, terminaría necesariamente en aquello que tanto escondía. Ella lo notó, pero tampoco estaba dispuesta a perder la oportunidad de saber quién era realmente su amigo.

—Nunca respondes mis preguntas, ya te dije que no son tus secretos los que me importan —le reprochó.

Ya estaban frente a la última parada del autobús, el camino que debían andar había terminado. Diego observo los ojos profundos de Amalia, que le exigían honestidad. Ella había hablado claro, esta vez no había vuelta atrás.

—Bien, ¿qué quieres saber? —dijo, asumiendo que era el momento de hablar.

Ella ya había contado parte de su historia y estaba agradecido de esa confianza. Simplemente marcaría la línea entre lo que puede y no ser revelado.

—Todo —contestó Amalia.

Diego rio ante su desfachatez, y comenzó a hablar:

—Ok. Nací el ocho de...

—Lo importante, ¿vale? —interrumpió ella.

—Vale, vale. Aunque mi nacimiento es el hecho más importante de mi vida —bufoneó—. Como te dije antes, somos la segunda familia de mi padre. Él era concejal en la ciudad, nunca nos reconoció, a pesar de que todos saben que es él el responsable de que Amparo y yo existamos. Murió y luego mi madre no lo soporto. Fin. Es eso, no hay más.

—¿Cómo hiciste para vivir con Amparo tu solo?

—Bueno, aunque él no nos reconoció jamás, no era un mal padre. Lo veía poco, pero cuando estaba, era bastante agradable. Nos dejó con buenos seguros, la casa está pagada, la escuela también. No pueden expulsarme aunque quisieran. Amparo asistirá a la misma, lo cual es terrible. Tan solo espero poder llevármela luego y salir de aquí.

—Pero, ¿y tu abuela? ¿dónde está?

—Con sus otros nietos. Y esto no lo saben en la escuela. Ella nos dejó cuando Amparo tenía un poco más de un año, alcancé a estar con ella solo seis meses.

—¿Se fue así nada más? Pero tú aún eras menor de edad.

—Así nada más. Nunca aceptó que fuéramos producto de una relación *pecaminosa*. Aunque su hija amaba tanto a mi padre, que incluso fue capaz de abandonarnos para seguirlo.

Amalia lo miraba sorprendida. Pensó que era un chico muy maduro y comprensivo, pero la realidad era que Diego había bloqueado todo tipo de sentimientos hacia a su familia y hacia los demás. Excepto por su hermana.

—¿Pero y cómo lo hiciste con Amparo? Todavía no lo entiendo. La escuela y esas cosas, ella era muy pequeña.

Diego se volteó con una hermosa sonrisa que evidenciaba el infinito amor que sentía por esa pequeña que tenía sus mismos ojos. Su tono de voz se volvió dulce y en su mirada el pasado se veía hermoso.

—Solo la cuidé —respondió—. Hice cuanto pude por ella. Antes de ir a la escuela, la dejaba en la guardería, al salir, la pasaba a buscar. Se colgaba de mi cuello como un mono cuando me veía llegar. Y no sabes cuánto me alegra que aún lo haga.

Amalia lo observó maravillada. Observarlo hablar con tanta fascinación sobre su pequeña hermanita hizo que lo quisiera mucho más. Diego era dulce,

preocupado, respetuoso, atento... ¿qué podría tener, que no lo hiciera amarlo?

—Eres casi su padre para ella. Tú la criaste, y lo hiciste solo.

—No, Amalia. Me habría encantado hacerlo, pero no pude. La guardaría no tardó en darse cuenta y me la arrebataron. No me la entregarán hasta que mi casa sea un lugar apropiado para ella, y no sé cuándo será eso. Ni siquiera sé si yo soy él apropiado para cuidar de ella. A penas puedo mantenerme solo... —murmuró.

Su mirada ya no era alegre y su sonrisa desapareció. Sentado mirando al piso, parecía un hermoso cristal hecho trizas. Amalia se sentó a su lado y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Diego.

—No nos tengas lástima —refunfuño sin escaparse de esa diminuta demostración de afecto.

Amalia no levantó su mirada para responder.

—No lo hago. Creo que tienes una hermosa hermanita —dijo en un suspiro.

Su cabello colgaba sobre la espalda de Diego, sus manos temblaban de frío y sus ojos se nublaron al recordar a su hermana.

—Extraño tanto a la mía, ella... Lía me hace falta.

—¿Así se llamaba?

—Era un demonio caminante —respondió entre risas al recordar su casa hecha un desastre, sus ropas sucias, sus zapatitos diminutos—. Diego, permíteme estar junto a Amparo, por favor.

—No.

Diego respondió sin siquiera pensarlo y volteó su rostro hacia Amalia, que había retirado su cabeza sorprendida. Muy cerca uno del otro, se observaron en silencio.

—Ella ya ha sufrido lo suficiente. Harás tu vida en algún momento. Amparo no necesita perder a nadie más.

Su rostro serio hizo temblar a Amalia.

—No tengo pensado alejarme, Diego. No me iré a ninguna parte. Pienso quedarme junto a ti, para siempre. No te dejaré. Nunca.

Si ella se hubiese sonrojado, si su voz hubiera temblado, si un toque de duda se hubiese sentido en su voz, él habría pensado que hablaba sin saber lo que realmente decía. Pero ella hablaba con tal seriedad, que Diego no fue capaz de responder.

—Bien, ¿nos vamos? —dijo levantándose.

Hizo parar el autobús y volvieron como siempre, en silencio.

En casa, Reina estaba esperando ansiosa la llegada de sus amigos, no paraba de morder sus uñas y moverse de un lado a otro. La torta que Amalia había preparado, parecía estar a punto de ceder, por más que intentara acomodarla, las velas se venían abajo y sus decoraciones se mezclaban entre sí.

Cuando por fin atravesaron el umbral de la puerta, fue imposible adivinar qué había sucedido.

—¿Por qué no dicen nada? ¿cómo estaba Amparo? —preguntó evidenciando sus nervios.

—Bien. Era lo de siempre, estaba extrañando un poco —respondió Diego mientras miraba asombrado la mesa dispuesta en su honor—. ¿Todo esto es para mí? ¿y esa torta? No me digas... ¿ustedes la hicieron?

—Solo Amalia, ella estuvo hasta la madrugada horneando —dijo con picardía Reina.

Estaba feliz de ver la sonrisa nerviosa de su compañero. Era evidente que algo había ocurrido entre ellos, pero sabía que él no se lo contaría y que tendría que interrogar a su amiga.

—Esta torta se ve muy... ¿deliciosa? —bromeo él pasando sus dedos por la crema color calipso que la cubría.

—¡Silencio! ¡Es la primera que hago algo así en mi vida! La idea es que la comas y seas feliz —rio Amalia.

Su rostro estaba con un ligero sonrojo, pero al escuchar el murmullo de Diego, pudo sentir su corazón saltar y el rubor subir hasta cubrir sus mejillas por completo.

—Lo soy —respondió con timidez.

Las chicas lo miraron y Reina se apresuró a abrazarlo. Rieron y

hablaron, algo de sus pasados salió a la conversación, e inesperadamente, la torta tenía buen sabor.

—¿Por qué no nos acompañaste a ver a Amparo, Reina? —preguntó Amalia.

—Ay, niña, no puedo aparecerme por ahí.

—¿Pero por qué?

— Ya viste donde vive? Esas brujas. Un marica no es un buen ejemplo para ella.

—¡Pero te adora!

—Lo sé, y yo a ella.

Reina suspiró con amargura. Antes de seguir hablando, Diego las interrumpió.

—Bien, ya es tarde Amalia. Tienes que volver a tu casa.

Y ahí estaba. Toda la dulzura del momento aplastada por la frialdad de Diego.

—No me iré, dormiré con Reina —dijo ella en tono desafiante mientras Reina sonreía cómplice.

—¿Estás loca? No te creas lo de que es una mujer real. ¡Aún tiene algo entre sus piernas! ¡No te confundas!

Entre risas, Reina acompañó a su amiga hasta la parada, repitiéndole hasta el cansancio que le contara con lujo de detalles todo lo sucedido.

—¡Anda el lunes buscarme al colegio! —gritó Amalia desde el autobús.

Volvía a casa feliz, pero una vez arriba, recordó el regalo que con esmero había preparado. El pequeño presente aún descansaba dentro de su bolso.

Al regresar Reina, Diego la esperaba para el interrogatorio

—¿Tú sabías lo de su hermana y lo de su madre?

—Por supuesto, somos amigas —contestó ella comenzando a ordenar con alegría la mesita de su comedor.

Estaba tan contenta, hacía tanto tiempo que la vida no le sonreía de esta forma.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —insistió Diego ya con tono más

serio.

—No le cuento a ella sobre tu vida ¿por qué debería hacerlo contigo?

Reina lo observó con serenidad.

—No le contaré nada Diego...

Y la nube de angustia volvió a abrirse camino en esa casa.

Emergencia y más problemas

Los padres de Amalia estaban sorprendidos con los cambios en su hija. Hablar con ella se estaba volviendo fácil y agradable. Con el pasar de los años, habían olvidado su risa ligera y su mirada amistosa. Algo estaba cambiando, y a lo que fuera o a quien fuera, ellos le agradecían cada noche.

En gran medida, sus nuevos amigos eran los responsables de su alegría, pero la diferencia había sido marcada por Amparo. Diego había permitido que la visitara tres días a la semana, y eso fue suficiente para ayudarla a sanar. Incluso él sonreía más a menudo, provocando pequeños infartos en la pobre Amalia, que vivía a punto de derretirse con cada una de sus miradas.

Una mañana de lunes en que él no apareció por la escuela, recibió la llamada de emergencia de Reina. Ella no explicaba nada, solo decía que la esperaba en la salida del instituto para ir a casa cuanto antes, algo le pasaba a Diego.

Reina la saludó con rostro preocupado, esquivando las incómodas miradas que los demás alumnos le lanzaban. Seguro el tema de mañana sería la extraña amistad de Amalia.

—¿Qué pasó? ¿cómo está Diego? —investigó, pero Reina respondió con silencio—. No me asustes —murmuró corriendo tras ella para poder seguir su paso.

Llegando a casa la llevó directo a la habitación de Diego, quien, recostado sobre su cama, aún en pijama, tapaba su cara con uno de sus brazos. Entró despacio, casi de puntillas, y se arrodillo junto a su cama. Murmuró su nombre con la voz temblorosa. Diego, como era de esperar, respondió con tono molesto.

—No es nada, puedes irte —masculló sin quitar su brazo del rostro.

Amalia miró a Reina para intentar adivinar que ocurría, pero ella se limitó a alentarla a profundizar su diálogo. Sin entender aún, se levantó para sentarse junto a él. Estaba preocupada y su corazón parecía tener vida propia, temiendo que incluso Diego pudiera escuchar sus latidos desenfrenados. Estaba en su cama, junto a él, a segundos de morir de amor.

—¿Qué pasó? ¿Amparo está bien?

Y por su reacción, pudo entender que ahí estaba el problema. Diego se

sentó afirmando su cabeza, escondiéndola entre sus grandes manos.

—¿Soy así de evidente? —respondió.

Acomodó su oscuro cabello y le sonrió a sus amigas.

—¿Qué es? ¿qué le pasó? ¿está bien?

Amalia estaba comenzando a preocuparse, Reina los miraba de pie en la puerta. Ella ya lo sabía.

—Está bien. Aún parece un monito... —murmuró con una sonrisa triste para volver a cubrir su rostro y continuar—. Quieren quitármela otra vez. Hay una familia que quiere adoptarla, es una buena familia. Tan buena, que estoy seguro que la perderé de nuevo...

Hizo una pausa para volver a recostarse sobre su cama. Amalia notó de inmediato lo triste que estaba, pero además notó su piel pálida, que se asomaba entre los botones del pijama. Intentó mantener la compostura y centrarse en el problema de su amigo apartando la mirada de su tentadora posición.

—¿Puedes hacer algo? —preguntó.

—Sí, pero no creo que deba. De todas formas no tengo nada que ofrecerle. Con ellos estará bien, segura y amada. Tendrá una familia real. Tan real que incluso me ofrecen vivir junto a ellos por un tiempo.

— Pero, eso es bueno ¿cierto? —indagó confundida.

Reina ya había salido de la habitación. Se acomodó junto a Diego, boca abajo y contuvo las ganas de acariciar su rostro.

—No lo es. Había estado esforzándome tanto para hacer su vida un poco más feliz, y no fui capaz de hacerlo.

La sensación de soledad que emanaba de Diego, lo hacía parecer indefenso, pequeño y su cuerpo sólo actuó. Su brazo cubría aún parte de su rostro, por lo que fue incapaz de ver lo que estaba a punto de ocurrir.

Amalia se inclinó despacio sobre el rostro de su compañero, lo observó con atención unos segundos. Era hermoso. No intentaba hacerlo sin que se diera cuenta, solo sucedió. Con suavidad, tomó sus labios con el que era el primer beso en sus dieciocho años de vida. Diego se incorporó con rapidez. Molesto y sonrojado. No hubo nada más. Solo una terrible advertencia.

—Jamás vuelvas a hacerlo. No te confundas.

Ella había sido la del error. En medio de una importante conversación, sus impulsos habían sido más fuertes. No volvieron a hablar, no fue capaz de saber más de lo que sucedería con Amparo, y aunque Reina reía sin parar de lo ocurrido, la vergüenza y la humillación del rechazo, la obligaron a ausentarse de la escuela por unos días.

Probablemente, si ella no se hubiera ausentado, los horribles acontecimientos que siguieron, no habrían sucedido, o no se habrían salido de control como lo hicieron.

Amalia volvió a la escuela el día viernes, Diego tampoco estaba. A medida que avanzaba por los elegantes pasillos, sentía las miradas de todos con quienes se cruzó. Cada cierto tiempo, sus compañeros de salón arrojaban comentarios que no lograba descifrar. Hasta que volvió a casa.

Sus padres estaban sentados a la mesa, con notable seriedad, esperando a que ella volviera.

—Necesitamos hablar —sentenció Ernesto en mismo momento en que Amalia cruzó el umbral de la puerta.

De pronto sus padres hablaban de valores, de malas compañías, de principios, de respeto. Era imposible entender.

—¿De qué hablan? ¿qué sucede? No logro seguirlos —preguntó con desconcierto.

—Llamaron de la escuela, dicen que te han visto en andadas con una prostituta —respondió molesto su padre.

Fue ahí que el mundo se giró.

¿Cómo podían decir eso? ¿sólo porque Reina no respondía a sus absurdos patrones de comportamiento? ¿solo porque había decidido vivir libre de prejuicios? ¿solo porque había terminado por aceptarse?

Lo siguiente fueron gritos. “¡Ustedes no confían en mí!, ¿con quién creen que me relaciono?, ¡se sienten superiores porque son médicos!, ¡ustedes y su mundo de arrogantes!”

—Eres un desclasado. Mamá también era diferente, pero a ella la defendiste. Lo hiciste porque era médico. Si hubiese sido una inmigrante más, jamás la habrías mirado —dijo a su padre, y todo se silenció.

El origen humilde de su familia era el mayor orgullo de Amalia, y desde que habían comenzado a mezclarse con el resto de las personas *adineradas*,

su impresión hacia ellos había cambiado.

—Hija, ¿por qué no invitas a tus amigas a la casa? Estaríamos felices de conocerlas... —dijo Elena para suavizar el ambiente.

Pero lo que obtuvo, fue un golpe en la puerta y a Amalia gritando.

—¡Eso haré! ¡Solo esperen y vean!

Elena abrazó a Ernesto, quién sintió las palabras de su hija como un puñal. ¿Y si su madre hubiese sido una inmigrante del mercado? ¿la habría amado? Se respondió a sí mismo que la habría amado sin importar quien fuera. Pero que probablemente, jamás la habría conocido.

En su casa, Reina entraba nerviosa a la habitación de su compañero, que la observaba sin entender lo que allí ocurría.

—¿Qué demonios pasa, Reina? ¿qué necesitas? —preguntó al ver que su amiga comenzaba a desordenar toda la ropa que él tenía.

—Necesito parecer un hombre —dijo nerviosa.

Su voz y sus manos temblaban mientras revisaba todo en esa habitación.

—¿Qué? ¿por qué? —insistió Diego.

—Los padres de Amalia quieren conocerme. Ahora.

Y en ese momento sí que se veía desesperada. Estaba consciente de su aspecto y de que estaba lejos de ser la amiga que un padre desea para su preciada hija.

—¿Qué? ¿vienen para acá? —dijo sumándose a la desesperación.

Reina respondió sin mirar.

—Solo ella. Apúrate y hazme parecer un hombre.

Amalia se dirigía a casa de sus amigos, y Reina intentaba convertirse en Diego.

Una extraña combinación para un viernes por la tarde.

Decisiones

Reina aun no terminaba de vestirse cuando escucharon la puerta, por lo que tendría que atender Diego, y esa, era una situación muy incómoda. Habían pasado ya cuatro días sin verse ni hablarse desde el incidente del beso, y aunque Amalia había olvidado lo ocurrido con su amigo por el enojo del momento, encontrarse con Diego le recordó la audacia de aquella acción. En el momento exacto en que él joven abrió la puerta y sus ojos se encontraron, toda la valentía que necesitó para besarlo se esfumó. Congelada frente a la puerta, avergonzada pero jamás arrepentida. Sus tiernos y suaves labios se lo merecían.

—¿Dónde está Reina? —preguntó cabizbaja para evadir la mirada igualmente nerviosa de su amigo.

Diego no quería perderla. No deseaba, en ningún caso, separarse de ella. Su compañía llenaba su corazón, aunque sabía que esa amistad dañaría muy pronto a uno de los dos. Finalmente, ¿quién, en su sano juicio, se relacionaría con una persona como él? Ignorar lo sucedido parecía ser la mejor opción.

—Pasa, está preparando su mejor personaje —bromeó.

Cuando la pequeña figura de su amiga paso por delante de él, tomó uno de sus cabellos sueltos y lo enroscó entre sus dedos. Amalia se volteó confundida, y veinte centímetros sobre ella, los ojos alegres de Diego le pedían que olvidara lo sucedido. Ella le sonrió aceptando su tácita disculpa, y antes de que alcanzara a entrar en la habitación de Reina, ella salió perfectamente arreglada. Como mujer era hermosa, pues lo poco que quedaba de Aníbal era perfectamente disimulado entre sus finos rasgos y un sobrio maquillaje. Amalia no la había visto nunca en su papel de hombre, y estaba sorprendida.

—Tú no eres Reina —bufoneó Amalia, atónita.

Diego era un joven guapo, pero no de esos hombres que van por ahí provocando suspiros en todas las féminas. Reina era, más bien, Aníbal, un hombre perfecto. Vestía ropa de Diego, su pelo teñido estaba amarrado en una diminuta cola, no había rastros de maquillaje pero su piel seguía siendo perfecta. Sus ojos eran oscuros, su figura erguida y esbelta.

—¿Así de guapo me veo? ¿qué piensas? ¿estoy listo? —dijo con timidez, intentando disimular su masculina pero delicada voz.

—No lo sé Reina, me siento confundida. De pronto, creo que quiero que te cases conmigo —respondió Amalia entre risas, mientras abrazaba a su única y mejor amiga.

—Sigue siendo un marica, no lo olvides —bromeó Diego, dejando entrever un mínimo de celos.

—¿Por qué estás vestida así? —quiso saber Amalia.

—Tengo que conocer a tus padres, ¿quieres que vaya en minifalda?

La seriedad con que Reina hablaba descolocó a Amalia. Jamás había pensado en ella como un hombre, ¿por qué habría de hacerlo ahora?

—Reina, ellos quieren conocer a mi amiga. Chicos, ustedes han cambiado mi vida, no quiero mentir sobre ustedes. Así están bien, así estamos bien. Así me gustan. Aunque Reina, tal vez me gustes más con esa ropa.

Los chicos se miraron. Ese no era el momento para decir que todo en ellos era una mentira. Reina se acercó a su amiga y Diego no pudo hacer más que quedarse sentado, en esa pobre mesa plástica, observando la escena. La culpa iba creciendo en él, y sabía que el minuto de alejarse estaba próximo a llegar.

—Amiga, agradezco tus palabras, pero no puedo ir de Reina. Sé muy bien que tus padres deben ser amables, si han educado a una persona como tú. Pero es distinto con ellos. Todos los padres del mundo desean que a sus hijos los rodee buena gente, y nosotros no lo somos. En particular yo, Amalia. Sé muy bien lo que provoco en las personas, y no quiero provocarlo en tu familia.

—¿Ustedes qué? ¿saben cómo era mi vida antes de ustedes? ¿lo sabes? Claro que debes saberlo, pues te lo he contado miles de veces. Tú también lo sabes Diego —dijo dirigiéndose a él para sacarlo de esa oscura aura que lo envolvía—. No quiero mentir sobre ustedes, estoy orgullosa de tenerlos a mi lado —sentenció.

Y entonces fue Reina quien no supo cómo reaccionar. Sus bellos ojos se llenaron de lágrimas, abrazó a su amiga y lloró por un instante. Amalia acarició su cabeza intentando consolarla, pero ella ya no estaba triste. Estaba tan feliz de escuchar a alguien decir eso, que estuvo dispuesta a dejarlo todo con tal de convertirse en aquella que fuera realmente un orgullo para sus seres queridos. Todo habría sido diferente para ella si ellos la hubiesen aceptado como su amiga lo hacía.

—Bien, me cambio y nos vamos —comentó, apartándose de ella con una sonrisa enorme en su rostro.

Diego y Amalia volvieron a quedar solos.

—¿Quieres venir? —ofreció ella tratando de romper el silencio que había dejado la anterior escena.

—Ni obligado —respondió entre risas.

—Diego —murmuró Amalia, para encontrarse con sus ojos que la observaban con atención—. En serio estoy agradecida de tenerlos a mi lado.

Solo pudo responder con una sonrisa. Si esto seguía así, iba a ser imposible dejarla. Al cabo de unos minutos, Reina salió perfecta como siempre, vistiendo un colorido vestido y con su cabello libre. Se despidieron de Diego, la puerta se cerró, y el joven, conmocionado aún por la honestidad de Amalia y el incontrolable sentimiento que crecía en su interior, comenzó a evaluar una posible decisión que lo apartase de ella.

Si me voy con esa familia, tal vez podría empezar de cero...

En casa de Amalia, aún sentados a la mesa, Elena y Ernesto no paraban de discutir sobre su hija. La angustia de ese padre era tal, que había olvidado que la joven se comportaría solo cómo él la había educado. Ella era una chica respetuosa y seria, y difícilmente tendría amistades con principios diferentes a los suyos.

—¿No has dudado ni por un instante? —indagó Elena.

Aunque su hija aún no la aceptaba por completo, su relación familiar había mejorado en forma considerable. Ella confiaba plenamente en la madurez que tendría a la hora de escoger a sus amigos y en lo transparente que Amalia era con ellos. Para Elena, esa exasperada llamada desde el colegio, no era más que una terrible equivocación.

—No se trata de eso. Es la primera vez que la veo tan feliz, desde que perdió a su madre y a Lía. No ha sido fácil. Para ninguno de los dos. Pero ella es tan... ella es tan frágil, Elena. Tan frágil, que temo que sus ojos sean incapaces de mirar la realidad con objetividad.

—Lo único que puedes hacer es confiar en ella. Y además, amor, está la posibilidad de que Amalia ya no sea tan frágil e inmadura como piensas.

Ernesto abrazó a su esposa. Su corazón era una prueba concreta de que es posible sanar. Aún amaba a la madre de Amalia, pero había tenido que

aprender a encontrarla en sus recuerdos. Elena lo había sacado del vacío en el que estaba tras perder a parte de su adorada familia, pero él no había logrado hacer lo mismo por su hija. Habían sido otros. Otros que ni siquiera conocía.

—¿Les ha bajado el amor? —preguntó Amalia con tono burlesco entrando al comedor—. Hay alguien que quiero que conozcan —agregó.

Y Reina avanzó hasta estar a su lado. Estaba acostumbrada a recibir miradas de desprecio, a que murmuraran tras ella, a que la apuntaran con el dedo analizando su cuerpo por completo, intentando descubrir si era realmente una mujer o no. Sabía qué le esperaba al entrar a esa sala. Sabía que ese lugar, no sería diferente.

—Ella es Reina, mi mejor amiga.

—Un gusto —dijo enseñando su bella sonrisa mientras esperaba la reacción de esos padres preocupados.

Pero no hubo nada. En un segundo, sintió los brazos de Elena rodearla y un cariñoso beso en la mejilla agradeciendo la amistad con su hija.

—Estábamos a punto de pedir una pizza, llegas en un buen momento, Reina —saludó Ernesto, cortés como siempre.

Nadie en aquella casa la miró de forma extraña. Nadie la juzgó por su apariencia. Al menos no abiertamente. ¿Por qué su familia no podía ser un poco, solo un poco, cómo la de su amiga? Observó con asombro la actitud del padre de Amalia, quien se dedicó a pedir la pizza y preparar la mesa para la cena. En su casa, su padre solo trabajaba. Nada en casa era tarea de él, por lo que toda responsabilidad caía en su madre. Reina jamás vio a un hombre valerse por sí mismo, hasta que conoció a Diego. Elena tal vez intuyó en la mirada desconcertada de su invitada el anhelo de un poco de aquella suerte, por lo que la envolvió nuevamente en un abrazo y con la delicadeza que la caracterizaba la invitó a sentarse.

—Uy, sí que eres alta, linda, ¿cuándo mides?

Elena hablaba con tono gracioso y familiar. Reina tenía el tamaño promedio de un hombre en su adolescencia, un metro y setenta y cinco centímetros. Una gran diferencia, considerando el metro sesenta que median Amalia y Elena.

—Estábamos ansiosos por conocerte —dijo Ernesto al sentarse frente a ella—. ¿Cómo van las clases? —preguntó sin delicadeza.

Maldición. Mejor me preguntaba directamente si era puta, pensó Reina.

Una incómoda pregunta, pero estaba decidida a salir airosa.

—No estoy estudiando por ahora...

Iba a seguir hablando, pero Elena vislumbró hacia donde iba dirigida esa pregunta y la interrumpió con preguntas acerca del tinte para el cabello o la manera en que Reina se mantenía en forma. Evitaron por cerca de dos horas las capciosas preguntas de Ernesto, pero como era de esperarse, llegó un momento en que no pudieron continuar. Reina contó su historia con una posición erguida, llena de orgullo, tal vez porque lo sentía, o tal vez, para que no se le preguntara más.

—Mi padre soñaba con un varón al que llevar al fútbol, a beber cervezas o con quién silbar a las mujeres que se le cruzaban por la calle. No pudo aceptar que su primogénito prefiriera ir de porrista al estadio o quedarse en casa jugando con las muñecas que en secreto robaba a sus primas. Mamá no supo cómo reaccionar. Opté por salir de ahí a seguir complicando su vida. No ha sido fácil, para nada. Me fui a los 16 años e intenté vivir por mi cuenta, pero nadie contrata a un joven de esa edad, menos a uno que en secreto usa labial —ríe—. He sobrevivido en gran medida gracias al amigo con quien vivo y su familia —mintió.

No podía ir por ahí diciendo que Diego vivía sólo y mucho menos con alguien como él.

—Entonces ¿naciste sintiéndote una mujer? —preguntó Elena.

—Sí, extraño, ¿cierto? Nunca me sentí igual a los demás chicos, pero cuando tenía nueve años, ya no podía mentirme de esa manera. En clases de educación física mis ojos se desviaban inconscientemente en los vestuarios —bromeó con gracia, aunque en sus ojos era evidente la tristeza—. Me escondí lo más que pude, pero el clóset definitivamente no era para mí. Ya todos comenzaban a sospechar, y hoy, la verdad es que las miradas no me importan mucho, casi me agradan. Claro, a los diez años no era así. Siempre fui objeto de burlas y bromas. Los chicos no se relacionan conmigo y las chicas tampoco, Amalia es la primera amiga que tengo. Pero bueno, esta soy yo, esta es mi vida, y quiero vivirla.

—Que valiente has sido, linda —dijo Elena mirándola con orgullo.

Pero Reina no quiso aceptar ese cumplido. En el fondo de su corazón, sabía que terminaría mintiéndoles y defraudándolos, a todos ellos, tal como a sus propios padres.

El ambiente se estaba volviendo serio, y Elena quiso animarlo pero fue

Ernesto quien no lo permitió, atacando con sus preguntas de forma que ya no pudiera evadirlas.

—¿Y qué haces, Reina? —preguntó finalmente.

La temible pregunta que todos habían estado esperando. Amalia le dio una mirada fulminante a su padre, pero él solo la ignoró.

—Soy garzona en un café —dijo segura, cruzando sus manos sobre la mesa.

—¿En cuál?

—En el San Andrés, junto al Café Delusion, cerca del puerto —aseguró.

Pero Reina había mentido otra vez. Solo rogó al cielo que ninguno de ellos fuera cliente habitual de ese café, porque tendría que correr a buscar trabajo allí para no ser descubierta. Él la miró, como si entendiera que ella no quería hablar más del tema.

—Sería bueno que retomaras tus estudios. Es la mejor forma de demostrar a tu familia tu capacidad de salir adelante, con o sin ellos. Aunque sería grandioso que lo hicieras con ellos —sugirió Ernesto, para así terminar de hablar.

Continuaron la conversación por cerca de una hora, Amalia estaba feliz de tenerla en su casa y de haber hecho a su familia parte de esa cariñosa amistad. Pero Reina debía volver y ella debía esperar las disculpas de sus padres por creer esa horrible mentira de la escuela.

—¿Quieres que te vayamos a dejar? —propuso Elena, pero las chicas se negaron.

Aún quedaban cosas que conversar entre ellas. La invitada se despidió cariñosamente de los padres de su amiga, y ambas, caminaron muy cerca una de la otra hasta la parada del autobús, donde Reina sonrió frente a ella, emocionada. Ambas se abrazaron y agradecieron su amistad, pero Reina tenía algo más que entregar aquella noche.

—Ellos son un encanto —murmuró.

Amalia notó de inmediato que la conversación comenzaría a tornarse seria.

—Quiero darte algo... —agregó Reina.

Amalia la miró sorprendida mientras su amiga ponía sobre sus manos una llave.

—Estas son para ti. Debes cuidarlas, es para usar solo en caso de emergencia.

La confusión era evidente en Amalia. ¿Qué pretendía Reina con esto? ¿por qué la seriedad se había apoderado de ella?

—Son las llaves de mi casa, niña —bufoneó—. Quiero que las tengas. He estado recibiendo llamadas de mi madre y estoy pensando en darle... En darnos una oportunidad. Diego no puede quedarse solo, tienes que acompañarlo. Y si se te escapa, con esta llave lo podrás encontrar, esa casa es su refugio, siempre estará ahí. No le cuentes que te la di, y úsala, en serio, solo si es una emergencia. Él es demasiado huraño. Me odiará si se entera de esto.

Los brazos de Amalia la tomaron por sorpresa. Colgada de su cuello hecha un mar de lágrimas, le agradecía su confianza y su amistad.

—¡Te extrañaré tanto Reina! ¡no te olvides de mí! ¡no quiero extrañarte, pero me alegra tanto que vuelvas con tus padres!

Reina la abrazó emocionada.

—Sólo probaré que tal me va, y la capital tampoco está tan lejos, podemos visitarnos seguido.

Amalia entre sollozos asentía con la cabeza. Se prometieron ser las mejores amigas que podían existir, jurándose lealtad eterna. Se despidieron con un beso y volvieron a sus respectivos hogares.

Reina la observó alejarse con tristeza, pero decidida a cambiar su vida.

Quería sentirse orgullosa de sí misma. Ya no quería volver a mentir.

Ni juicios, ni explicaciones

En la lista de días fatales, Amalia tuvo que agregar ese horrible lunes. Diego había saltado la escuela como acostumbraba, pero a ella eso ya no le preocupaba como antes. Con el correr de los días y a medida que su amistad con Diego se hacía más sólida, comprendió que si el trabajo había estado pesado, él simplemente faltaba. Pero ese día en particular, si él hubiese asistido a la escuela, su historia de seguro se habría mantenido en silencio. Pero eso no sucedió. Diego faltó y Amalia se enteró de aquello que con afán había escondido.

Esa horrible mañana, como cada día, avanzó en silencio por el pasillo que conducía al salón. Caminaba concentrada en su celular para teclear mensajes a Reina, ansiosa por saber si Diego sabía de su intención de volver a casa. Fue un silbido a sus espaldas el que la distrajo. Algo extraño, puesto que, nadie en esa escuela, además de Diego, sociabilizaba con ella.

Entró al salón y el silencio se apoderó de quienes estaban allí. Todos y cada uno de los estudiantes presentes voltearon a mirarla. Otra situación extraña.

Tomó su lugar dejando el teléfono sobre la mesa, con la mirada aguda en sus compañeros y esperando el momento en que Reina respondiera a sus mensajes. Dejó de observar a quienes la asechaban, al fin y al cabo, la situación de sus amigos reunía todo su interés. ¿Qué pensaría Diego de todo esto?, ¿aceptaría quedarse solo?

La clase comenzó a avanzar y un papel con un ofensivo mensaje cayó sobre sus cuadernos.

¿Tienen descuento los compañeros de clase? ¿O la putita de tu amiga te obliga a cobrarnos tarifa completa?

La ira comenzó a invadirla. Levantó la vista para encontrar al responsable, pero como es típico de los abusadores, aquel que disfrutaba molestándola y humillándola, estaba escondido. No fue difícil entender de qué iba todo eso; el rumor sobre Reina se había extendido y ahora ella sería el centro de las burlas.

Durante el primer descanso, salió directo a la cafetería caminando con paso decidido para hacer frente a cualquiera que quisiera ofenderla, a ella o a Reina. Estaba decidida a proteger a su amiga, pues no iba a permitir que

nadie la dañara. Menos aún gente como esa, que desprecia a todo aquel que sea diferente. Pero como era de esperar, nadie dio la cara. A medida que avanzaba, los rumores se esparcían en murmullos a su alrededor.

Fue en el segundo descanso cuando todo explotó.

Se encontraba dentro de la caseta del baño, estaba por terminar el recreo y todos volvían a sus aulas. No había nadie más, por lo que los pasos acercándose fueron audibles por completo, al igual que las familiares voces que los acompañaban. Trató de ignorarlas, pero fue imposible.

—¿Crees que sea cierto?

—No lo sé, ella no lo necesita. Su papá es médico ¿para qué lo haría?

—Claudia insiste en que ella la vio y que es culpa de Diego.

—Vamos. A ella no le creo nada. Desde que está loca por Samuel, odia con todo su corazón a Diego. Como si eso pudiera darle alguna oportunidad.

—Es extraño. ¿Por qué Amalia estaría de novia con alguien como Diego?

—Supongo que se limita a que el chico es guapo ¿no?

—Pero, tú sabes lo que se dice de él. ¿Crees que *aquello* sea cierto?

—No lo creo, estoy segura. Yo misma lo escuché durante la pelea que tuvo con Samuel.

—Dios mío, qué asco, pobre Amalia. Por muy guapo que esté jamás dejaría que se me tocara. Seguro que...

Fue aquí donde ya no pudo solo escuchar. Salió del baño furiosa, segura de esa vez tendrían que escucharla. Al verla, las chicas se miraron con espanto y sorpresa. Antes de hablarles, Amalia cerró la puerta, se volteó y se encargó de que su mirada transmitiera todo el odio que estaba sintiendo.

—¿Cuál de las dos va a explicarme lo que está pasando? —pregunto con tono pausado y colérico.

El pánico se había apoderado de las chicas, ambas, compañeras de salón de Amalia. Ninguna podía hablar, sus rodillas temblaban y la más bajita, Nina, estaba punto de llorar.

—¿¿Quién demonios va a explicarme lo que está pasando aquí?! —gritó Amalia al borde de la desesperación.

Algo sucedía a sus espaldas y era la oportunidad de averiguarlo. Las niñas comenzaron a excusarse, buscaron cambiar su atención y pretender que

era otro joven de quien hablaban, pero Amalia no les dio oportunidad.

—¿Qué mierda es esa que dicen de Diego?

—Lo sentimos mucho, Amalia, cómo están siempre juntos, pensamos que eran novios. Todos lo piensan, no quisimos ofenderte.

—Nina, eso no es lo que me molesta. ¡¿Qué demonios estaban diciendo de Diego y por qué todo el mundo habla a mis espaldas?!

Las chicas se miraron confundidas, no podían saber cómo reaccionaría Amalia y el miedo no las dejaba pensar con claridad.

—Lo lamentamos tanto, en serio. Amalia, nosotras no somos las responsables, lo juro. Pero te vieron, y todos dicen que tú y tu amiga, se dedican a lo mismo, y que fue él quien las empujó a hacerlo.

Amalia cubrió su boca buscando hallar otro significado a lo que las niñas decían. ¿Por qué alguien pensaría eso?, ¿Qué putrefacta mente podía inventar algo así sobre ellas, sobre Diego? Las chicas se volvieron a mirar y ella seguía sin comprender.

—Eso solo fue un rumor, Amalia. Uno muy antiguo que se extendió hace unos años.

Al escuchar esas palabras, fueron las rodillas de Amalia las que comenzaron a temblar. Él pasado de Diego era algo desconocido para ella. Jamás había querido hacer muchas preguntas, solo sabía lo de sus padres y Amparo. Nada más.

—Solo suéltelo y terminemos con esto.

Las chicas titubearon, pero comenzaron a hablar:

—Pasó en una pelea con Samuel Henz hace unos años. Él atacó a Diego porque supuestamente estaba... —Nina miro a su amiga y se disculpó con Amalia antes de continuar—. Dios, lo siento Amalia, pero él no tiene una buena reputación. Dicen que trabaja en un café... de esos. Son solo rumores Amalia, pero se dice que él es uno más de los chicos que se prostituyen en el puerto.

Ante esa afirmación, el rostro de Amalia palideció. En segundos recorrió los momentos que había pasado junto a Diego. Su trabajo nocturno, su silencio misterioso, su reservado pasado, su mirada nostálgica y su rostro ojeroso de día lunes.

—Es imposible... —dijo en un murmullo. Sin saber cuánto tiempo estuvo de pie frente al espejo, de pronto se encontró sola—. Es imposible.

Lavó su cara, ya eran cerca de las 12.30 cuando recibió un mensaje de Reina.

Amparo está de cumpleaños el viernes. ¿Vamos por un regalo? Tenemos mucho de qué hablar!! Hoy voy a la peluquería, llámame si vienes!

Siguió de pie frente al espejo. Eso de verdad era imposible. Ella conocía a sus amigos. Lo habría notado, además, Diego nunca tenía dinero. Volvió a lavar su cara, y se repitió durante el resto de la tarde que todo era una mentira.

A las 14.55 las clases terminaron. Amalia decidió confiar en sus amigos y envió un mensaje a Reina

Ok! Voy al centro comercial, te llamo cuando llegue!

Cerca de las 15.00 horas Diego llamó a Reina, pero ella no contestó. Insistió muchas veces, pero no hubo respuesta. A las 15.30 decidió escribir.

Reina, ¿hoy saldrás con Amalia? Necesito la casa de las 16 a 17 horas. Encárgate de que nadie venga.

A las 15.30, Amalia comenzó a llamar a Reina pero el resultado fue el mismo, ella jamás contestó. Y difícilmente escucharía su teléfono, en medio del ruido de la peluquería, las llamadas y los mensajes se perdieron. Decidió que volvería a casa a cambiarse y cuando Reina se desocupara, seguro la llamaría.

Antes de tomar el autobús, deambuló por el centro comercial, si Reina se desocupaba sería más fácil encontrarse allí. Por otro lado, era muy entretenido buscar un regalo para Amparo.

Una hora paso cuando decidió marcharse. Tomó el autobús, aquél que recorría el mismo camino que cada día hacia junto a Diego. Imaginaba lo contenta que estaría Amparo con el set de armables que había comprado para ella, y sonreía cada vez que recordaba esa tierna sonrisa. Así, cada vez que las palabras de sus compañeras volvían a su mente, recordaba a Amparo y su alegría. Diego no podía hacer algo así. De pronto sintió ganas de verlo. Tal vez todo se arreglaría si se lo contaba. Ella iría a su casa, él se enfurecería por aquel rumor, luego hablarían de Amparo y todo ese horrible mal entendido se habría solucionado con una simple conversación. Y sin previo aviso, bajó del autobús.

Eran las 17.15 cuando su teléfono sonó, mientras doblaba la esquina que conducía a la casa de sus amigos.

—¿Dónde estás? —preguntó Reina del otro lado de la línea

—Llegando a tu casa, ¡te he llamado hasta el cansancio! Solo paso para saludar, si quieres te espero —respondió alegre.

—¡Devuélvete Amalia! —gritó Reina con tono desesperado. Amalia no alcanzó a responder—. ¡Solo devuélvete!

Pero ella dejó de hablar. Aún escuchaba los gritos de su amiga al teléfono cuando pudo ver al Profesor Domínguez, encargado de las clases de Gimnasia, salir de la casa de ellos. Lo observó detenerse junto a la puerta, apagar un cigarrillo en el suelo, subirse a su auto e irse. Su cuerpo se paralizó y un escalofrío recorrió su cuerpo. No le importó que los gritos de Reina se perdieran en su bolso. Ya no deseaba contestar, solo quería saber de Diego.

Buscó entre sus cosas la llave que Reina le había dado.

¿Era esta una emergencia?

Para ella sí.

Caminó despacio y nerviosa hasta la puerta que la separaba de la verdad que deseaba conocer. Sus manos temblaban con la llave entre sus dedos. ¿Y si Diego la necesitaba? ¿y si estaba enfermo? Tal vez había tenido problemas en la escuela, él nunca tomaba la clase del Profesor Domínguez, seguro era eso. No había de qué preocuparse. Quiso golpear tranquila y esperar a que él abriera, como siempre. Deseó ver sus azules ojos mirándola desde arriba, con ese brillo que parecía extinguirse día a día. Sin embargo, decidió entrar por su cuenta, y lo hizo con tal silencio, que el latido de su corazón podía escucharse por toda la casa. Por eso fue tan extraño que Diego no la escuchara detenerse frente a su habitación.

Rodeado de un molesto olor a cigarrillos, a pesar de que él no fumaba, sentado en el borde de su cama, con su espalda descubierta y su cabeza escondida entre sus brazos. Los brazos que por primera vez Amalia veía, llenos de tatuajes. ¿*Diego tenía tatuajes*? ¿quién demonios era Diego? Pensó en salir corriendo de allí, pues él definitivamente no era la persona que creía conocer. ¿O tal vez sí? ¿podía Diego fingir su relación de amistad? ¿qué pasaba con todos los sentimientos que ella tenía por él?

Volvió a mirarlo. Tan delgado que sus huesos se marcaban en su espalda, ¡y sorpresa!, la ternura, el cariño, la confianza, la amistad y el amor, seguían ahí para él. Por más desconocido que le pareciera Diego en ese momento, se quedó junto a él. Su corazón le impidió huir y el corazón de Amalia no se equivocaba jamás.

Al menos eso fue lo que pensó.

Intentó hablarle, pero las palabras no salían de su boca. Intentó acercarse, pero sus pies no se movían. Buscó abrazarlo y sacarlo de esa oscura aura, pero sus brazos no querían tocarlo.

—¿Diego? —preguntó por fin, aunque su voz se perdió en el silencio de esa habitación.

No pudo saber si la había escuchado, repitió suavemente su nombre una vez más, pero no hubo reacción. Decidió acercarse, y cuando por fin sus manos tocaron sus delgados brazos, Diego se hundió más aún entre ellos.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó con la voz apagada, sin mirarla y sin levantar su cabeza.

Se veía destruido.

Amalia repitió su nombre con dulzura. Necesitaba saber cómo estaba, pero no tenía intención de responder. Se ubicó frente a él, y con todo el amor que sentía, por ser su amigo, por ser tierno, por ser hermoso, por ser Diego, sacó su cabeza de entre sus brazos. Tomó su rostro con sus manos, pero aun así él no quiso hablar. En ese íntimo momento, la puerta de la casa se abrió de golpe, y el agudo tacón de Reina corrió hasta la habitación de Diego. Las chicas solo se miraron. Reina se sacó su abrigo rojo y cubrió a su amigo sacando a Amalia de allí. Cuando ella se levantó, pudo ver junto a Diego un montón de billetes.

—Es cierto entonces —afirmó.

Y ambos la miraron.

—Tienes que irte Amalia —dijo Reina, molesta. Pero Amalia no se iría de ahí sin respuestas—. Tienes que irte ahora —repitió.

—Ustedes dos, deben parar de mentirme e ignorarme. ¡Somos amigos! ¿Por qué me están haciendo esto?

Amalia se acercó otra vez a Diego, con una suavidad cargada de dolor, y esta vez sí hubo respuesta. Diego la observó con lástima, entregándole la misma mirada que en los días en que comenzaron su amistad.

—¿Diego?, ¿es cierto todo esto?

—Tienes que irte Amalia. Y no vuelvas por aquí... —murmuró.

Amalia no se apartó de él para responder.

—¿Por qué me estás echando así? ¡solo quiero que estás mentiras paren!

¡no te estoy juzgando, no te estoy pidiendo explicaciones! Diego, lo único que deseo saber es quienes son ustedes. No me aparten de su lado...

Fue ahí en dónde la conversación terminó. Reina sacó con fuerza a Amalia de la habitación, la llevó hasta el parquecito cercano y se sentó en el primer banquillo.

—¿Por qué entraste Amalia? —pregunto furiosa.

Reina sentía que su amiga había pasado por alto la confianza que había depositado en ella al entregarle esa llave, haciendo explotar todo de la peor forma posible.

—¿Y esto entonces es culpa mía? —dijo Amalia, a punto de comenzar a llorar—. Ustedes me mienten, me han mentido todo este tiempo, y es culpa mía. No lo entiendo.

—¿Qué habrías hecho entonces, Amalia? ¿qué habrías hecho si decía: “Hola, soy Aníbal, pero la verdad me siento diva, así que dime Reina, ah, cierto, soy puta”? ¿qué te habría parecido ese discurso? ¡Responde, dime! —gritó.

Amalia se quedó helada otra vez.

—¿Tú también, Reina?

Antes de responder, Reina comenzó a reír.

—¿Y qué esperabas Amalia? ¡por favor! ¡mírame! ¡soy un chiste!

—No te justifiques

—¡No me justifico! —bramó.

Pero los gritos, que cada vez se escuchaban más altos, comenzaron a descender. Reina bajó la voz, sus hermosos ojos se nublaron, soltó su cabello para volver a amarrarlo y agregó:

—Tengo dieciocho años Amalia. Dieciocho. Me quedé sola a los dieciséis, con esta pinta ¿qué esperabas? Diego quedó solo a los quince, y con una hermanita pequeña ¡¿qué mierda esperabas Amalia!?

—Reina, pero yo te defendí. Cuando te trataron mal yo te defendí y puse mis manos al fuego por ti. Me hiciste mentir a todos por ti.

—Y porque soy puta no lo valgo. ¿Ya ves? Así es como habrías reaccionado. ¿Crees que me gusta, Amalia? ¿crees que cualquiera puede venir y basurearme? Bastante tengo con este cuerpo que no me pertenece y esos viejos cerdos del café.

Ambas se quedaron en silencio. Reina lloraba tratando de ocultar sus lágrimas y Amalia observaba la noche caer. Aún era incapaz de creerlo.

—Deberías irte, hablo en serio —sentenció Reina, para dar la conversación por finalizada.

—No eres un chiste, Reina. Eres hermosa y te quiero. Sabes que te quiero Reina. No me alejes de ti, no me alejes de Diego. ¿Por qué lo hacen? ¿así de sencillo es terminar esta amistad? No quiero irme de su lado, no quiero dejarlos, no quiero dejar a Diego.

—No sabes lo que dices, Amalia.

—¿Pones mi amistad en duda? —preguntó Amalia, llorando.

Reina se volteó con sus ojos envueltos en lágrimas y su delicado maquillaje arruinado por completo.

—Lo siento, pero esto es tan humillante. Lo odio, lo odiamos, pero fue nuestra única salida Amalia. No imaginas lo que es quedarse completamente solo en el mundo. Es por esto que me voy, Amalia, porque ya no lo quiero más, quiero empezar de nuevo.

Pero Amalia no necesitaba explicaciones. Ella no la estaba juzgando. A ninguno de los dos los juzgaba. Ella solo deseaba conocerlos de verdad, entablar una amistad pura, sin mentiras, en donde todos pudieran confiar ciegamente. Juntas, abrazadas en una plaza helada, pasaron de gritarse en medio de una plaza a llorar. Se volvieron a jurar amor eterno y honestidad por sobre todo. Reina sentía aún la vergüenza de ser descubierta, pero ese horrible peso que cargaba junto a Diego, se había esfumado. Para Amalia, que había crecido rodeada de amor, conocer los secretos de sus amigos, había sido un golpe duro de realidad. Uno tan fuerte que aún no era capaz de procesar. Hizo algunas preguntas y Reina contó la parte que a ella correspondía. Había comenzado a prostituirse a los dieciséis años, en un café de puerto en donde conoció a Diego, que solo tenía quince en ese entonces. Amalia lloró cerca de una hora junto a su amiga cuándo los imagino pequeños e inocentes, en ese mundo ilegal y sucio.

—Este mundo es asqueroso Amalia, por lo mismo, no te alejes de Diego, no lo dejes solo —suplicó Reina.

—Jamás lo dejaría y lo sabes. ¿Pero quién Reina? ¿quién hace eso? ¿qué horrible persona paga para estar con un adolescente?

Reina la observó con ternura. Y sus dedos fueron pocos para contar:

Políticos, Médicos, Profesores, Ricos, Religiosos...

—El profesor Domínguez también —murmuró Amalia, y Reina lo confirmó.

—¿Aún quieres a Diego, Amalia?

—Siempre lo haré. Diego es perfecto y delicado. Y con tatuajes —bromeó.

—Pero es caro. El más caro. De verdad.

Amalia no volvió esa tarde a casa de sus amigos. Reina le pidió un momento a solas junto a Diego, pues había mucho de qué hablar. Caminaron muy juntas a la parada del autobús y se abrazaron por largo rato antes de separarse. Cuando dejaron de verse, rompieron en llanto. Había sido demasiado para ellas.

Reina volvió cansada, el olor a cigarrillo se había ido de la casa y Diego parecía dormir tranquilo. Se sentó despacio junto a él, tomó su cabello y murmuró para saber cómo estaba.

—¿Qué le dijiste? —respondió él, sin voltearse a mirarla.

—Algunas verdades, ¿cómo estás?

—¿Qué dijo?

—Que siempre va a quererte, que eres perfecto y que le gustan tus tatuajes ¿Cómo estás?

Diego volvió a guardar silencio. Estaba aborrecido de sí mismo. Siempre lo había estado, pero ahora además sentía que asqueaba a Amalia.

—¿Por qué no lo dejas? —preguntó Reina.

Diego se incorporó para quedar junto a ella, en la intimidad que solo dos hermanos puedes tener.

—Reina, aceptaré la proposición de la familia que quiere adoptar a Amparo.

—Eso es bueno, Diego. Ellos te van a cuidar, estarás bien y podrás tener a Amparo junto a ti. Yo volveré a casa, cuanto antes. Odio todo esto, odio ese café y me odio por hacer esto.

Diego la rodeo para que Reina continuara llorando en sus brazos. Esa noche, ninguno de los tres pudo cenar, ninguno pudo dormir y ninguno fue feliz. Seguros de que el mundo a veces puede ser un lugar horrible.

De lo pequeño que puede llegar a ser el mundo

Esa fue una larga noche. Una horrible verdad había salido a la luz, y Amalia no estaba dispuesta a olvidarlo. No asistió a clases los días que restaban, no sabía cómo reaccionar ante la presencia del Profesor Domínguez, cientos de cosas pasaban por su mente. Diego era mayor de edad hace solo un mes. Claramente, estaba ante un delito. Sabía que debía hacer las denuncias pertinentes, pero estaba segura también, de que si eso ocurría, perdería a sus amigos para siempre. Todo se volvía oscuro. Estar lejos de ellos no era una alternativa.

Por desgracia, Diego ya había tomado una decisión. Estaba seguro de que borraría por completo a Amalia de su mente. Por difícil que le resultara, tendría que lograrlo, y esa era la ocasión de hacerlo. Reina pronto volvería a casa, Amparo tendría una familia estable y en unos meses serían las pruebas de admisión para la Universidad. Deseaba irse tan lejos como pudiera y jamás volver a mirar los ojos de Amalia. ¿Cómo podía continuar junto a ella si había sido descubierto con algo que lo avergonzaba tanto? ¿Cómo podría vivir disimulando una sonrisa frente a ella, ahora que lo sabía todo? Estaba resuelto. Era hora de vivir sin Amalia, sin Reina y sin Amparo. Ellas estarían mejor sin él.

Arregló todos los detalles para celebrar el cumpleaños de su hermana, esta vez, junto a la familia que deseaba adoptarla. Si todo salía bien, empezaría pronto a vivir con ellos, seguramente cambiaría de escuela y por fin se desprendería de Amalia, luego, el tiempo se encargaría de borrar los recuerdos que le hacían daño. Era momento de escapar.

Reina por su parte, preparaba su retorno a casa. Pretendía viajar el día sábado, para visitar junto a Amalia a la pequeña Amparo por su cumpleaños, pero su madre fue lo suficientemente insistente como para que ella adelantara su viaje dos días. El día jueves partió a la capital, luciendo perfecta, como siempre. Solo su amiga fue a despedirla.

—No lo dejes solo Amalia.

—¿Qué más hago Reina? Él me está evitando.

—Insiste. Ahora es cuando debes usar tu llave de la casa. Que no se te escape, no lo permitas. Te lo ruego.

Se abrazaron con fuerza, Amalia le recordó infinitas veces lo mucho que

la quería, se desearon suerte y se alejaron. Ocho horas separaban a Reina de un reencuentro que no esperaba, pero que secretamente deseaba desde que salió de esa casa sin voltear la vista. Ella añoraba una familia, y la necesitaba hoy más que nunca.

Al volver, Amalia se detuvo en casa de Diego, pero como era de esperar, nadie abrió la puerta. Estuvo sentada afuera por casi una hora, pero nada sucedió. Escribió una pequeña nota y la dejó bajo su puerta. Diego la leyó con tristeza.

Deja de ignorarme, no es agradable. ¿Nos vemos el viernes en lo de Amparo? Vamos a buscarla al jardín. Le tengo un hermoso regalo.

Te quiero.

<3

Se quedó sentado junto a la puerta mientras Amalia se alejaba de allí. Deseó correr tras ella y darle sus razones, decirle que en el fondo la quería, y que solo buscaba protegerla y alejarla del mundo que lo rodeaba. Pero eso habría sido aún más doloroso.

Esa noche, nadie acompañó a Diego. Hacía tiempo que esa casa no se sentía tan sola. Tampoco volvió a la escuela. Ni siquiera sabía si lo haría.

El día viernes llegó, Amalia guardó el regalo que tenía preparado para Amparo y salió. O eso intentó.

—¡Hey, hey, hey! Señorita, ¿a dónde va?

Elena, siempre Elena pendiente de todo lo que ella hacía. Amalia se volteó con cara de amargura, pero debía dar una explicación.

—Dijiste que te sentías mal, que esa era la razón por la que faltabas... ¿para dónde crees que vas?

—Solo quiero visitar a un amigo.

—¿Un amigo? ¿Solo un amigo?

Un tono burlesco y pícaro acompañaba esas preguntas. Era la primera vez que un hombre era nombrado por Amalia, y sabía que debía ser importante para ella.

—Solo eso.

Respondió entre sonrisas. Ante ello, Elena no tuvo más opción que permitirle salir.

—Bien, ¡pero no olvides que tu padre te necesita hoy!

Amalia corrió hasta el autobús, hoy seguro vería a Diego y podría decirle que todo estaba bien, que lo quería tal cuál era, con su pasado, con su historia, con sus decisiones y errores. Pero por sobre todo, debía convencerlo de que se quedara a su lado. Que dejara ese mundo oscuro y se quedara junto a ella. Si era por dinero, ella podía ayudarlo, lo haría sin importar lo difícil que fuera, ella mantendría a Diego a salvo y jamás volverían a tocarlo. Era una promesa.

Llegó puntual a las tres de la tarde, los pequeños comenzaron a salir del jardín, se entretuvo un momento observando a las madres recoger a sus hijos, sintió su corazón ablandarse y en segundos, se encontró soñando despierta una vida junto a él.

—¿Amalia? ¿eres Amalia?

Levantó rápidamente la vista para ver quién interrumpía su hermosa fantasía, encontrándose frente a frente con la encargada del jardín. Ella conocía muy bien a Amparo y a Diego, por lo que había logrado conocerla también a ella. La saludó afectuosamente y entonces se enteró. Amparo no había asistido hoy, Diego había pedido autorización y se la había llevado por su cumpleaños.

Mala suerte.

Pésima suerte.

No te escapes Diego. Menos aún con Amparo.

Nuevamente, Amalia guardaba un regalo en su bolso. Tal vez, esos hermanos jamás recibirían un presente de su parte. Caminó triste por el centro de su ciudad, había escogido con tanto cariño ese juguete para Amparo, estaba tan ansiosa de ver sus ojitos azules reír de felicidad. No era justo que Diego la apartara de la pequeña. La pena empezó a apoderarse de ella al sentir que los perdería, fue allí que una llamada de su padre le recordó una importante reunión a la que se había comprometido a asistir.

—¿Amalia? Cariño, ¿dónde estás? Te estamos esperando

Demonios. Él y sus reuniones de familias felices junto a esos asquerosos y opulentos colegas. Caminó lento y de mala gana, cuanto más tarde llegara, menos tiempo pasaría junto a ellos.

Reina también nombró a los médicos. ¿Quiénes serían esos desgraciados que gastaban su dinero en jovencitos como Diego? Qué asco imaginarlo. Ella debía sacarlo de ahí. Era lo único en lo que podía pensar. Se detuvo frente al

restaurant en que estaría su familia, respiró profundo para poder soportar esa horrible reunión y entró. La anfitriona le indicó la ubicación y entonces, su mundo se detuvo. Se quedó de pie frente a la mesa ante los ojos sorprendidos de sus padres. Una pequeña voz la devolvió a la realidad. ¿Era eso la realidad?

—¡Amalia! ¡Amalia! ¡viniste a mi cumpleaños!

Unos delgados y diminutos brazos la tomaron del cuello para repartir besos por toda su cara.

—¿Ustedes se conocen? —preguntó finalmente Elena, sin disimular su asombro.

—Él es mi compañero. Nosotros somos amigos... —respondió, ante la mirada atónita de sus padres, y de Diego—. ¿Qué sucede? ¿por qué están acá?

—Dios, que pequeño es el mundo —rió Elena—. Saluda primero cariño, luego conversaremos.

Amalia no veía a Diego desde el lunes, en esas horribles condiciones. Sabía que él buscaba alejarse, no entendía lo que ocurría, pero disfrutó como si fuera el mejor de los milagros del pequeño beso con el que él la saludó. Antes de sentarse, Diego y su padre se miraron.

—Amparito, ¿vamos a ver los postres? —dijo apartando rápidamente a su hermana de la mesa.

El ambiente estaba muy extraño.

—Papá, ¿cómo conoces a Diego? ¿qué hacen acá?

—Ay hija, no era nuestra intención contártelo así, pero si se conocen no tenemos otra alternativa. Bien, ya sabes que Elena no puede tener hijos, y bueno, nosotros pensamos que... tal vez...

—Al grano, papá.

—Pensamos que no te molestaría que compartiéramos nuestra casa con ellos.

—¿Compartir nuestra casa? ¿a qué te refieres?

—Queremos adoptarlos, Amalia. A ambos —dijo Elena entendiendo lo complicado que resultaba para Ernesto hablar con su hija. Ella no podía creer lo que estaba escuchando.

—Ustedes ¿quieren que sea hermana de ellos? ¿quieren que sea

legalmente hermana de Diego? Lo siento. No puedo aceptarlo. No con él.

—Amalia, ¿qué estás diciendo? ¿vas a decirme que has creído las barbaridades que dicen de él en la escuela? —dijo Ernesto con evidente molestia.

—¿Por qué sabes eso tú?

—Conozco a Diego desde hace unos años. Dios, Amalia, no pensé que fueras así. Me decepcionas.

—Papá, escúchame. Me encantaría tener a Amparo en nuestra casa, hace años que no escuchamos una pequeña risita corriendo por todos lados, ¿no es así? y también me gustaría tener a Diego en casa pero, verás... No puedo ser hermana de él.

Amalia tomo una fuerte bocanada de aire antes de seguir, sus padres estaban ya impacientes esperando su respuesta.

—Verás papá. A mi Diego me gusta, ¿sabes?, me gusta tanto que hasta quisiera casarme con él algún día, y si fuera mi hermano legal, pues, no podría. Sería muy... raro, ¿no crees?

Ernesto escupió gran parte de su bebida sobre la mesa y Elena estalló en risa. Desde el buffet de los postres Amparo volvió corriendo a sentarse en brazos de Amalia. Diego se sentó junto a ella esquivándola lo más que pudo.

Fue una cena extraña, nadie volvió a hablar del tema. Todos reían, excepto Diego.

—Nosotros los vamos a dejar, Diego, ¿nos permites? —preguntó Elena al momento de irse, pero Diego se había quedado un momento atrás junto a Ernesto.

—Le ruego que no cambie de opinión respecto a Amparo por esto. Yo no tengo problema, pero ella los necesita.

Elena no escuchó la respuesta, pero pudo ver a Ernesto dar una palmada sobre los hombros de Diego. Podía asegurar que él no cambiaría de opinión.

Dejaron a Amparo en el hogar y siguieron camino rumbo a casa de Diego, quien se fue sentado de copiloto junto a Ernesto, hablando y riendo como grandes amigos. Al bajar se despidió de todos, pero nuevamente esquivó la mirada de Amalia. Aun así, ella no estaba enojada, estaba feliz. Ya no tendría que perseguirlo más, él estaría bajo su mismo techo. Su corazón no paraba de latir, incluso cuando se alejaron dejando a Diego atrás.

—¿Con quién está Diego ahora? —Quiso saber Elena con rostro

preocupado.

—Con nadie. Reina está volviendo a casa.

—¿Reina? ¿él vive junto a Reina?

—Claro. Gracias a Diego la conocí.

—¿Entonces está solo? Ernesto, ¿podríamos?

—Adelante —respondió él.

Diego no había entrado a su casa aún, estaba sentado en el escalón que llevaba hacia la puerta con su mirada perdida en el suelo. Así lo encontró Amalia y su respiración comenzó a calmarse.

—¿Cómo estás? —preguntó, pero a él al ya no le gustaba responder—. ¿Vas a ignorarme para siempre? ¿aunque vayamos a ser hermanos? —dijo entre risas sentándose junto a él—. Todo está bien, ¿sabes?, puedes dejarlo ahora. Podré ayudarte con Amparo y seguiré tus pasos con detalle. No voy a pedir que lo olvides, solo... vuelve a estar disponible para mí.

Diego no se movió, pero había escuchado todo.

—En serio. Estoy orgullosa de ti y de todo lo que has hecho por tu hermana. Me gusta tu amistad, tu sonrisa, tus ojos... me gustas t...

—No sigas... —murmuró por fin.

—¿No quieres escucharlo?

—No.

—Pero lo sabes, ¿cierto?

Un incómodo silencio los rodeo, pero Amalia tenía más cosas que decir:

—Está bien. También sé lo que sientes. No hay apuro. Estaré junto a ti para siempre, puedo esperar lo que sea necesario.

Diego apoyó levemente su cabeza en el hombro de Amalia, y suspiró.

—Lo sé, y gracias... Pero yo... lo siento.

—No te disculpes más.

—¿Qué haces acá?

—Mis padres me enviaron a buscarte.

— ¿Te quedarás conmigo?

—Jajaja, lo siento, mi padre no es tan moderno. La pieza de alojados es para ti. Y la de Lía para Amparo.

Amalia parecía disfrutarlo. No pudo convencer a Diego de irse junto a

ella, por lo que Ernesto y Amalia volvieron finalmente por él. Aceptó con indecisión, casi por hacerlos felices. Rieron y hablaron hasta tarde, ya de madrugada, lo acompañaron hasta su nueva habitación.

—Gracias por todo, pero no estaré aquí de forma definitiva mientras Reina no vuelva a casa.

—Está bien hijo, no hay problema —respondió Elena con un tono maternal desconocido para Amalia.

Ella soñaba con ser madre, disfrutaba imaginando sus días con Amparo, pero un vínculo especial se había despertado con Diego. La pequeña siempre lo había tenido a él, pero él, había tenido que soportarlo todo solo. Tal vez eso fue lo que gatilló su aspecto maternal y protector. Ya no era solo Amalia quien estaba dispuesta a todo por Diego. Hoy, él había encontrado alguien que se convertiría en su madre.

Cuando ya no hubo ruidos en la casa, una traviesa Amalia bajó de su cama y entró en silencio a la habitación contigua.

—Hey, no puedo dormir sabiendo que estás aquí al lado.

—No me culpes a mí, ya vete o tu padre me echará a la calle.

—Me gustas.

—Te pedí que no lo dijeras.

—Y yo te gusto.

—Jamás he dicho eso.

—No necesito que lo digas. Estoy feliz de tenerte cerca. Jamás te alejes Diego, no podría hacerlo sin ti.

—¿Hacer qué?

—Vivir.

—No digas eso.

En la oscura habitación, Diego la abrazó con toda su fuerza.

—Realmente lo siento. Y gracias. Ahora vete.

Amalia se fue con la más grande de sus sonrisas, y Diego intentó conciliar el sueño. Hacía tres años que no dormía en una casa que olía a familia.

No todos los caminos llegan a Roma, algunos te llevan a casa.

Amalia despertó tan ansiosa como un niño que espera por abrir sus regalos en navidad. Corrió a abrir la puerta de su habitación para atravesar el pasillo lo más rápido que pudo, pero llegando a la escalera, se desvió a chequear su aspecto en el baño. Cuando se preparó bajar, imaginó a su madre sonriendo. Por fin su adorada hija estaba lista para seguir adelante.

Cuando estuvo frente al comedor, irguió su figura y entró fingiendo tranquilidad, pero Diego ya no estaba en la mesa del desayuno.

—Lo siento hija, se fue temprano, dijo que Reina estaba por volver — los ojos de Amalia brillaron de emoción.

—¿Reina? ¿adelantó su regreso? —contestó emocionada, pero su mente rápidamente se desvió hacia un panorama más oscuro.

Tal vez su viaje no había resultado bien, y antes de preguntar por su nuevo compañero de vivienda, tomó su teléfono para telefonar a Reina, no sin antes buscar la respuesta a una gran interrogante que no le había permitido descansar del tobo bien.

—Papá, ¿Por qué conoces a Diego?

Ernesto arrojó una mirada de culpa a su esposa y un escalofrío recorrió el cuerpo de Amalia. *Imposible*. Pensó.

—No sé cuánto conoces de él, pero supongo que si vivirá aquí, es justo que estés al tanto. ¿Qué sabes de su familia?

—Solo lo de su madre y de la existencia de Amparo.

—Bien. Debes saber que su madre se suicidó cuando él tenía quince años. Diego la encontró, fue una intoxicación con medicamentos, y yo estaba de turno cuando eso ocurrió. Fue algo impactante, cariño. Un pequeño de tu misma edad, con un bebe en brazos y su madre muriendo en una sala de hospital. Luego de eso, me aseguré de que el Servicio de Protección al Menor investigara sobre su vida, sé que su familia paterna no quiso reconocerlos, que estuvo junto a su abuela unos años y que al tiempo perdió a su hermana. No he perdido el contacto con él, lamentablemente, por motivos poco agradables. Él ha estado involucrado en algunos problemas, y siempre le pedí que preguntara por mí, antes que por otro médico.

—¿En qué tipo de problemas? —indagó.

¿Sería posible que se refiriera a *eso*? Ernesto aclaró su voz antes de continuar.

—Verás, al parecer su genio no es muy bueno —dijo Ernesto sonriendo—. Ha golpeado a un par de personas, un chico de la escuela y un par de peleas callejeras —Amalia abrió sus ojos con asombro.

—¿Diego? No lo creo, eso es imposible.

—Lo sé, es impresionante —indicó entre risas—. Pero estoy seguro de que ellos se lo merecían. Siempre molestando a ese chico e inventando esos horribles rumores que supongo también has escuchado—.

Por desgracia, ella sabía muy bien a que se refería. Pero no iba ser quién lo confirmara. Todo estaba a punto de quedar atrás y era mejor para todos comenzar a olvidar.

—Y ahora están otra vez con lo mismo —respondió cabizbaja, sabiendo que mentía.

—No les prestes atención. Yo mismo hice la denuncia, porque debo admitir que también tuve la sospecha. Es muy difícil para un adolescente quedar solo. Pero no debes preocuparte, no encontraron nada, y denuncié directamente al Servicio de Protección al Menor. Diego es un chico normal, con una vida muy complicada, pero es igual a ti. No te separes de él y haz que su paso por nuestra casa sea agradable. Le he ofrecido apoyo en sus estudios mientras él se comprometa a dejar de trabajar. Deberías aprovechar que es un excelente estudiante e imitarlo.

—¿Entonces no tendrá mi apellido? —preguntó con entusiasmo.

Ernesto respondió negando con su cabeza, y la alegría desbordó la sonrisa de su hija.

—¡Papá, eres el mejor! —gritó Amalia abrazándolo con fuerza.

—Lo sé, lo sé. Pero dormirán con las puertas abiertas y estoy pensando seriamente en que cambies de habitación y te ubiques en el primer piso.

Esa mañana, Ernesto recibió muchísimos besos, Elena cantaba feliz por toda la casa, y Amalia tendría a Diego junto a ella. ¿Qué podría salir mal?

La misma pregunta se repetía Diego, una y otra vez, ¿Qué podría salir mal? Esa inmensa felicidad le parecía sospechosa. Tanto, que había tenido que escribir de noche a Reina para hablarle. Y es que no podía creerlo. Cada mañana despertaría y vería a un padre, una madre, a Amparo y a Amalia. No

había forma, por más que lo pensara, de que aquello pudiera resultar mal.

Reina tampoco podía creerlo y temblando de emoción, tomó el primer tren para volver a casa.

—Entonces, explícame, ¿nunca te dijeron que tenían una hija?

—Sí, lo sabía, pero jamás me dijeron el nombre.

—Dios, no puedo creer esto. En serio. Ahora sí que tu vida parece novela de tv.

—No te burles. Demonios. ¿Qué haré ahora? ¿qué acaso el padre de Amalia no se da cuenta que somos dos adolescentes? ¿sabes cuánto me ha costado contenerme junto a ella?

—No te contengas más entonces.

—No es tan fácil. No puedo tocarla sabiendo que hace una semana. Bueno, ya sabes.

—Tienes que olvidarlo, y pronto. Debes comenzar a disfrutar el regalo que la vida te está dando.

Él sonrió con una alegría que Reina no conocía. Pero no todo se trataba de él, pero en el momento justo en que Diego iba a comenzar a preguntar sobre su viaje, una desesperada Amalia llamaba por teléfono.

—¡Reina! ¡No cuentes nada antes de que llegue! ¡ya voy para allá!

Ambos rieron, y Diego pudo adivinar que también Reina había tenido un resultado favorable. No tuvieron más opción que esperar. Almorzaron los tres, rieron, bromearon y hablaron sin parar. El aire que se respiraba había cambiado por completo. Realmente, ¿Qué podía salir mal?

—Reina, te extrañaré tanto. Pensé que había salido mal y que por eso volvías —dijo Amalia tomando la mano de su amiga.

—No era eso, loca. Alguien aquí necesitaba una charla de chicas —respondió ella, lanzando una mirada cómplice a Diego.

—¿Cómo salió todo? —preguntó él, intentando desviar el tema.

—Estuvo bien. Mi padre se acercó muy poco al principio, pero luego se rindió. Me siento un poco culpable, él realmente quería a un chico. Mamá lloró el ochenta por ciento del tiempo. Incluso vinieron algunos familiares a saludarme. En Marzo me matricularé en la escuela para adultos, terminare de estudiar y trabajaré en la florería de una de mis tías. Wow, suena lindo cuando lo digo en voz alta.

—Es lindo, Reina. Me alegra que recuperes a tu familia.

—Y a mí me alegra que te cases con Diego.

Con esta broma, Diego escupió su almuerzo antes de arrojar sobre su amiga uno de los paños que estaban sobre la mesa. Reina volvería pronto a casa y Diego comenzaba a vivir con su nueva familia. Todo avanzaba a pasos agigantados.

El lunes en que retomaron sus clases, Amalia se sentía diferente. Pensaba que los rumores ya no importarían, que desde ahí en adelante todo sería hermoso entre ellos, pero la vida tenía preparada otra sorpresa. Él estaba en su lugar cuando el silencio se apoderó de la sala, Amalia entro segura y desafiante. Sonrió a su compañero de asiento y se ubicó junto a él. Durante 3 horas intentaron ignorar, comenzaron la mañana sonriendo y poco a poco, el silencio volvió a entrar entre ellos. Al terminar la clase, Diego solo se levantó con rapidez y se fue.

Amalia caminó a los camarines a prepararse para la clase de gimnasia. Le costaba trabajo disimular la repugnancia que sentía de solo imaginar ver la cara del Profesor Domínguez. Pero lo peor era imaginar lo difícil que debía ser para Diego venir a clases cada día, y en medio de esto, una de sus compañeras le habló en tono desesperado.

—¡Amalia! ¡Diego está peleando en el gimnasio!

Uno de sus compañeros había bromeado sobre Amalia, y aunque él ni siquiera había logrado escuchar con claridad, el tan solo oír su nombre entre las risitas de sus compañeros fue suficiente. Diego se volteó para tumbar de un golpe a quien se arriesgó a faltarle el respeto a quién tanto quería. Pero el gran problema, fue que, a diferencia de su compañero, Diego no tenía ningún apoyo. Mientras ella corría por las escaleras, él recibía los golpes y patadas de sus compañeros de clase. Amalia recibió el último, al lanzarse sobre él para cubrirlo. El Profesor Domínguez se acercaba corriendo intentando averiguar que sucedía, pero ella no dejó que nadie se acercara.

—¡No lo toque! —gritó mientras sacaba su teléfono e intentaba con otra mano limpiar la sangre que salía de la boca y la nariz de Diego.

—Amalia, cálmate, debemos llevarlo a la enfermería —murmuró el profesor.

—¡No lo toque! —Volvió a gritar ella.

Marcó el número de Elena sin permitir aún que alguien la ayudara.

—Amalia, por favor —repitió el profesor elevando un poco la voz.

—¡No se acerque nadie! —amenzó Amalia.

Su voz, que había sonado amenazante, comenzó a quebrarse cuando Elena respondió.

—Necesito que me ayudes. Diego está... ven al colegio por favor.

Elena abandonó la consulta y en cuestión de minutos estuvo en el colegio. Fue recibida por el Rector del establecimiento, quién informó a grandes rasgos lo ocurrido. En conclusión, Diego era un alumno violento y había sido culpable de la pelea. Elena se limitó a decir que esperaría la versión de sus *hijos*, y exigió entrar hasta donde se encontraban.

Cuando estuvo junto a ellos, él ya estaba incorporándose y Amalia seguía impidiendo que cualquier persona se acercara, ante la mirada atónita de profesores y alumnos.

—Hijo, ¿cómo estás? —murmuró Elena acercándose a él con voz temblorosa.

Tomó su cara mientras revisaba rápidamente lo más que podía su rostro lastimado.

—Estoy bien. ¿Amalia qué hiciste? ¿por qué la llamaste? —bramó Diego con voz adolorida.

—Hizo lo correcto, es lo mejor que pudo hacer, nos vamos a casa —ordenó Elena, que sin pedir autorización alguna se llevó a Diego con ella.

Amalia buscó sus cosas y los alcanzó en el auto. Antes de volver a casa, se encargaron de llevar al chico al hospital para que le hicieran una completa revisión, y como era costumbre, al menos para Diego, fue Ernesto quien lo atendió.

—¿Qué pasó? —preguntó molesto.

Pero no hubo respuesta. Solo la tercera vez que habló, Amalia fue capaz de responder.

—Me estaban molestando a mí, papá. No me importó en un principio pero esto fue creciendo. Hoy fue demasiado. Diego solo... me defendió.

—Diego, por favor, tienes que controlarte —regañó Ernesto.

—Lo hizo papá. Por muchos días. No fue su culpa.

Ernesto miró a su hija y la abrazó. Hace unos meses, ella solo se habría

guardado todo. Había sido víctima de acoso en su anterior escuela, y ellos jamás se habían enterado. En el fondo estaban agradecidos, pero a la vez, preocupados. En silencio, Elena los llevó de vuelta a casa. Se subieron en el auto, ambos en la parte trasera del vehículo y cada uno observando a una ventana distinta.

—Pueden dejarlo —dijo de pronto.

Diego sacó su vista de la ventana y Amalia puso atención.

—¿De qué hablas? —preguntó ella inclinándose hacia adelante.

—De la escuela. Pueden dejarlo. Diego, puedo conseguir que cierren tu año escolar. Con las calificaciones que tienes no tendrás problema, seguro eres el mejor de la clase. Amalia, tú también. Puedes dejarlo.

—Acepto —respondió Diego sin dudar, y volvió a concentrarse en la ventana.

Amalia lo observó con cierta amargura y suspiró profundamente antes de responder.

—Elena yo no puedo. Si cierran mi año, no lograré pasar. No soy tan buena estudiante como Diego.

Ella estaba hablando en serio. Muy en serio. Pero por alguna razón, ese comentario logró relajar ese tenso momento. Diego volvió a quedarse en casa de Amalia, Elena había insistido con la excusa de que debía cuidarlo. Reina los visitó y terminó por quedarse a dormir también.

Esa semana la despidieron. Reina volvió con su familia llevando solo una pequeña maleta. Diego se cambió a casa de Amalia con sus ojos hinchados por los golpes, Amparo no preguntó qué había pasado, solo estaba ansiosa por mudarse junto a su hermano y sus nuevos padres y hermana. Elena y Ernesto discutieron junto al Rector de la Escuela reclamando la inocencia de Diego, quien no volvió a la escuela. Y los rumores, mágicamente, terminaron.

Era octubre, y su vida juntos estaba comenzando.

¿Que podría salir mal?

Una triste confesión, una extraña llamada y una horrible decisión.

Esa primera semana, nadie en casa durmió bien. Elena solo podía pensar en qué podría hacer para estrechar su relación con el nuevo integrante de la familia y preparar la llegada de Amparo; Ernesto, trataba de oír cada ruido de su casa, temiendo que su preciada hija acabara en el cuarto vecino con ese adolescente de ojos azules; Amalia, temía que él la encontrara despeinada al despertar, repasaba sus mejores sonrisas frente a un espejo y contaba las horas para que amaneciera; y Diego sólo deseaba que los días corrieran deprisa y su hermana estuviera por fin junto a él. Se sentía culpable cada vez que disfrutaba de un abrazo de Elena, cada vez que dormía en esa perfecta habitación, cada vez que comía en esa mesa familiar. No quería eso solo para él.

—¿La extrañas? —preguntó Amalia mientras cepillaba sus dientes al tiempo que observaba a Diego lavar su cara y amarrar su cabello que comenzaba a crecer más allá de sus orejas.

—¿Qué haces aquí? —respondió él, con un tono serio que no acompañaba la oculta sonrisa de sus labios.

—La puerta estaba abierta y tengo que apurarme para ir a clases —contestó ella. Sus cejas se levantaron dando pie para el comienzo de un coqueteo que iba en aumento.

—Amalia. La puerta *no* estaba abierta. Eso es acoso ¿sabías? —bramó. Y esa vez, si sonó serio.

—Bien, lo siento, lo siento. No puedo evitarlo —protestó ella saliendo de allí. Cerró la puerta, espero un segundo y la volvió a abrir—. Realmente no puedo.

Y riendo muy fuerte bajó la escalera de su hogar para salir a la escuela.

Diego se detuvo apoyado en la puerta por unos segundos, disfrutando el acelerado bombeo de su corazón. Si ella se colaba en el baño y en su habitación ahora que solo llevaba unos días en esa casa, ¿qué pasaría luego? Si bien Amalia era recatada, y respetaba el hecho de que él jamás se acercaba, sabía que eso tendría un límite. Suspiró pesadamente, y comenzó a estudiar.

En la escuela, todo era tan normal, que Amalia deambulaba como un fantasma por los pasillos. Pero en ese momento, sus días tenían un sabor tan dulce, que podrían haber dicho lo que quisieran, pues ahora, todo lo malo

daba lo mismo.

Las semanas siguientes, comprendió que Diego tenía tres preocupaciones en la vida, a las que dedicaba el tiempo en función de sus prioridades, la primera y más importante, Amparo. Luego, estaban los estudios, deseaba ser médico y eso requería esfuerzo. Y finalmente, estaba el trabajo. Este último, reemplazado afortunadamente por largas conversaciones con Ernesto y Elena, escurrizos llamados para reportarse con Reina y diminutas risas con su vecina de dormitorio.

Los fines de semana, se dedicaban a decorar la que sería la habitación de Amparo, cada día, tras la escuela, la visitaban en el hogar. Su relación se hizo aún más cercana y el dolor de perder a sus seres queridos se fue debilitando.

Un mes y una semana pasaría antes de que todo llegara a su fin. Era doce de noviembre, la noche anterior al cumpleaños de Amalia y el día en que Amparo llegaría a casa.

—Bien. Tenemos que hablar —ordenó Amalia, apareciendo junto al escritorio de Diego, en un infantil pijama celeste. Era tiempo de aclarar algunas cosas.

—¿Tenemos? —dijo Diego, que la observó sorprendido. No recordaba haber dejado algo pendiente con ella.

—Tenemos. Esta relación es demasiado ambigua —agregó.

Amalia habló firme, sentándose en la mesa impidiendo que él continuara con sus estudios.

—¿Perdón? —contestó él con una sonrisa burlona en su rostro.

Amalia ignoró aquello y continuó.

—Yo te quiero, tú me quieres. Los dos lo sabemos. ¿Por qué no eres mi novio y ya? —concluyó.

Diego estalló en risas, pero su compañera rápidamente le hizo un gesto con sus manos para que bajara la voz, aunque eso se volvía difícil para él. Levantó su vista y notó que ella hablaba completamente en serio.

—Bien, hablemos. Pero quiero que sepas, que esta conversación no la volveremos a tener. Tú sabes muy bien cómo me siento y eso es algo realmente nuevo para mí. Pero hace... ¿cuánto? ¿un mes? Mi vida era una completa basura. Algo tan despreciable de lo que no me quiero acordar. Mientras esas memorias estén en mí, nada entre nosotros pasara.

—Tú jamás lo olvidarás...

—Mientras esas memorias estén en mí, nada entre nosotros pasara.

—¿Por qué no lo dices claro? Si no deseas estar conmigo, lo entenderé. Somos amigos y espero que eso sea siempre lo más importante.

—Estoy hablando claro.

Y en ese momento, el corazón de Amalia se disparó. Diego se levantó y se puso frente a ella, sacó el cabello de sus hombros y puso solo un dedo sobre su mejilla.

—Dije muy claro que tú ya sabes lo que siento, pero hay páginas que debo voltear antes de siquiera tocarte. Y no estoy listo para ello. Eres libre de esperarme o de continuar tu vida. Sin importar lo que decidas, siempre serás la primera a quien buscaré cuando esté preparado.

—¿Entonces si me quieres? —contestó ella con sus ojos emocionados. Pero Diego la interrumpió.

—Mira, son las 00.00 horas. Ya tienes diecinueve años.

—No esquives mi pregun...

Y Amalia recibió su respuesta: un abrazo que no daba lugar a dudas. Uno que hubiese deseado jamás terminara. Sus ojos se nublaron al entender que si deseaba amarlo, tendría que ser paciente. No alcanzó a responder, salió de la habitación corriendo al oír el ruido de su padre subiendo la escalera. Él siempre la saludaba antes que cualquiera. Excepto ese día. No alcanzó a hablar más con Diego, cuando intentó volver, su puerta estaba cerrada con seguro.

El día siguiente, Elena la retiró temprano de la escuela. Tenían que pasar a buscar a Amparo y preparar la doble celebración. Estuvieron de compras gran parte del día, riendo y bromeando sobre sus escapadas a la habitación de Diego. A Amalia le encantaba contar con Elena para aquellas cosas en las que tanto extrañaba a su madre. Incluso se arrepentía de no haberla dejado entrar antes a su vida. ¿Cuántos buenos momentos se había perdido?

Continuaron con las compras, y a las 17 horas estuvieron junto a Ernesto en el hogar en que Amparo vivía.

—¿Y Diego? —quiso saber Amalia en cuanto estuvieron reunidos.

—Me acaba de llamar. Dice que nos espera en casa —contestó Ernesto, despreocupado. Pero eso sonaba extraño para Amalia. ¿Por qué se ausentaría en un momento como este? ¿Por qué no se lo dijo ayer?

De igual forma siguieron con lo estipulado y recibieron a la nueva

integrante de su familia. Amparo saltó feliz a los brazos de Elena en el mismo momento en que Diego abría la puerta de su anterior casa. Una hora antes, mientras salía de la tienda de joyas con los regalos de su hermana y Amalia en sus manos, había recibido una horrible llamada.

—He conocido a tu hermanita. Qué hermosa es. ¿Realmente quieres dejar el negocio? ¿Crees que podemos reemplazarte con ella? Claro, sé que no lo permitirás. Te espero en tu casa. *Como siempre, a la misma hora.*

Cuando entró, pudo entender lo que decían sus compañeros a Amalia, y las voces de todos ellos retumbaban en su cabeza. “*Cómo puedes dejar que te toque, cómo puedes ser su amiga, asqueroso, asqueroso, asqueroso, asqueroso, asqueroso, asqueroso...*”

A su espalda, una persona que recordaría hasta el último de sus días se preparaba para él.

—¿Ya te llamó Diego? —murmuró Elena, tan bajo que sus palabras se perdían entre las risitas de Amparo.

No deseaba que la pequeña niña se preocupara e intentaba mantenerse serena, a pesar de la hora y de que Diego aún no aparecía. Todo estaba listo para cenar, la nena ya había conocido la casa y ahora jugaba junto a Amalia en la sala contigua al comedor.

—Nada, su teléfono está apagado —contestó Ernesto.

Ambos se acercaron al estar, observando con gusto lo divertidas que se veían las chicas en el suelo, cuando el teléfono de Elena por fin sonó. Un silencio tétrico los invadió por un momento. Ella se alejó para contestar y sólo Ernesto se acercó lo suficiente como para escuchar.

—Cálmate hijo, cálmate... —repetía Elena temblando con su voz entrecortada.

Se volteó hacia Ernesto con sus ojos abiertos de par en par y sin decirse ni una palabra, salieron rápidamente hacia el auto.

—¡Cuida a Amparo!

Alcanzó a comentar Ernesto a su hija antes de salir corriendo de allí, ella los siguió intentando obtener respuesta, pero ellos no tenían nada que decir. Buscó rápidamente entre sus bolsillos y encontró su pequeño manojito de llaves.

—La llave azul es la casa de Diego —dijo, adelantándose a cualquier

noticia.

Sus padres la observaron extender la mano a través del vidrio del automóvil y voltearse temblorosa hacia la casa. La pequeña la miraba asustada.

—No es nada, volvamos a jugar —dijo ella, tomando a la pequeña en brazos y entrando con ella a casa.

En el auto, Elena no paraba de repetir que estuviera tranquilo, intentando alargar la conversación lo que más pudiera. Ernesto no entendía lo que sucedía, y con un gesto indicó que pusiera el teléfono en altavoz.

—...no descuides a Amparo, no la descuides por favor, sácala de ese colegio, sáquenla de esta ciudad, sáquenla de aquí, no la pierdas de vista, te lo ruego... —repetía Diego con voz afligida.

El pecho de Ernesto se apretó y apresuró cuanto pudo el automóvil mientras llamaba a la policía. Diego escucho esto, y colgó. Estaban a escasos minutos, pero no sabían lo que allí estaba sucediendo.

Diego tampoco.

Solo sabía que debía terminar, de una vez por todas, con eso.

Con todo.

Con él.

Un viejo rumor

—... Está todo bien. Sólo quédate junto a Amparo —anunció la voz profunda de Ernesto.

No hubo más respuesta, y no la habría por más que intentase preguntar. Amalia y su angustia no lograron calmarse. Intentó mantenerse tranquila junto a Amparo, pero cada segundo era peor que el anterior. Miraba una y otra vez su teléfono, el reloj, la puerta. La pequeña solo observaba, sabía que algo extraño estaba pasando. Entonces recordó lo que Diego siempre decía: “*Ella no hace preguntas*”.

Se quedó a su lado toda la noche, vigilando el sueño de la niña que revivía la habitación de su pequeña hermana. Sus pensamientos iban desde la risa suave de Lía a los azules ojos de Diego y la ternura de Amparo.

¿Diego? ¿Qué pasó?

Estaba dormitando, cuando unos golpes a la puerta la despertaron. Bajó de puntillas, silenciosa y rápidamente.

—¿Reina?! ¿Qué haces acá?! —preguntó, mientras la miraba detenidamente con espanto, con sus manos temblando en la manilla de la puerta.

¿Por qué aparecía tan temprano y sin avisar?

—Diego está bien —respondió.

Avanzó hasta entrar en la casa, tratando de esquivar los ojos nerviosos de Amalia y sentándose cabizbaja en el sofá. Su amiga siguió cada uno de sus pasos con la intención de tranquilizarse.

—Está en el hospital ahora. Me quedaré con Amparo, ve a verlo pronto.

—¿En el hospital? ¿qué pasó? Nadie me ha dicho nada... ¿qué pasó? —dijo, con su voz temblorosa mientras se arrodillaba frente a la esbelta figura de Reina.

—No lo entiendo bien aún, Amalia. Diego me llamó muchas veces y yo no lo escuché. Me envió un mensaje pidiéndome que no abandonara nunca a su hermana, que no te contara nada a ti, que las cuidara a las dos... Intenté llamarlo cuando lo leí, pero tus padres ya estaban junto a él... Lo siento. Si hubiese contestado...

El rostro de Reina se escondía cada vez más entre sus brazos, parecía

que se derrumbaría en cualquier momento. Los brazos de Amalia intentaron consolarla, pero su angustia no ayudaba.

—Diego, al parecer intentó suicidarse.

—Es imposible —sentenció Amalia—. Él jamás dejaría a Amparo. Es imposible. Imposible.

Cada vez que repetía un imposible, sus negros ojos dejaban caer una lágrima. La noche anterior estaba abrazándola en su habitación. ¿Lo había presionado mucho? ¿Era culpa de ella? ¿Había algo más oculto en la vida de Diego? No se arregló para salir, no se despidió de Amparo, solo corrió lo más rápido que pudo hasta el autobús intentando acortar los segundos que la separaban de él.

En aquel frío hospital, el estar del quinto piso estaba vacío. La habitación 511 estaba al final de un largo pasillo por el que la luz de la mañana entraba a raudales. Sintió que sus pasos se hacían eternos mientras avanzaba. Tomó un gran respiro antes de entrar y encontrarse con la mirada afligida de sus padres.

Elena acariciaba los brazos desnudos y tatuados de Diego mientras Ernesto los miraba desde la pared. Se acercó hasta estar de pie junto a su cama y cerciorarse por ella misma de que él aún respiraba.

Las largas pestañas de Diego se entrelazaban en sus parpados cerrados, su rostro fino y pálido parecía descansar tranquilo y su negro cabello se desparramaba sobre esa almohada de hospital. Ciertamente, parecía que no había pasado nada.

—No sabemos qué ocurrió. Todo es extraño hija... —Elena rompió el silencio jugando con los dedos del paciente inmóvil—. Estaba dormido en su cama, junto a un montón de medicamentos... la llave del gas estaba abierta. No hay rastro de que haya tomado siquiera una pastilla. Tiene heridas en sus brazos, quemaduras. Ernesto dice que son lesiones *autoinfligidas*, y que lleva tiempo tratándolo por lo mismo.

—Eso no es cierto, él no se hace daño...

—¿Puedes asegurarlo? —preguntó en tono brusco Ernesto, frunciendo el entrecejo molesto y preocupado.

—No lo sé, pero él estaba bien. Algo tiene que haber pasado papá.

—Él solo quería dejar a su hermana con una familia. Eso es lo que creo. Antes de responder, una enfermera golpeó la puerta y entró.

—Dr. Vargas, la policía ya está aquí.

Ambos salieron corriendo y Amalia se quedó en la habitación, de pie junto a su cama, se inclinó lento para besar su frente.

—¿Qué pasó, Diego? ¿qué hiciste? ¿este era otro de tus secretos? —murmuró junto a él.

Se quedó ahí por largo tiempo acariciando su cabello, hasta que dieron las 10 de la mañana y una cariñosa enfermera le pidió salir para un breve chequeo. Avanzó por el pasillo en busca de sus padres, y en la oficina de la residencia, pudo escuchar a Elena alzar su voz.

—¿Qué insinúas Ernesto?

—Que este chico lo ha hecho siempre y nos ha estado mintiendo.

—Tú mismo hiciste la denuncia, sabes muy bien que no es así.

—¿Y cómo explicas esto, eh? ¿la policía no encuentra nada ante un hecho así de extraño? ¿y qué hay del dinero que encontramos junto a él? Elena, por favor, claramente estuvo alguien más allí. ¿Por qué querría tomar esas pastillas si el gas lo asfixiaría? Se está prostituyendo Elena, y se le salió de control. Eso es lo que pasa, aunque no desees aceptarlo.

—No puedo creer algo así, amor, por favor. Lo conocemos, tú más que nosotras. Y esta investigación ya se hizo antes.

—Es el hijo de un político, su familia entera está en política. Obviamente impedirán que algo así se sepa.

—Él ya no lo hace... —murmuró Amalia entrando en la oficina—. Dejé de hacerlo hace un tiempo... puedo asegurarlo...

Los ojos sorprendidos de sus padres dejaban ver la decepción que sentían.

—Maldición, Amalia. ¿sabías eso? Maldición, ¿por qué ocultaste algo así? —Ernesto estaba furioso.

—Me enteré hace un tiempo. Él no tenía otra opción. No lo hizo por gusto papá. No lo juzgues sin saber bien que pasó.

Ernesto salió bruscamente terminando la conversación. Elena aún estaba impactada. Sin levantarse de su silla, quiso saber todo lo que Amalia podía contar sobre Diego. Estuvieron horas hablando. Extrañamente, el apego que Elena sentía por él, iba creciendo mientras escuchaba el amor con que su hija hablaba. De todas formas, una madre debía estar siempre para apoyar a sus hijos, y ella ya había tomado ese rol con el muchacho.

Pasada la hora del almuerzo, apareció Reina junto a Amparo. Ella no sabía lo que había sucedido y se limitaron a decir que su hermano estaba enfermo. Fue allí que Ernesto pidió hablar con Reina, llevándosela fuera de la sala. Elena distraía a la pequeña por lo que Amalia aprovechó para escuchar escondida aquella conversación.

—Tiene que creernos. Diego dejó de hacerlo hace un tiempo. Ambos lo dejamos. Y juro, por mi vida, que él no volvería a hacerlo solo porque sí. Y esas heridas, señor... él no se las hace.

Reina volvió al estar triste y preocupada. Ernesto no confiaba ni en Diego ni en ella.

—Ahora sí, es seguro, tu padre te alejará de nosotros. Te juro que no entiendo que pasó. Esas quemaduras... Sé muy bien que él no se las hace. Se lo dije a Ernesto, pero no me cree. Había una persona que dejaba siempre esas huellas en él. Jamás supe quién era, ya que se manejaba con mucha confidencialidad, todo debido a que en algún momento fue visto junto a él. Eso gatilló la investigación de la que tu padre habla. Una investigación que detuvo la familia del padre de Diego.

—¿Qué investigación?

—Hubo una pelea gigante en tu escuela, Diego y un compañero casi se mataron a golpes. Ambos llegaron al hospital, su compañero lo acusaba de prostitución una y otra vez. Tu padre pidió una investigación que resultó limpia. La realidad es que fue detenida por la familia de Diego. Su padre era un concejal, y son personas influyentes en esta horrible ciudad. Silenciaron todo. Gracias a eso tu padre llevó a Amparo a casa y ofreció apoyo a Diego... de lo contrario, la historia sería diferente.

Amalia se quedó en silencio. Algo parecía familiar en esa historia.

—Espérame un momento —dijo, mientras salía corriendo del hospital.

Reina intentó alcanzarla para saber qué pasaba, pero fue imposible. Ella corría con todas sus fuerzas y Diego comenzaba a despertar sin entender mucho lo que había pasado. Amalia, por su parte, tocaba el timbre en una casa que ella no conocía muy bien.

—¿Aquí vive Samuel Henz? Soy Amalia, la hija del Dr. Vargas.

La voz mecánica que la invitó a entrar fue seguida por la apertura del enorme portón eléctrico de esa hermosa residencia. Una sirvienta lozana y hermosa la invitó a sentarse mientras subía en busca del joven.

—Dice que subas, está en la biblioteca. Primera puerta a la derecha.

Avanzó rápidamente, como si las preguntas fueran a explotar si no salían de su boca. Samuel era hijo de un médico de alto rango en el mismo hospital de su padre. Había tenido la suerte de conocerlo en las aburridas reuniones familiares del club de campo. Un muchacho amable, cortés, simpático y a la vez alto, rubio y esbelto. Nunca se había detenido a pensar en él, pensaba que su odio hacia Diego tenía el mismo origen que el de todos en la escuela. Pero al parecer, había algo más. Abrió la puerta sin golpear y entró.

—¿Amalia? Qué extraño que estés aquí. ¿pasa algo? —saludó, poniéndose de pie y notando el evidente nerviosismo de su visitante.

—Samuel. Siento la intromisión, pero necesito preguntarte algo. Te ruego que me cuentes sobre la pelea que tuviste con Diego. Te lo suplico. Por lo que más quieras Samuel, dime qué pasó...

Amalia terminó su frase entre lágrimas. Samuel la observó y la invitó a sentarse junto a él.

—Bien, pero ¿estás preparada? Esta historia no es agradable...

Lo cierto es que no sabía si estaba preparada. Pero debía saber que ocurría. Y mientras ella escuchaba esa horrible historia, Diego, en su habitación del hospital, iba recordando lo ocurrido.

Reina sacó a la pequeña Amparo de la habitación y Elena se preparaba para contenerlo. De a poco, las lágrimas se apoderaron de ambos. Diego la abrazaba como si pidiera ayuda, apretando con fuerza los brazos delgados y pequeños de Elena. Ernesto entró rápidamente en la habitación al notar que ya estaba consiente.

—Bien chico. Tenemos que hablar. Si no nos cuentas lo que pasó, no podemos ayudarte.

Pero el silencio era el mejor amigo de Diego. Ninguna palabra saldría de su boca. Prefería morir antes que defraudar a quienes serían la familia de su hermana. Samuel llevó de regreso a Amalia al hospital y se despidió tan cordial como acostumbraba.

—Realmente lo siento —murmuró como despedida antes de volver a entrar en su auto.

Amalia avanzó despacio. En el estar del quinto piso, Amparo dormía en las piernas de Reina. Ella quiso hablar, saber si había averiguado algo, pero

Amalia solo avanzó hasta estar nuevamente frente a la habitación 511. Entró sin hacer mucho ruido, Elena acariciaba el cabello de Diego, que se encontraba acurrucado en su cama mirando hacia la pared.

—Sal de aquí —ordenó Ernesto, parado a los pies de la cama, al notar su presencia.

Pero Amalia siguió avanzando. Diego estaba despierto y sus manos cubrían su cara.

—Ya lo sé todo, Diego. Sé quién te hizo daño. Pero aun no entiendo qué pasó. Te ruego que nos cuentes. Es la única forma de proteger a Amparo. — Pero él no respondió—. No volverá a acercarse a ti. Dinos que pasa... ¿fue él cierto?

—¿De qué hablas? —preguntó Ernesto, caminando hasta estar junto a ella.

—Del Dr. Henz papá. Su propio hijo me lo acaba de contar.

Diego descubrió su rostro con sorpresa y Amalia lo observó incorporarse lentamente. Ya no se veía indestructible. Quién estaba en esa cama, era el pequeño de quince años que acababa de perder a su madre. Sus azules ojos parecían pedir perdón y sus delicadas manos temblaban sobre las sabanas.

Elena se apresuró a envolverlo y Amalia buscó los brazos de su padre. Los quejidos del llanto de ambos jóvenes, rompía el silencio que retumbaba en sus oídos.

Diego quería huir, pero ya no había donde escapar. Amalia quería arrancar su dolor, pero las heridas aún estaban abiertas.

Tanto dolor

Tanta angustia

Tanta humillación

Ese corazón jamás lo olvidaría.

La habitación, a la que entraba la luz por enormes ventanales, se volvía oscura.

Qué rápido puede caer el sol.

¿Lo mejor para quién?

Ernesto sacó a Amalia rápidamente de esa triste habitación. Él mismo dudaba de sus intenciones, ¿Deseaba proteger la intimidad de Diego o tan sólo quería apartar a su preciada hija de él? Finalmente, ¿Qué padre entregaría abiertamente a su hija a un hombre con esa historia? Ernesto sabía esa respuesta: ninguno.

Sin dejar de llorar, Amalia buscó el consuelo de Reina, que escuchó la historia con menos sorpresa que los demás. ¿Cuántas veces habían tenido que enfrentarse ambos a ese tipo de situaciones? Esas preguntas, solo consiguieron hacer más profundo y triste su llanto. Amparo no despertó, y las chicas lo agradecieron.

En la cama, Diego comenzaba a calmarse entre los brazos de Elena. Cada vez que intentaba respirar para dar una explicación, sentía el dolor de la vergüenza en su pecho.

—No tienes que hablar ahora, hijo... —susurró ella tomándole el rostro con las manos, pero Ernesto la interrumpió molesto.

—Sí, tiene que hacerlo. Debe hacerlo, merecemos un...

Habría seguido, pero la mirada de furia que arrojó su esposa, lo obligó a cambiar su tono.

—Sabemos que es difícil, pero necesitamos entenderte, saber de qué, exactamente, debemos proteger a Amparo.

El silencio se extendió por cerca de una hora, hasta que muy despacio, las palabras comenzaron a salir. Diego contó cada parte de su historia, incluida la amenaza de arrastrar a Amparo. Con cada frase, Ernesto se hundía entre sus manos.

—No podía contarle... son amigos de ustedes...

—¿Y supusiste que desaparecer era lo más sensato? —Ernesto se acercó hasta estar junto a él.

—Lo siento...

—No hijo, yo lo siento. No volverás a estar solo. Amparo y tú, están seguros ahora. No importa lo que cueste.

Esa tarde, Ernesto esperó pacientemente en la residencia de Oncología. Una, dos, tres horas. Hasta que la puerta se abrió. El Dr. Henz no alcanzó a

entrar. A pesar de que intentó con todas sus fuerzas mantenerse sereno y evitar una confrontación, el golpe con el que lo recibió lo hizo caer al pasillo.

—Sé cómo salvar una vida. También sé cómo acabar con una. Jamás vuelvas a acercarte a uno de mis hijos, porque te mataré sin dudar. No bromeo.

Caminó tan lejos como pudo, pero la sensación de angustia no lo abandonaría por mucho tiempo. Días más tarde, como era de esperarse, el Director del Hospital pidió su renuncia o cambio de establecimiento, debido al incidente injustificado con uno de sus colegas. Aunque deseaba desenmascararlo, sabía que debía aprovechar para sacar a su familia de esa ciudad, en un lugar distinto podría pensar con calma en una manera de dejarlo al descubierto.

Diego abandonó el hospital y volvió a casa, su hermana lo esperaba ansiosa y alegre; Elena no dejaba de abrazarlo; y con Amalia, parecía que todo había vuelto al comienzo. El mismo chico sombrío que la ignoraba, hoy dormía en la habitación contigua. El cerrojo de esa habitación no volvió a abrirse para ella.

Llevaban una semana viviendo todos juntos en esa casa, Ernesto buscaba su traslado y los chicos se preparaban para su prueba de ingreso a la universidad. Amparo revoloteaba por sus habitaciones y llenaba los espacios de risas. Un día, Amalia no tuvo más opción que aliarse a ella.

—Amparito, tengo que contarte un secreto. —Los ojos de la pequeña se abrieron de par en par y se arrió curiosa a los brazos de su hermana—. Me gusta tu hermano... —la pequeña se soltó de un salto y la observó atentamente.

—¿Se van a casar? —preguntó con una seriedad impropia para su edad—. ¿Harás feliz a Diego?

—Solo si tú me lo permites...

Esa misma tarde unieron fuerzas. Amparo golpeó la puerta de su hermano, y cuando él quitó el seguro, Amalia se metió en la pieza cerrando la puerta detrás de ella. Él solo se apartó, volviendo a su escritorio y sus estudios. La sudadera blanca que llevaba dejaba sus brazos descubiertos y Amalia agradeció que el verano estuviera a punto de comenzar.

—¿Me odias? —preguntó sentándose en la cama, cerca de él.

—No —contestó. Con su voz vacía y gruesa.

—¿Esto será un monologo? —insistió Amalia, pero Diego no volvió a mirarla. Estuvieron en silencio unos minutos y sin importarle su actitud, continuó—: Entonces, por eso tatuaste tus brazos... —Él se volteó y sus ojos le rogaron que dejara ese tema—. No vas a alejarte, ¿oíste?, no permitiré que me dejes. ¿Imaginas lo difícil que ha sido acercarme a ti? No echaré todo por la borda, no ahora.

Aunque ella quiso hablar con dulzura, su voz sonó molesta y ruda. Diego no la miraba.

—Dime que ocurre, dime cómo estás...

—Avergonzado, Amalia. Lo único que puedo pensar, es que te quiero lejos de esto... Y no hablo de culpas. Hablo de mí. De mi vida, de mi historia. Te quiero fuera de esto. Nada va a pasar. Lo que quieres oír no saldrá de mi boca. No encontrarás en mí lo que buscas. Lo siento, pero no tengo nada para darte.

Amalia se alejó de ahí furiosa. Esas palabras, fueron las últimas que se dijeron a solas.

Un mes más tarde, Diego era aceptado en la escuela de Medicina de la capital, Amalia era rechazada en todas las universidades y la familia se mudaba a un pequeño pueblo del sur. Amalia estaría aún más lejos de él, y lo peor de todo, es que todos parecían felices con eso. Sus padres se veían alegres y le rogaban que aprovechara de descansar. Todo ese discurso, sonaba más bien a un intento familiar por mantenerlos alejados. Pidió explicaciones, llamó entre llantos a Reina, hizo cientos de preguntas, pero todo parecía decidido.

El día que Diego dejó la casa, Amalia recordó un viejo regalo guardado en su escritorio. Tuvieron una cena familiar, rieron y lloraron, había sido un año muy duro. Ernesto cargó las maletas y Elena llevó a su hijo abrazado hasta el auto. Lo besó innumerables veces, examinó su rostro en repetidas ocasiones cada que vez que el respondía “*estoy seguro*”, a su “*¿realmente quieres esto?*”. Amparo lloraba tristemente, pero sus lágrimas cesaron cuando él prometió llevarla al Zoológico en navidad. Y Amalia... ella solo no entendía.

Al momento de decirle adiós, recibió un abrazo fuerte y apretado, como si Diego le suplicara que lo retuviera. Quiso mirarlo una vez más, pero sus ojos azules nublados de emoción la esquivaron rápidamente.

—Esto era por tu cumpleaños... —dijo despidiéndose.

La sonrisa fantasmal de su joven amigo había regresado, y con esta había dicho adiós. El auto avanzó y las mujeres que quedaron atrás no pararían de llorar en días.

—Estarán bien. Te visitaremos seguido... —aseguró Ernesto.

—Lo sé... —murmuró el joven, abriendo su pequeño paquete.

En él, una pequeña libreta cosida a mano le recordó sus días junto a Amalia. En la primera hoja, tenía la foto del pastel recién horneado por ella para día de su cumpleaños. La última página, lucía una foto de los tres, en la mesa de esa misma tarde, con la torta partida y desarmándose, y con los rostros sonrientes de tres personas que acababan de ser salvadas. Ernesto notó las lágrimas caer, puso una mano sobre los hombros de Diego ofreciendo consuelo y bajó el volumen de la radio.

—Es lo mejor, hijo... —susurró junto a él.

Pero Diego se derrumbaba en el asiento.

Era lo mejor para su hija.

Pero, ¿era lo mejor para él?

Esa noche, Amalia entró a la habitación vacía, se recostó sobre su almohada intentando encontrar el dulce olor a shampoo que él siempre tenía, y sobre ella, encontró su regalo de cumpleaños: Un pequeño reloj de arena colgando de una delicada cadena y una nota.

“Salvaste mi vida. Yo salvaré la tuya. No cuentes los días y no me esperes”

Diego no volvió para Navidad, no volvió para Año nuevo, ni lo hizo en los meses de verano.

Simplemente, se fue.

Para no volver jamás.

Nueva vida, ¿nuevo amor?

El traslado de casa lo hicieron dos semanas antes de navidad. Ordenaron y distribuyeron todo tan rápido como podían, la madera nueva de esa construcción prometía recibirlos cálidamente, y todos ellos lo necesitaban. La nueva casa estaba en un hermoso pueblo cubierto de verde, a orillas de un azul lago que se confundía en el horizonte con el cielo. Un lugar tranquilo y solitario, muy solitario. Ningún negocio abría por las tardes, el internet era ridículamente lento y un apagón generalizado recibía las lluvias. La playa que bajaba hasta el lago era un lugar perfecto para cicatrizar heridas en el alma, y no tardó en transformarse en el espacio preferido de Amalia. La primera noche que pasó allí, los pedacitos rotos de su corazón fueron zurcidos uno a uno por las estrellas. Sin duda, esa sería su terapia.

La vida intentó comenzar de cero. Ernesto y Elena fueron ubicados rápidamente en sus trabajos, el hospital estaba tan solo a unas cuadras de distancia, y era tan pequeño como un consultorio de su antigua ciudad. Estaban felices de esta vida que comenzaba para todos, podrían desayunar, almorzar y cenar juntos cada día, caminar lentamente de la mano con Amparo al volver del colegio y vivir sin el miedo a los estigmas que perseguían a Diego y su familia. Sus cosas fueron descargadas lentamente, armaron todo, su cama, su escritorio, sus muebles. Como si en cualquier momento fuera a atravesar la puerta de esa habitación. Y nadie preguntó cuándo Amalia decidió dormir allí una y otra vez hasta volverlo una costumbre.

La mañana de vísperas de Nochebuena, Elena y Amparo desaparecieron sin avisar, dejando solo un par de regalos junto al árbol que habían decorado todos juntos días antes. Esa noche, solo serían Amalia y su padre.

El anaranjado color del sol entraba por los enormes ventanales de la casa y Amalia comenzaba a preparar en silencio una sencilla cena. Distribuyó y decoró de forma sutil la mesa. Navidad siempre era difícil para ambos, y ese día, los encontraba solos, como en el primer año tras la muerte de su madre y su hermana.

Cenaron en silencio, la sobremesa sonaba vacía, se extrañaba la risa de Amparo, y el recuerdo triste de las navidades pasadas venía a la memoria de ambos.

—Las extraño... —rio Amalia sirviendo un poco de helado en los potes con forma de cerdo que Amparo había escogido para la familia—. Están con

Diego, ¿cierto? ¿Por qué no quieren que lo vea? ¿Por qué Reina no le pasa mis llamadas?

Podría haber hecho preguntas eternamente, pero nadie respondería. Su padre solo guardaba silencio y ella se detenía para comenzar nuevamente en unas horas. Comió su postre y se retiró a su habitación, dando por terminado el incómodo diálogo. Cerca de la medianoche, su padre se acercó en silencio hasta su cama.

—Soy médico, hija. Y he hecho un juramento de confidencialidad. No puedo contarte nada si Diego así me lo pide.

Sus manos temblaron cuando acarició la negra cabellera de la chica recordando los días en que tuvo que reemplazar a su esposa, cuando se lamentaba pensando en que llegaría el día en que su pequeña sufriría por un corazón roto, y que tendría que hacer frente solo al malvado mujeriego responsable. Jamás imagino que la historia sería tan amarga y diferente.

—¿Él lo pidió? —murmuró.

Y Amalia se abrazó a su padre al pronunciar esas palabras. Por alguna razón, a ella no le sorprendía. Diego lo había dejado claro en su nota. La quería fuera de su vida.

—Y créeme que es lo mejor. Para ambos. Él comenzará una terapia en Enero, le hará bien estar solo por un tiempo. Aprenderá a convivir con su historia y a aceptar su vida, dale tiempo —dijo.

Los besos de su padre inundaron su frente y aliviaron un poco el vacío que sentía al recordar esa sonrisa tímida y falsa. Ella entendió el mensaje y esperaría cuanto fuera necesario.

Su padre le entregó un pequeño presente, con un hermoso vestido negro con lunares blancos en el interior. Su madre había tenido uno igual, recordó lo hermosa que se veía con él y sus zapatos rojos, sus ojos de niña que idolatraban a esa mujer, durante el año que acababa, habían conocido parte de lo más bajo del mundo.

También se merecía un tiempo a solas. Pero antes, debía saludar a su primera y única amiga.

“Antes de todo, debes saber que te odio, con toda mi alma, por ponerte del lado de Diego y abandonarme a mi suerte. Pero por otro lado, quiero que sepas que te amo con toda mi alma, que te admiró y que de joven, sólo deseo ser como tú”

La respuesta no tardó en llegar, una emocionada Reina agradecía entre lágrimas esa declaración de amistad y pedía disculpas una y otra vez por aceptar la petición de silencio de Diego.

—Tengo dos regalos para ti, uno que te lleva Amparito y uno que te diré ahora. Diego trabajará conmigo en la florería y vivirá en casa junto a mis padres por un tiempo. Lo vigilaré de cerca, así que mantente tranquila.

—¿Cómo está?

—Ahora, mejor... ya sabes, su hermana tiene un poder que nadie iguala.

—¿Lo cuidarás por mí? ¿Le dirás que lo extraño?

—Sí y sí. Te contaré cuanto pueda.

Y así fue. Pasaron los días, las semanas y los meses. Tres estaciones sin Diego. Amalia pasó del calor al frío sin él y vio caer las hojas en otoño, pero su amor se mantuvo intacto. Elena y Amparo seguían ausentándose casi cada dos semanas, y en ocasiones, Ernesto lo visitaba solo. Todos sabían de él, excepto Amalia. Por Reina logró saber que no cortaba su cabello desde el día en que se había ido, que había puesto una pequeña expansión en su oreja izquierda, que había engordado una talla y que luego había vuelto a adelgazar y que como antes, lo único que hacía era estudiar y trabajar. También por ella, supo que en Agosto comenzaría a vivir solo junto a Reina, en un departamento cercano a la universidad. Y esa noticia, fue la que gatilló todo.

La inseguridad se apoderó de ella. Diego era un hombre inteligente y atractivo, iba a ser doctor, y viviría solo. Por si fuera poco, hacía 7 meses que no cortaba su hermoso cabello. Amalia se incorporó rápidamente sobre su cama, colgó el teléfono y corrió escalera abajo en busca de Elena. Era el momento de pedir ayuda.

Caminaron juntas por la playa aprovechando una pausa en la lluvia, el crudo invierno les regalaba un momento de tranquilidad.

—Creo que... es tiempo de usar el *hijastrismo* que tengo a mi favor — bromeó.

Y Elena no pudo contener la risa. Sabía perfectamente cuál sería su petición.

—Te apoyaré, solo si prometes traerlo en su cumpleaños, justo comenzarán sus vacaciones, así es que no tendrá excusa.

Y así se hizo. Un perfecto plan fue tramado por Elena y Reina, ella estaría a las dieciocho horas en punto esperando afuera del último vagón del

metro de la estación cercana a la universidad y la acompañaría en secreto a casa, obligando a Diego a recibirla. Todo saldría perfecto.

Era viernes siete de agosto, Amalia llevaba su vestido de lunares, temblaba y sudaba de nervios como una niña que declara su amor por primera vez. Sabía que no lograría controlarse y quería llorar el ochenta por ciento del tiempo. Había pasado ocho meses sin verlo, sin hablarle. Contaba y necesitaba una buena conversación con su amiga antes de enfrentarse a él. Por su parte, Diego, cubría el último pedido encargado por la florería antes de volver a casa y prepararse para recibir a su hermanita.

Era la segunda vez que Amalia visitaba la capital, pero la primera ya estaba olvidada.

¿Siempre avanza tan lento el metro?

Cuando el altavoz indicó su parada, tomó su pequeño bolso y su cabello bloqueó momentáneamente su visión. Alzó sus ojos, y el mejor regalo que pudo recibir estaba frente a ella.

Delante de sus ojos, Diego, un ramo de flores y una caja de bombones. Esa cursilería solo podía ser obra de Reina. Se miraron con asombro, sin decir una palabra. Él estaba igual de alto y de delgado, su pelo estaba amarrado y ya no cubría sus bellos ojos, las ojeras se habían borrado de su blanca piel y sus labios estaban rojos por el frío. Los segundos se hicieron eternos y las lágrimas se prepararon para escapar de los ojos Amalia, quien sintió la responsabilidad de acabar ese momento con una reacción igual de cursi. Sin pensarlo mucho, saltó a sus brazos.

No hubo ninguna reacción, solo el sonido de un corazón imposible de identificar. Ella no se soltó. Quien sabe cuánto tiempo pasó allí. No puso sus pies en la tierra hasta que oyó caer el hermoso ramo de flores y en un ademán por desprenderse, sintió los brazos de Diego empujarla hacia su pecho. Su rostro se escondió entre su cuello y los segundos volvieron a andar, esta vez, con el llanto de Amalia como música de fondo.

—¿Me llevas a tu casa? —preguntó sin soltarse, secando sus lágrimas y aclarando su voz.

Caminaron en silencio y tomados de la mano, mientras Amalia apoyaba su cabeza ligeramente en uno de sus brazos.

Con ese mismo silencio que estaba olvidado entre ellos, ese que los había acompañado cuando comenzaron su amistad, entraron a la casa.

—Está todo muy limpio...

—Claro, estaba esperando a Amparo y Elena... ¿quieres café? — preguntó.

Pero ella no tuvo intención de responder. Siguió caminando por el pequeño departamento sintiendo los pasos tras ella e identificó de inmediato la puerta de Reina por el horrible letrero rosa de su puerta. El pasillo terminaba con dos habitaciones, la biblioteca y la de Diego.

—¿Puedo? —dijo mientras abría la puerta.

Como era de esperar, todo estaba en perfecto orden. Sobre su escritorio, dos enormes libros, y sobre su mesita de noche, otro del mismo tamaño. Tras él, la fotografía de la torta que hace un año había preparado. En ese minuto, todas sus hormonas de adolescente que había olvidado salieron sin permiso. Amalia nunca imaginó que podría llegar a ser tan osada, y no se dio cuenta de lo que hacía hasta que sintió los tiernos besos que Diego respondía. De pronto se encontró sobre él, abriendo su sudadera y sintiendo unos fríos dedos abrir la cremallera de su vestido para dejarlo caer sobre sus hombros.

Diego se quedó helado. Había visto a varias mujeres desnudas, pero eso parecía nuevo para él. Amalia sonrió, se inclinó para besarlo, y él se escabulló de la habitación.

Ahora era ella quien quedaba helada por la duda y la vergüenza. Una hora más tarde, salió molesta de allí. Diego estaba sentado en el comedor, con su cabeza escondida entre sus brazos.

—Lo siento... —murmuró cuando escuchó los pasos avanzar—. No puedo hacerlo...

—¿No? —Amalia comenzaba a enojarse y estaba dispuesta a marcharse de ahí en cualquier momento.

Iba a empezar a reprocharle cosas, pero él parecía hablar muy, muy en serio, y no se veía feliz.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —Diego levantó sus ojos y sonrió.

—Claro que sí... pero no puedo. Ni ahora, ni nunca. Solo, dejémoslo así... no soy capaz de tocarlo...

—¿Es en serio? ¿En serio? Diego, tengo diecinueve años, ¡Moriré virgen si no me tocas de una vez! ¡para con esto!

—No vuelvas a decir eso delante de un hombre... Acabemos esto ahora. Tiene que terminar, tienes que conocer a alguien, enamorarte y ser feliz. Yo

no puedo hacerlo, y no quiero que gastes tu tiempo y energía en mí. Te ruego que vuelvas. Te ruego que olvides todo esto... te lo suplico... vuelve a casa...

Diego parecía estar a punto de llorar y a Amalia se le acabaron las lágrimas ese mismo día. Durmió en casa de los padres de Reina y nadie pudo consolarla. Volvió a casa sola, con su triste bolso y comiendo los bombones que su amiga había escogido para ella. No quería imaginar el rostro afligido de Amparo al estar lejos de su hermano en su cumpleaños, sabía muy bien lo importante que ese día era para ella.

Caminó lento por las calles del pueblo con una fuerte lluvia sobre sus hombros, de pie frente a su casa, tomo una gran bocanada de aire para entrar y hacer frente a las miradas desilusionadas de Elena y la pequeña. Fue allí cuando escuchó las risas.

Diego estaba en casa y todos celebraban su cumpleaños número diecinueve. En el rostro del joven, no había rastro de lo ocurrido el día anterior. Amalia no saludó a nadie y se apuró en entrar a su habitación.

Elena sería la responsable de ese corazón roto, y Ernesto cumpliría otra función. Cerca de la medianoche, comenzaba una charla de hombre a hombre.

—¿Qué hay entre ustedes?

—¿Entre Amalia y yo? Te daré una respuesta honesta. Amor. Del grande, del importante, del que duele. Amor de ese que te acompaña para toda la vida. Pero no te preocupes, no la tocaré. La amo tanto, que sería incapaz de poner su vida en riesgo. Tanto, que acabo de terminar esa ambigua relación. Tanto, que soy capaz de entregarla a un buen chico para que la cuide. Tanto, que prefiero observar su alegría desde lejos. Yo ya he causado mucho daño. No caerán más lágrimas de sus ojos.

Esa misma mañana, otro joven estudiante de medicina aparecería en casa de Amalia. Un compañero de Diego, más bajo que él, moreno y de cabello negro, sus ojos grandes como aceitunas eran risueños como ninguno.

Amaro había llegado para quedarse.

Destruir para avanzar

El frío de esa mañana era despreciable y Amalia estaba dispuesta quedarse encerrada en su habitación por el resto del día con tal de no cruzarse con Diego. Es más, habría pasado las tres semanas que Diego estaría en casa oculta sin problemas, pero eso era imposible con una pequeña que la empujaba fuera de la cama a cada instante. Por otro lado, Elena jamás la dejaría deprimirse como cualquier chica, pues levantar a una hija por el despecho de un hombre era uno de sus sueños que pensaba olvidado.

Escuchó los pasos de Diego al levantarse y siguió con atención ese sonido. Su mente lo recordó con su coqueta sonrisa en la antigua casa, cuando le prometía que sería la primera mujer que buscaría cuando estuviera listo. Esas memorias alegres la ponían triste, pero acordarse de los momentos malos le hacía peor. El dolor se expandía por su cuerpo, pero ya no le quedaban lágrimas. Demoró casi dos horas en estar lista, sin embargo no fue hasta que escucho la vocecita de Amparo que abrió la puerta para salir. Las risas de todos la aliviaron un poco mientras bajaba la escalera.

—¿Por qué te llamas igual que yo si eres un hombre?

—Pero no me llamo Amparo, mi nombre es A-ma-ro. Pero por poco nos llamamos igual. —La voz dulce del nuevo invitado reía junto a los demás, y el imaginarse tratando de disimular delante de un desconocido le revolvió el estómago. Finalmente apareció en la mesa del comedor, se sentó junto a la familia a desayunar intentando parecer despreocupada, rodeada de un ambiente alegre y de pronto, ¡bum!, recordó la fecha. Diego estaba de cumpleaños. Iba a levantar la vista para saludarlo cuando el simpático invitado la distrajo.

—¿Ella es tu otra hermana? —preguntó, dirigiendo su mirada a Diego.

—Sí, es ella. Amalia, él es Amaro. Somos compañeros de carrera. Él es del norte y deseaba conocer la lluvia real.

—¿Tu hermana? —balbuceó ella abriendo sus ojos con sorpresa.

Esa jugada no la tenía prevista. Ahora, había pasado a ser su hermana. Una táctica muy cruel. Lo peor de todo, era el rostro tranquilo de Diego y su voz risueña, como si nada hubiese pasado entre ellos. Amalia optó por no saludar a Diego y ninguna palabra fue dicha entre ambos. El silencio se apoderó de sus días, y lo más triste, fue que se acostumbraron.

El cuarto día, una fuerte lluvia golpeaba la madera y el viento transformaba el tranquilo lago en un violento mar. Amparo no se separaba de su hermano y la televisión parecía ser el único distractor, a menos que...

—¡Maldición! ¡Estúpido pueblo incapaz de soportar una lluvia!

La pequeña observó perpleja la repentina ira de Amalia con el típico apagón de invierno, quien lanzó el control de la tv a un sofá, levantándose de improviso y quedando de pronto en silencio frente a la puerta. El impulso solo vino.

—¡Amalia! ¡No salgas con esa lluvia! —Ernesto se apresuró a ir tras ella, pero el invitado tenía el momento preciso para realizar su entrada.

—Yo voy Ernesto, no se preocupe, siempre he querido estar bajo una lluvia así de fuerte.

El ofuscado padre dudó un momento, miró a Diego y entendió lo que ocurría. Despacio se alejó de la puerta, los protagonistas estaban a punto de cambiar en el corazón de su hija.

Amalia estaba solo con una sudadera, empapada por completo y de pie, inmóvil frente al lago que la había recibido hace unos meses. Es probable que haya pensado que la lluvia se llevaría su tristeza, o que tal vez Diego correría tras ella, no lo sabía. Solo estaba ahí, esperando algo, lo que fuera, y ese algo apareció con una gran sonrisa a su lado.

—Vivo en el desierto más árido del mundo... ¿no es increíble que en un mismo país exista ese horrible calor y esta hermosa lluvia? Allá no existen ríos, es decir, hay uno, ¡pero se seca cada cien metros!, no pueden llamar a eso un río... Mi madre debe estar en este preciso momento disfrutando un fresco té helado mientras yo solo deseo un café. Ahora entiendo por qué gustan tanto de la leche tibia, es decir...

—¿Qué haces acá? —interrumpió ella, observando con asombro a su acompañante.

—Solo quería conocer la lluvia... —rió, y sus mejillas se hundieron de forma adorable. Esa misma sonrisa, acompañó a Amalia por otros 4 días, invadiendo su espacio como si de forma premeditada quisiera hacerla olvidar. Cuando el radiante joven tomó su vuelo para volver al norte a visitar a su familia, en silencio se acercó para intercambiar sus números de teléfono y cerrar una amistad que nacía.

Esa tarde, volvían a ser cuatro para la cena y cada vez era menos

incómodo estar cerca de los dos jóvenes que se ignoraban. Las conversaciones entre Diego y Ernesto eran más y más aburridas conforme avanzaba el tiempo, solo hablaban de trabajo y estudio, seguro su sueño era que su hija también quisiera ser doctora, pero los intereses de Amalia se alejaban de la salud día tras día. Una a una, las mujeres de ese hogar se levantaron de la mesa, dejando a los hombres solos en su eterna conversación sobre bioética.

Esa noche, Amalia acostó a Amparo. Estaba terminado de leer un cuento cuando Diego entró a la habitación. Para evitar que arrancara como lo estaba haciendo desde que había llegado, se despidió de la pequeña y salió, sin mirarlo ni hablarle, pero de forma consiente, entró en la alcoba equivocada. Cuando él entró, Amalia lo esperaba sentada en su escritorio, apoyada sobre sus brazos, dispuesta a poner fin a lo que sentía.

—¿Pasa algo? —dijo él, con voz fría y cortante. Amalia levantó su cabeza y lo observó tanto como pudo antes de que él apartara la vista y se volteara para salir de allí.

—No te vayas, esto será rápido. Supongo que hiciste un buen trabajo seleccionando a Amaro, ¿no? —Diego se volteó y pretendió parecer sorprendido, pero no tenía sentido ocultarlo—. Creo que aceptaré este regalo. Amaro está aquí para que me olvide de ti, ¿cierto?

—¿Qué dices? No soy tan egocéntrico.

—Cierto. Es para que me olvide de *nosotros*. Y voy a hacerlo, ¿sabes?, creo que tienes razón. Ya ha sido suficiente, no voy a repetir lo mucho que te quiero, porque ya lo sabes. Te lo he demostrado siempre, me he quedado a tu lado a pesar de todo. Tu pasado no me importa, y hoy, tu futuro deja de importarme. Puedes hacer lo que gustes Diego, aún mantengo lo que dije cuando te “*ataque*” la primera vez: prefiero mantenerme al margen a perder tu amistad. Siento que me humillo ante tus constantes rechazos. No voy a esperarte más porque...

—No quería que te sintieras de esa forma, por eso no quiero que me esperes...

—Bien. Está claro, esto es doloroso, lo sabes ¿no es así?, ¿También te duele? —Pero Diego no iba a responder, ni siquiera iba a mirarla—. Bien, somos familia y estaremos juntos para siempre. Supongo que es lo más importante —Amalia se levantó para salir y abrió la puerta para volverla a cerrar. —Es aquí cuando debes decirme que me quede, que lo intentemos...

Oye, en serio, ya olvidemos esto. No quiero perderte...

—¿Tú crees? ¿crees que podemos ser amigos?

—Hemos podido ignorarnos por una semana, además, me has traído un nuevo amor, ¿cierto? —Amalia le guiñó un ojo mientras salía de su habitación. Diego, como de costumbre, puso el seguro y ambos se desplomaron junto a la puerta cerrada. Se habían dejado ir. Ella había terminado con todo esta vez y él solo sería uno más de su familia de ahí en adelante.

Los días siguientes, los hombres de la familia no se encontraban en casa, saliendo muy temprano y volviendo a casa por la tarde, cansados y con aspecto deprimido. Seguro Ernesto se estaba poniendo exigente con su nuevo hijo transformándose en un padre agobiante. Poco antes de que Diego volviera a casa, Amalia pasó por la habitación vecina.

—¿Estás bien? —indagó asomando solo su cabeza a través de la puerta.

—Sí, gracias... —Comentó él con tono tranquilo sin levantarse de su escritorio.

Los días que quedaron, se limitaron a interactuar cuando fuera estrictamente necesario, aunque todo apuntaba a que esa forzada relación, iba a mejorar. Amaro estaba haciendo de forma muy bien su trabajo: cada noche, divertía a Amalia con entretenidas conversaciones online, estrechando un vínculo que pronto reemplazaría el recuerdo destructivo de la violenta vida de Diego. Así, el día que él volvió a la ciudad, ambos pudieron despedirse con tranquilidad.

—¿No crees que ya podrías darme tu número de celular? —bromeó Amalia, y por primera vez pudo guardar el bendito teléfono que siempre se le había negado. Se abrazaron largamente para despedirse, preparados para volver a sus vidas extrañas y lejanas. Diego volvía a casa con Reina y a sus estudios en la facultad. Amalia seguía preparándose para la universidad, a 12 horas de sus amigos. Las aguas agitadas de sus corazones iban a comenzar a calmarse cuando sus rostros aceptaran el paso de los días y la muerte de lo que para ambos sería su primer amor.

Las semanas tomaron su ritmo habitual y entrando a la primavera, Reina visitó a su amiga. De Diego hablaron muy poco, solo lo necesario para saber que tal iba su vida. Ahora había otro chico por el que preguntar, Amaro, quien sin descanso había escrito cada noche a Amalia, reemplazando poco a poco el vacío dejado por su compañero.

Reina sabía que nada cambiaría si ellos no pasaban tiempo real juntos, y sin analizarlo primero, soltó una de sus grandiosas ideas.

—Deberíamos celebrar tu cumpleaños en casa... estamos a casi un mes, ¿te gustaría?

Y a pesar de que Diego quiso matarla cuando se enteró, no tuvo más opción que aceptar.

Había pasado un año desde esa horrible noche en que la verdad salió a flote.

El tiempo preciso para olvidar.

El punto final de los finales

Cerca del atardecer, el tren que llevaba a Amalia desde el sur se detuvo en la estación, en pleno centro de la capital. Tomó su bolso y arregló su cabello, era la primera vez que lucía un flequillo coqueto sobre sus ojos. Estaba ansiosa por ver a sus amigos, había avisado a Reina, Diego y Amaro, ¿quién la esperaría allí? Uno a uno bajó los escalones del vagón, miró detenidamente hacia los extremos del andén, pero ningún rostro conocido le daba la bienvenida. Caminó despacio, esperando oír su nombre entre la multitud, el cual salió de una voz que poco recordaba. Los ojos aceitunos y risueños de Amaro la recibían, y una puñalada de vacío y realidad la golpeó sin delicadeza.

El chico nortino era extremadamente cálido, contrastaba por completo con la seriedad y frialdad de Diego, probablemente, eso también estaba lejos de ser una coincidencia. Abrazó a Amalia con fuerza y la tomó de la mano para salir del tumulto, y aun habiendo avanzado un par de cuadras no la soltó, fue ella quien tuvo que zafarse de esa amistosa recepción. Caminaron sin parar de hablar, como si esas noches en vela hablando por internet hubiesen sido en un alegre sofá, uno al lado del otro, riendo hasta llorar.

En casa, Reina no dejaba de gritar de emoción, la abrazaba como una niña y llenaba su apretada agenda de salidas para esa corta semana. No había rastro de Diego. Comieron animados, bajaron al primer piso del edificio para comprar cerveza y papas fritas en un pequeño boliche para reír hasta la madrugada, y Diego jamás apareció. Amaro se adueñó del sofá y las chicas se durmieron juntas, solo cuando ya no quedaba nada de qué hablar y el sol estaba a punto de salir.

Temprano en la mañana, escuchó la risa suave de Diego y se lanzó de la cama para saludarlo. Su acompañante seguía durmiendo plácidamente, respiró hondo y se calmó antes de salir. Al aparecer en la mesa del desayuno, él solo sonrió. Se acercó un poco para saludarlo, y él, con indiferencia se levantó de su silla y arrojó un feliz cumpleaños sin muestra alguna de emoción. Amaro reía junto a Diego, como siempre.

Esa noche, Reina había preparado una pequeña celebración en honor a su amiga. Los dueños de casa, una invitada de Diego, Teresa, Amalia, Amaro y un invitado suyo, Joaquín. Ninguno supo exactamente porque, pero esa noche, hubo mucho, mucho alcohol. Reina y Diego no bebían, estaban tan

sobrios que parecían peces fuera del agua observándolo todo. Joaquín se ponía cariñoso con Reina, Amaro no dejaba de coquetear con Amalia y Teresa solo podía acosar a Diego.

Cuando Amalia estaba notoriamente borracha, Reina la tomó para llevársela a su cuarto a descansar, entre risas la chica no paraba de repetir que deseaba seguir bailando, llamando a gritos a Amaro, quien moría a carcajadas junto a Joaquín mientras Teresa dormía sobre el sofá. Diego observaba la escena molesto, y segundos antes de que las chicas entraran a la habitación rosa, tomó a Amalia y la llevó a la suya. Desde la puerta oyó a Reina reprochar su actitud.

—¿Qué pretendes? ¿Crees que de pronto me volveré un hombre hecho y derecho y te robaré a tu novia? —gruñó. Pero él no respondió. Con delicadeza quitó los zapatos de la borracha que dormiría en su cama y desabotonó su sweater. Con el movimiento, una confusa Amalia despertó hablando un sinfín de incoherencias.

—Diego, ¿qué pasa? ¿Por qué no quieres que duerma con Reina? ¡Ya lo sé! ¡Te gusta Reina! ¿Cómo no me di cuenta antes? —balbuceó con la lengua adormilada y los ojos entreabiertos.

—¿Qué? ¡Pero si es un hombre! —rió él, alejándose de esa peligrosa escena.

—No es un hombre... es la mujer más linda que conozco... —Aunque quiso responder que no era cierto, que era ella la más linda, no se detuvo a conversar. Aún había otra borracha a la cual acostar.

En definitiva, la fiesta terminó. Dos mujeres ebrias dormían en las habitaciones y dos hombres borrachos en el living. Diego y Reina se preparaban un café, pues esa noche no habría descanso para ellos.

—¿Por qué la invitaste? —murmuró Reina luego del culpable silencio que mantenía su amigo.

—Es mi amiga —aclaró él, desviando su mirada y concentrándose en su café—, y la única forma de que sigamos con nuestras vidas —agregó cabizbajo.

Teresa era alumna de la facultad. Estudiaba Medicina, al igual que Diego, pero iba tres años adelante. Se habían conocido en una de las tutorías que la brillante alumna impartía a los recién ingresados, y en cuestión de días, una amistad para nada pura nació entre ellos. Ella adoraba esos ojos y él su asombrosa inteligencia. Comenzaron a pasar tiempo juntos, y el desenlace

esperado estaba a punto de ocurrir.

El sol de amanecida recibió a Amalia con un fuerte dolor de cabeza y un mareo que le acompañó todo el día. A pesar de ello, aceptó la animada invitación al cine de Amaro, que se había quedado nuevamente a dormir. Volvió feliz pero cansada. Esa noche no hablaron mucho, se durmieron temprano, cuando Diego aún no volvía y con Reina inexplicablemente callada.

La mañana del domingo la despertó con el delicioso aroma a pan tostado que tanto amaba. A su lado ya no había nadie, por lo que supuso que era su amiga la que preparaba un delicioso desayuno. Para su sorpresa, quien la esperaba era Amaro, aunque la sonrisa cálida de Reina estaba junto a él, invitándola a sentarse, descubriendo el broche de oro de ese amable despertar. Medias lunas de manjar. Una delicia para su paladar y una adicción incontrolable.

—¡Mis favoritas! —Aplaudió tomando asiento, pero antes de comer la primera, recordó que esa adicción la compartía con alguien más—. ¡Voy por Diego! —exclamó, pero un grito nervioso de Amaro la hizo detenerse.

—Diego está... hum... un poco ocupado aún. —Amalia sintió que su pecho se apretaba. Sabía que era mejor hacer caso y quedarse sentada sin que su curiosidad decidiera por ella, pero no. Caminó resuelta por el pasillo y abrió la puerta de la habitación frente a ella con total decisión. Ahí estaba Diego, vistiéndose apresuradamente con Teresa risueña sobre su cama, aun desnuda. Los observó con asombro, volteó la vista y al otro lado del pasillo, Reina y Amaro la miraban atónitos. Ella quería guardar silencio, dejarlo ahí y pasar de largo.

Pero no pudo.

—Debiste ser más claro. En realidad no tenía nada que ver conmigo o tu vida, sólo era otra persona. Era sencillo, porque solo no me lo dijiste y ya —dijo con tono desafiante. Diego hizo un gesto pidiendo silencio, acercándose rápidamente a ella mientras Amalia retrocedía con desconfianza. Teresa y los demás observaron la escena como en un teatro.

—Ellos no saben nada, no hagas un escándalo ahora —murmuró utilizando su altura y su mirada penetrante como estrategia, pero estas ya no tenían efecto sobre Amalia. El golpe de la bofetada que recibió se pudo haber escuchado en todo el edificio. Ni una sola lágrima salió, ninguna emoción más, a parte de la rabia y la sensación cortante del ridículo. Amalia sintió que

había desperdiciado sus preciosos días pensando en un hombre que a fin de cuentas, solo sabía mentir.

Salió de allí con lo que llevaba puesto, y tras ella, la incondicional Reina.

—¿Dormiste con una chica justo en el momento en que ella está de visita aquí? Eres un cerdo... y esto no tiene que ver con tu historia —sentenció ella, antes de seguir a su amiga.

—¿Hermana celosa? —bromeó sarcástico Amaro, antes de retirarse.

Esa misma tarde, el punto final de los finales, se marcó para siempre.

Diego comenzó una relación con Teresa, la presentó a su familia y se encaminaron en que aquello resultara.

Amalia, por su parte, de forma astuta se alejó de ellos.

Aníbal quiere ser Reina.

Ese día, pasaron horas en silencio recostadas sobre la cama de Reina, observando las estrellas fluorescentes del techo de la habitación que un pequeño Aníbal había distribuido una a una desde que tenía seis años, hasta el momento en que abandonó esa casa.

Reina estaba preparada para contener a su amiga, con su hombro listo para recibir litros interminables de amargas lágrimas y su pecho dispuesto a abrazar hasta el cansancio. Pero no fue necesario. Amalia estaba sólida, tranquila e inmovible. Era capaz de perdonar y entender a Diego eternamente, pero esto se escapaba de su lista. Por fin veía la salida a la ambigua relación que mantenían, estaba solo a pasos de lograrlo, tenía los argumentos de su lado, y lo más importante, tenía la convicción de hacerlo.

Había decidido regresar a casa, ya tendría tiempo suficiente para explicar a Amaro lo que había pasado, por ahora solo se aprovecharían las dos. Por alguna extraña razón, Reina parecía necesitar más de los abrazos y los mimos que su amiga. Eso hicieron, y nadie volvió a hablar de Diego. Las horas pasaron y la noche entró por las ventanas.

—¿Hoy no volverás a casa? —preguntó Amalia recostada sobre la cama.

Reina se quitaba el maquillaje de sus bellos ojos, dando un aire triste y solitario a la escena.

—No lo sé, es incómodo también para mí. Él cada vez lleva más gente que es ajena a mi realidad. Hace años dejé de esconderme, no planeo volver a hacerlo.

—¿Te pidió que te escondieras?! ¿Es en serio?!

—Claro que no, jamás lo haría. Pero sus compañeros son diferentes a mí, tú lo sabes bien. Sabes de qué familias vienen, ¿cómo crees que reaccionarían si saben que la realidad es que soy un hombre?, estoy molesta con Diego, muy, muy molesta, pero no deseo que pase por todo otra vez. Al menos no por mi culpa. No quiero justificarlo, pero los errores que vive cometiendo, no son más que respuesta a la inseguridad que lo rodea, ¿realmente crees que quiera a esa tal Teresa? —su voz se apagó, volteó su rostro y caminó hasta recostarse junto a su amiga—. A veces pienso que es su deseo de encajar con los demás el que lo hace portarse como un idiota. Tú conoces su vida, su historia, sus miedos y gran parte de sus secretos.

Aceptarte, es vivir para siempre con esos recuerdos y junto a mí, cualquiera pensaría que es homosexual cuando se enteren de que no soy quien digo ser. Teresa no sabe nada de él ni de mí, junto a ella, puede ser un hombre común y corriente. Está mal olvidar el pasado, pero está bien comenzar a avanzar. El problema de él, es que lo hace con pasos desviados y su futuro no terminará bien si sigue así. Tu problema, es que lo amas demasiado y por su culpa no avanzas. Mi problema, es que no puedo avanzar. No puedo salir de este cuerpo que no me debería pertenecer. No puedo construir nada para mí. No puedo ser real y no puedo detenerlo a él, ni a ti. Dudo que regrese, la sociedad en la que ustedes entrarán me rechaza y lo hará para siempre. Acá, solo sigo siendo el *marica* que vende flores. Y nadie más sale perjudicado.

Amalia estaba sorprendida con lo que escuchaba en las agudas palabras de su amiga. No se había percatado antes. Ellas ya habían salido de la adolescencia y la vida real las golpeaba a ambas. Amalia seguía viviendo tranquila bajo el alero de su familia y no se había detenido aún a pensar en su futuro, porque de alguna manera, sabía que habría opciones de sobra para su vida. Pero para Reina, todo era diferente.

—Estoy yo, y estaré siempre. Estaré junto a ti para toda la vida — sentenció Amalia.

Pero Reina también sabía que en algún momento ella también se iría. Formaría una familia, avanzaría, igual que Diego, y eso la ponía feliz, tan solo que, ella quería lo mismo. En ese momento, solo era capaz de verse presa de un nombre que parecía una burla.

—Reina, realmente estaré a tu lado. ¿Por qué no vivimos juntas? —Los ojos tristes de su amiga se abrieron de par en par al escuchar la entretenida propuesta—. Sí, Reina, ¡no lo había pensado!, el próximo año entraré a la universidad, tendré que venir a la capital sí o sí, y debes vivir conmigo. Y, sabes qué, ¡debes estudiar!, eso es. Estás terminando tu educación formal, ¿no es así? Solo debes dar la prueba de ingreso para la universidad, ¿qué te parece? ¡Podríamos ser compañeras! Vuelve a casa conmigo, ¡preparémonos juntas para rendir lo mejor que podamos!

El eco de esas palabras se repetía en sus oídos y sus ojos comenzaron a llorar sin parar. Amalia la abrazaba y sus lágrimas comenzaron a ser risas. Su mente imaginó un futuro agradable, uno en el que no tendría que enfrentarse sola al mundo, en el que podría cumplir algunos de sus sueños y rellenar los pedacitos que estaban rotos en su alma.

—Siempre soñé con ser profesora, reír junto a niños pequeños, enseñarles a leer, a escribir.

—Entonces, ¡seremos profesoras!

—Pero Amalia, ¿qué deseas ser tú?

—Nunca he tenido idea de qué hacer con mi vida, ni siquiera me gusta estudiar. Pero iré a buscar mi destino junto a ti.

—No es que me importe mucho en este momento, pero... ¿qué pasará con, ya sabes, volverás a hablar con él?

—He tenido suficiente de Diego. Seguro el destino tiene algo para mí. Espero que sea feliz con su brillante novia.

—¿Y Amaro?

Amaro tenía su lugar reservado. Amalia volvió al sur para hablar con sus padres de su reciente decisión. Ernesto aceptó de mala gana el que su hija no sería doctora y Elena, como si no hubiese escuchado nada, saltaba de felicidad junto a Amparo porque tendrían a Reina junto a ellas por un tiempo. En casa, Diego no se sorprendía de la decisión de su amiga. Ella guardó sus cosas con la delicadeza que la caracterizaba mientras su amigo observaba desde la puerta.

—¿Las dos me odian? —preguntó finalmente.

—Te mereces el odio de todo el país. Pero no, ninguna te odia. Eso sí, no esperes que Amalia vuelva a ti. Esta vez la perdiste para siempre, su momento terminó.

El silencio continuó y la habitación comenzó a quedar vacía. Bajaron los bolsos sin mirarse. Ese par había compartido su vida en los momentos más difíciles de cada uno, sin prejuicios y sin cuestionamientos. El cariño que se tenían era inexplicable.

Antes de subir al taxi, se despidieron con un fuerte abrazo.

—Cuando ya no estés tan enojada, hablemos. Visítame, tú sabes quién soy, sabes que todo es para que Amalia este mejor. Ya la perdí a ella, no quiero perder a mi amigo también.

—Amiga —corrigió Reina.

—Lo siento, lo siento. Amiga.

Esa despedida marcó para siempre la división de sus caminos.

Las chicas se esmeraron en estudiar, desde muy temprano estaban en el

preuniversitario, por la tarde jugaban con Amparo y por la noche volvían a sus estudios. Y nadie hizo muchas preguntas cuando Amalia desaparecía cada vez que Diego visitaba la casa.

La mañana del doce de Diciembre, Reina rezaba a todos sus santos. Elena las llevo hasta el Colegio en donde se realizarían las pruebas de admisión que rindieron con sus rodillas temblorosas. Tres semanas después, saltaban de alegría al saber que podrían ingresar juntas a la Escuela de Pedagogía de la Universidad Nacional. Salieron a celebrar junto a la familia de Amalia, quien aprovecho de llamar a Amaro para contar su alegría. Reina telefoneó a sus padres y a Diego, y la emoción se expandió entre ellos como una epidemia.

—Tomé una decisión —dijo Reina durante la comida.

Todos se voltearon para observarla y sus mejillas se volvieron de un leve color rosado.

—Comenzaré la tramitación para un cambio de sexo. Es carísimo, pero desde este año, el gobierno se hará cargo de pagar las operaciones de los jóvenes transgénero. Supongo que el proceso será engorroso, pero el cambio de nombre es un trámite relativamente sencillo. Si deseo ingresar a la Universidad, lo haré como lo que soy, no como lo que mi cuerpo quiso ser.

Al igual que todos en esa mesa, sus padres lloraron cuando se enteraron. A mediados de Enero, Aníbal dejaba de existir para dar paso a Sofía Isabel, dos nombres de reina para Reina.

Febrero las encontró en busca de un departamento para las dos, con Amaro asesorando cada pisada y la familia junto a ellas en todo momento. El aire se respiraba tranquilo. A comienzos de Marzo comenzaron sus estudios, siempre juntas, en un lugar en donde nadie nunca sospechó que Reina era un hombre.

Los meses pasaron con esfuerzo, noches en vela estudiando y amanecidas escribiendo largos informes. Amalia cada vez estaba más cerca de Amaro y Reina debía esquivar a Joaquín cada fin de semana. Ella seguía visitando a Diego, almorzaban juntos, reían. Su relación con Teresa se volvía sólida a ojos de los demás, y el invierno de sus corazones aparentemente desaparecía, para dar paso al invierno de la ciudad. Amalia no escribió para el cumpleaños de Diego, Diego no escribió para el cumpleaños de Amalia. Ni ese año, ni el siguiente. Dos años enteros pasaron entre ellos, sin hablar y evadiéndose al máximo si se encontraban en casa. Amparo tenía casi nueve

años, faltaba una semana para Navidad y Amalia volvía a casa de vacaciones junto a su familia. La hermosa casa del lago le daba la bienvenida, y una carta en el buzón la haría temblar.

“Estimada Srta./Sra. Amalia Vargas Castro: El actual tribunal que lleva el caso 45/88, requiere de su presencia el día 05 de Enero a las 11:00 AM, debido a su eventual vinculación con los hechos que se investigan. Nos permitimos recordar que la asistencia es OBLIGATORIA, y su no presentación puede incurrir en faltas graves de ocultación de información, y por ende, permite el accionar de la Policía Local”.

Su primera impresión fue que estaba ante un error, pero al ver el rostro afligido de los demás al comentarlo en casa, entendió que algo estaba ocurriendo a sus espaldas, otra vez. Ernesto la llevó a la biblioteca, lejos de los oídos de Amparo.

—Lamento no haberte contado esto, pero entiende que Diego fue quien me lo pidió. Aquel, es el caso de Diego. Nosotros logramos hacer la demanda contra el Dr. Henz y al parecer, mucha gente está cayendo. No pensamos que te llamarían a ti también. Algún abogado debe haber pedido tu testimonio como su amiga —comentó con seriedad, de pie junto a la ventana.

—¿Cuándo lo hicieron? ¿Diego lo sabe? ¿Cómo está con esto? — Amalia estaba preocupada, esos momentos habían sido terribles y no deseaba que sus amigos los revivieran.

—Desde el día en que ocurrió, ya van mucho más de dos años. Él está al tanto de todo y es muy probable que esté allí también.

Que traviesa puede resultar la vida. Cuando todo marchaba bien, cuando Amalia por fin había aceptado a Amaro, cuando Reina por fin podía vivir sin sus sombras, cuando Diego tenía una pareja a quien amar, un balde lleno de tristes recuerdos caía sobre ellos.

El mundo parecía conspirar en su contra.

Como años atrás, Amalia se quedó con la sonrisa de Diego en sus pensamientos, y sus azules ojos no la dejaron dormir.

El pueblo de los malos recuerdos

Hace casi cuatro años que Amalia no volvía a su anterior pueblo, y no lo hacía por gusto. A las 10.30 de la mañana bajaba del auto de su padre y caminaba hacia los Tribunales de Justicia desde donde la habían citado. Allí estaban Diego y Reina, junto a unos quince jóvenes más, entre chicos y chicas, casi todos de la misma edad, lo que significaba que habían pasado por el *Café Delusion* siendo unos niños, al igual que sus amigos. El *Café* se había caracterizado por reunir a una cantidad selecta de jóvenes, allí estaban, sin duda, los rostros más hermosos que podía imaginar, pero cubiertos de sombra. En muchos de ellos, sus risas lucían incluso tenebrosas. El daño estaba hecho, y era profundo en cada uno.

Su pecho se apretaba con cada paso que daba. Diego se veía alegre, saludaba a los que venían llegando, algunos se sorprendían al ver a Reina convertida casi por completo en una chica y otros bromeaban con el futuro médico que sonreía junto a ellos. Era evidente que no todos habían tenido la suerte de sus amigos, muchos de esos chicos no tenían familia a quien recurrir, nadie que se preocupara por ellos, nadie que los alentara a seguir adelante con sus preciadas vidas. El número de familiares que les acompañaba era mínimo, probablemente muchos de esos padres jamás se enterarían de lo que sus hijos hicieron a los 15 años, o que incluso algunos continuaban haciendo.

En ese encuentro, Diego y Amalia no tendrían más opción que saludarse. Por incomodo que resultara, ella quiso abrazarlo y expresar sin hablarle que estaba ahí para él, que se mantuviera fuerte, y que por sobre los errores que había cometido, lo admiraba.

Minutos antes de las once comenzaron a ingresar a la sala, un notable número de personas desconocidas para Amalia y Ernesto que habían formado parte de la vida de sus amigos comenzaba a tomar asiento. Reina, solo por costumbre, tomó lugar junto a Diego, obligando a Amalia a sentarse junto a él. El juicio comenzó luego de que el Dr. Henz hiciera ingreso esposado, junto a tres hombres y una mujer, cada uno llevado por gendarmes serios y fornidos. Al entrar se escucharon los abucheos, los insultos y las amenazas de parte de los chicos y sus familiares. Diego no los miro en ningún momento.

Uno a uno comenzaron a ser llamados ante el tribunal, y Amalia se preparó para recibir lo que sería una larga jornada. Los relatos eran

estremecedores y las preguntas de los abogados estúpidas. La defensa intentaba como fuera hacer parecer a los jóvenes como responsables, haciendo hincapié en que a los 15 años se sabe muy bien lo que se hace.

—Claro que sabía lo que hacía, pero eso no quita lo injusto que fue. A mis quince años debía estar con chicos de mi edad, no con viejos asquerosos como esos. Y mucho menos por dinero. ¿O sus hijos tienen que salir a hacer lo mismo para cenar cada noche? —dijo Reina, llena de orgullo como siempre, obteniendo aplausos de pie de quienes estaban ahí.

Salvo de Diego, que parecía ajeno a la escena. Cuando fue su turno, Amalia volvió a sentir la conexión indescriptible que tenían.

—Señor Diego Zemelman, ¿podría describir cómo llegó a trabajar a este lugar? —preguntó el abogado bruscamente. Él guardó silencio, intentando reunir fuerza para responder—. Señor, concéntrese en la pregunta —repitió.

Sus delgadas manos no dejaban de moverse, y en un intento por hablar, sus ojos se cruzaron con Amalia. Ella lo miraba fijamente, como si a través de sus ojos pudiera darle tranquilidad, pero mirada de Diego se perdía en su cabeza.

—Joven, me permito recalcar que la falta de cooperación es considerada obstrucción a la justicia y es sancionada con cárcel —dijo el juez con tono suave pero severo.

Él lo miró y volvió a los ojos de Amalia, suplicando algo que solo ella podía entender. No quería que escuchara su experiencia, deseaba mantener esos momentos oscuros lejos de ella, por respeto a sí mismo y por el amor que había sentido en algún tiempo. Creía que su historia cambiaría para siempre la forma en que ellos se conocían, y eso no era justo para ninguno.

Amalia se levantó y salió de la sala, alejándose cuanto pudo, hasta que se perdió la voz temblorosa de su amigo, y esperó. Reina salió a buscarla cuando fue su turno de hablar, se ubicó adelante nerviosa, no sabía que podrían preguntarle y menos aún que responder.

—¿Fue usted miembro en algún momento de *Café Delusion*?

—No.

—¿Conocía usted a miembros de *Café Delusion*?

—Sí.

Amalia miro a su familia. Se detuvo en Diego mientras el abogado preguntaba “¿cómo supo que eran parte de ese Café?”, él se puso de pie, y

salió de la sala. Tampoco quería escuchar su versión de la historia. Ella respondió una a una sus preguntas, relató el momento en que descubrió a Diego, nombró a su profesor, y entre lágrimas, recordó el momento en que el Dr. Henz cambió la vida de todos en su hogar.

La sesión duró casi seis horas. Salieron tensos de allí, algunos se fueron juntos a comer y otros comenzaron a despedirse. La investigación continuaría y probablemente se reunirían en otro momento, aunque todos deseaban no repetir nunca más sus historias frente a tantas personas. Amalia, Reina y Diego de pronto se encontraron solos. Ernesto volvía a casa y ellos caminaban en silencio y sin rumbo definido. Los rostros de todos eran tristes y serios, de pie frente al estacionamiento, el mutismo fue intervenido por las dulces palabras de Amalia.

—Yo los adoro chicos. Solo eso. Y quiero matar a esos cerdos.

Su acotación arrancó leves sonrisas en sus labios, pero Reina vio más allá. Diego y sus profundos ojos se perdieron en Amalia, y pudo sentir como a gritos pedía su compañía, su consuelo, y arriesgando a que aquella decisión les significara problemas a ambos, inventó una infantil excusa y se alejó, dejándolos solos en ese pueblo lleno de malos recuerdos.

Diego boquiabierto observó la delgada figura de Reina perderse en la distancia, y asumiendo también el riesgo, invitó a su amiga a compartir un café. Los años sin hablar se notaban entre ellos, pero la necesidad de tenerse en ese momento, superó la incomodidad de la ausencia, y las palabras poco a poco comenzaron a salir, hasta que se relajaron. De pronto, el abismo entre ambos había desaparecido.

—¿Y Teresa? ¿Cómo está? ¿Por qué no vino?

—Está bien, ya en su primer año de internado. Ella... no sabe nada.

—¿Y no se lo dirás nunca? Diego, necesitas que ella esté contigo en esto.

—No deseo que nuestra relación cambie. —Sentenció. Un silencio acompañó esa frase, y sin mirarla a los ojos, continuó—. Vamos a casarnos, a fines del próximo año.

Amalia quiso pensar que era una broma, pero la solemnidad con la que esas palabras fueron dichas, no dejaba lugar a dudas.

—Wow. Reina tenía razón. Nuestro tiempo ya pasó —dijo, intentando sonar graciosa.

Él respondió con silencio, y en un intento de aliviar su culpa, ella acarició su pálido rostro.

—Solo ámense, ¿bien?, ámala mucho Diego, confía en ella, inclúyela en tu vida, en tu pasado y en tu familia. Amparito casi no la conoce, y yo creo que la odio por no estar aquí —bromeó.

Diego tomó su mano, y así se quedaron, aprovechando los minutos lejos de Teresa y Amaro.

Esa tarde, volvieron juntos a casa. La familia estaba feliz con la maravilla de tenerlos a ambos sentados a la mesa, riendo como antes. Por la noche, el seguro de la habitación de Diego no se cerró, pero Amalia no tuvo intención de entrar. Al amanecer, ella ya no lo encontró. Había vuelto temprano a su trabajo en la florería y a su vida con Teresa. O eso fue lo que pensaron. La mañana siguiente, una furiosa novia increpaba a Amalia por retener a su novio fugitivo. Él no había vuelto a casa y su teléfono no funcionaba. Aunque el recuerdo del trágico día en que él había decidido desaparecer se mantenía vivo en su memoria, sabía que esa no era la misma situación. El hilo invisible que la ataba a ese hombre, la orientó a tomar el camino exacto al lugar en donde estaba. Condujo tranquila el auto de Elena y se detuvo a tres horas de su hogar, frente a una casa que iluminó sus días y su alma.

Tomó la llave azul, y entró.

Cuando la vida se te va de las manos

«Primero necesito pedirte perdón. Vine aquí como otras veces, esperando aceptar mi historia, mi vida. Lo hacía con regularidad, y siempre salía bien. No sé en qué fallé esta vez. Supongo que fue demasiado verte ahí, frente a esas personas desconocidas para ti, pero importantes para mí. Por más que quise alejarte de ese mundo, estabas ahí, junto a ellos. Sé que los detestas, y que tal vez me odies si te cuento que las únicas palabras de afecto que recibí cuando todo se derrumbaba fueron de Alberto, el dueño del café. Qué también deseo que se pudra en la cárcel, pero que a la vez agradezco que cada vez que estuve enfermo, enviara a una de sus empleadas a cuidarme. Él me presentó a Reina, ella fue la primera en intentar salvarme. Ese oscuro y bajo mundo fue mi familia por muchos años.

Esto no lo tenía planeado, es decir, miles de veces repasaba el protocolo a seguir cuando decidiera dejarte para siempre, pero pensé que ese día jamás llegaría. Créeme que hice mi terapia como debía. Tan solo, ya no había nada que hacer.

Escribí esta carta muchas veces, y sé que debería escribir también a Amparo, a Teresa, a Elena... pero solo puedo pensar ahora en explicártelo a ti. Pídeles también que me disculpen. Pero se me fue de las manos. Escuchar tu voz pidiéndome que ame a otra mujer, y con esto, no quiero decir que sea tu culpa, fue demasiado para mí. Y es responsabilidad mía y de nadie más. Intenté alejarme de ti desde que te conocí, pero fue en vano. Lo único que pude hacer cada día de mi vida desde que te cruzaste en mi camino, fue amarte más y más. Créeme que hago esto por ti, aún estás a tiempo de comenzar de cero. Escapa de mí ahora, que tienes todo por delante. La tormenta en que estoy involucrado recién comienza, no quiero ver mi nombre en las noticias, mi carrera derrumbarse, ni tus ojos tristes por ello, que intentes protegerme, que sepas mis miedos y conozcas mis cicatrices más profundas. Teresa no sabe nada, y espero que no seas tú quién se lo cuente. Para ella solo soy un hombre más, sin ese asqueroso pasado. Ella me mira y me toca sin saber lo sucia que está mi piel y lo podrida que está mi alma. Déjala quedarse con ese recuerdo.

Amalia, por favor, no te separes de Amaro. Él es bueno, te cuidará como nadie, probablemente se enoje cuando te vea triste luego de esto, pero no lo alejes de ti. Tu risa es hermosa junto a él. Y aunque suene poco

estúpido, me hacía feliz verte a su lado.

Agradece a tus padres por todo, díles que lo siento. Que cuiden de mi pequeña simio y que Elena no se sienta culpable. Hicieron todo lo que pudieron. Estoy seguro de que Ernesto sospechaba esto, por eso se escapaba tanto a visitarme últimamente. No lo culpes a él tampoco. No culpes a nadie más que a mí.

Repítele a mi hermanita que la amo, que si bien daría mi vida por ella, llegó un momento en que mi vida ya no tenía valor alguno. Dile que tenerla fue lo único que me mantuvo vivo por tanto tiempo.

Lo último, es que pidas a Amparo que venda esta casa cuando cumpla sus dieciocho. Estaba esperando a que ella creciera para hacerlo juntos, pero hoy he optado por cumplir tu petición. Ella hoy será tu hermana. No la dejes, te lo ruego. Luego de que vendan la casa, asegúrate de que Reina pueda pagar su operación. Tampoco la dejes, su corazón está igual de dañado, pero ella es mujer, ¿será por eso que es más fuerte?

Y por favor, no me odies, pero esto será lo último que haré, mi última y egoísta decisión. Sé que vendrás aquí, ella te llamará temprano y sabrás que estaré acá, esperándote. El corte está hecho para que sea lento, no te preocupes, no siento dolor, me encargué de eso. Sé que la ambulancia no alcanzará a llegar desde el momento en que me encuentres, por eso espero que me abracés mucho, porque preferiría dejar mi cuerpo en tus brazos. Quiero que sea así, porque necesito asegurarme de escucharte, lo último que quiero oír es tu voz llamándome. Lo siento, sé que es cruel, pero cuando tus labios dejaron de decir mi nombre, mi existencia empezó a consumirse.

Siento vergüenza escribiendo esto, pero necesito hacerlo. Tu Amalia, mi hermosa Amalia, recuerda que te amo, que te amé cada segundo que pasé a tu lado, y que volveré a nacer solo para seguir amándote. Sólo espero que en nuestro próximo encuentro no haya heridas que sanar.

Perdóname por aparecerme en tu vida, pero supongo que era necesario. Sé que alguien cuidará a mi hermana y que siempre habrá flores en mi tumba.

No me odies. No me ames.

Diego»

Amalia se quedó de pie frente a la puerta de urgencias que se cerraba

para ella. Sus ojos empapados ya no le permitían ver con claridad, pero sabía que el último número discado era el de Elena. ¿Por qué había conducido tan despacio?, ¿por qué no había entrado a la habitación de Diego por la noche? Hasta ahora, su única buena decisión, había sido llamar a la policía minutos antes de entrar a la casa. ¿Y si Diego realmente no lo lograba?, ¿y si dejaba este mundo en una camilla fría y no en sus brazos?

De pronto, todo fue volviéndose oscuro, su respiración se agitó demasiado y sus ojos se cerraron. Despertó horas más tarde, con náuseas y sola. Quiso levantarse, pero sus mareos se lo impidieron. Recordó la carta de Diego y se obligó a ponerse de pie.

—Vuelve a la cama, chica. Tu familia viene en camino —ordenó una enfermera al verla incorporarse.

Sintió rápidamente la angustia en su pecho, y un nuevo calmante la devolvió a su cama. *Estrés postraumático*, sentenció el doctor de turno en su ficha clínica.

La familia entró temblando al hospital, aún no se sabía nada de Diego, salvo que estaba librando una batalla en la que deseaba perder. Nadie podía verlo, salvo Ernesto, quien fue reconocido por sus colegas, permitiéndole estar junto a él un breve momento.

—Ernesto, lo sentimos. Ha sido reanimado tres veces. Tenía anticoagulantes en la sangre y no sabemos exactamente cuánto tiempo pasó. Por otro lado, el corte fue hecho con la precisión de un médico, supo hacerlo muy bien y tomó las precauciones necesarias para que no se pudiera interrumpir. A parte de eso, están sus condiciones clínicas, estás al tanto de que eso lo dificulta aún más. De todas formas, estamos dando nuestro mayor esfuerzo, aunque esto depende casi por completo de él. Y creo que sabes cuál es su voluntad.

Elena no parecía querer aceptarlo, y Amparo, devastada, parecía entenderlo todo. Horas más tarde llegaron Reina, Teresa y Amaro. Amalia se integró a ellos cerca de la media noche, aún con calmantes en el cuerpo, y su cuerpo no dejaba de temblar. Cerca de la madrugada, una de las enfermeras informó que los anticoagulantes por fin habían sido eliminados y que ahora solo quedaba esperar.

—Puede pasar un familiar. Les rogamos que la visita sea breve —informó observando al grupo que ocupaba los incómodos asientos. Amalia abrazó a Amparo, y la besó cariñosamente.

—Hazlo volver —murmuró a la pequeña.

—Lo siento, hija. Pero no pueden entrar niños... realmente lo siento —dijo Ernesto, con tono suave, arrodillándose para quedar a la altura de sus ojos.

Todos volvieron su vista a Teresa, lo lógico era que ella entrara. Ella se puso de pie y caminó, deteniéndose frente a la puerta.

—Ella es la novia —murmuró indicando a Amalia—. Ella debe entrar.

Amalia la observó agradecida, con sus ojos cubiertos de lágrimas. Teresa estaba consciente de que nadie más podía traerlo de vuelta, y con dolor, entregó al joven que amaba a su verdadera dueña.

Caminó despacio por la sala de emergencias hasta llegar a la Unidad de Tratamientos Intermedios. Diego estaba allí, pálido y frío, conectado a un monitor. Había una bolsa de sangre y una de suero conectadas a sus brazos, que estaban vendados y amarrados.

—Diego, quiero entenderte, pero mi corazón no puede pensar en este momento. Lo único que deseo es que no te vayas, por favor, te lo ruego, no sueltes mi mano. Si no tuviéramos nada más lo entendería, pero si sientes este amor, quédate a mi lado. Te lo ruego, no sueltes mi mano.

Amalia salió de allí sintiendo que la mitad de su vida quedaba en esa camilla, y la soledad la ahogaba nuevamente. Quería confiar en Diego. Quería tocarlo, abrazarlo, besarlo. Una vez más, solo una vez más necesitaba para que él ya no tuviera dudas.

Nunca debí dejarte. Nuca debí dejarte. Nunca debí dejarte.

Otra nube de calmantes, y su sueño se perdió repitiendo un sinfín de arrepentimientos.

Levantarse, es solo para valientes.

Teresa y Amaro estaban de pie, aislados por completo de lo que allí ocurría. Ella observaba con admiración a Amalia, quien cansada y destruida, se ponía de pie de un salto cada vez que la puerta se abría. La policía la había interrogado ya tres veces sobre lo que había ocurrido, y con mucha discreción respondía sus preguntas, intentando que la pequeña Amparo no escuchara nada, y por cierto, que ellos tampoco lo hicieran. Nadie respondía sus dudas, comprendiendo que para todos ellos, nunca había sido más que la estrategia de Diego de zafarse de Amalia. ¿Por qué? No lo sabía.

Por su parte, Amaro estaba confundido. Sabía que había entrado al juego como reemplazo de Diego, pero no imaginaba que la relación que ella mantenía con él fuera tan fuerte. Amalia parecía dejar en cada paso que daba un pedacito de su alma, desmoronándose poco a poco. Su padre iba de un lado a otro y la observaba con angustia, casi esperando el momento en que no pudiera más. Amparo se subía a sus brazos cada vez que volvía a sentarse y Elena no dejaba de besarla. Parecía una viuda despidiendo a su esposo. Y él no sabía cómo actuar. Ella era su novia ahora, ¿esto corría como un engaño?, ¿una infidelidad?, ¿debía estar enojado?, ¿cómo podía estarlo?, él solo debía dar un paso al lado, sabiendo que jamás podría competir con ese amor. Se acercaba despacio, le arreglaba el cabello, secaba sus lágrimas, besaba sus ojos, pero ella solo devolvía miradas de perdón. Estaba arrodillado frente a ella, acariciando sus manos, cuando el doctor encargado apareció frente a todos.

—Bien, Diego ha salido de peligro —dijo con tranquilidad. Al mismo tiempo, Amalia caía rendida en brazos de Amaro—. Necesitamos trasladarlo a la unidad de cuidados medios, en psiquiatría, pero antes, debemos hablar con la persona que será su responsable. Diego ya es mayor de edad, por lo tanto no tiene tutores legales y su única familia directa es Amparo.

—Seré yo —respondió Ernesto, comenzando a caminar junto a él.

Amalia sintió por fin que respiraba, que su corazón volvía a latir en su pecho mientras el cansancio se apoderaba de ella. Ernesto firmaba el compromiso de tutoría y dos personas comprendían que su papel allí había terminado.

—Lo siento tanto, lo siento tanto... —repetía Amalia abrazada a Amaro.

Ella lo quería, mucho, más de los que habría imaginado tal vez, pero no era Diego. Y siempre estaría él primero.

—Bien, bien... —respondía, acariciando su cabello—. Descuida. No me iré todavía, luego me pides perdón.

Teresa no lograba comprender la forma en que él aceptaba todo, ¿solo ella estaba dolida? Además de preocupada, claro. Ernesto volvió casi una hora después, y mientras ella se preparaba para partir sintiendo que nada más la retenía ahí, él la detuvo.

—Teresa, espera, por favor no te vayas —dijo tomándola por los hombros—. Diego está despertando y pregunta por ti.

Las dos jóvenes sintieron su pecho arder. Él había escrito que amaba a una, pero en una situación así requería de la otra. A veces, todo parecía un feo juego.

—Antes de que lo veas, debemos hablar. Realmente siento tener que decir esto yo, pero creo que mereces saberlo —Amalia interrumpió tomando el brazo de su padre, él respondió con una mirada tranquilizadora y continuó—. Diego perdió a su madre siendo un chico, su vida no ha sido fácil desde ese entonces. Ella también lo intentó —suicidarse—, pero con éxito, por desgracia. Él quedó a cargo de su propia vida a los quince años, y está con nosotros solo hace unos 4. Los doctores temen que esto sea endógeno, aunque ellos prefieren no ocupar ese término. Diego había intentado suicidarse en otra ocasión, y en este país, atentar contra tu propia vida es ilegal, aunque suene extraño, y él es reincidente. Se quedará aquí hasta que su cuerpo se recupere, está muy, muy débil. Luego será internado unos meses en una clínica para su rehabilitación. Volverá a casa solo cuando esté libre de peligro. Este año, no volverá a la facultad.

«Él dejó una carta, y nos ha rogado que no te contemos más detalles. Nosotros te rogamos a ti, Teresa, que no le hagas más preguntas. Por lo menos no ahora. Dale tiempo, aún no está del todo consiente de lo que ha pasado. Sé que desearías leer la nota, pero no podemos permitirlo. Diego es un hijo para mí, además de un viejo paciente, y su privacidad en este momento, es vital. Amalia, tú también, tienes que controlarte. Él no puede verte así.

«Diego tiene el papel protagónico en su propia historia, pero todos nosotros podemos ayudarlo a volver a su camino. Amparo, hija, tienes que

ser muy valiente, esto no tiene que ver contigo. Tu hermano está enfermo, eso es esto, una enfermedad más que puede ser curada, y el tratamiento es el más barato del mundo. Tu hermano solo necesita millones de besos y abrazos, que le repitas una y otra vez, hasta el cansancio, lo importante que es él para ti, para todos».

Todos escucharon en silencio. Teresa caminó junto a Ernesto hasta donde estaba Diego, sintiendo el nudo en el estómago y el deseo incontrolable de caer a sus brazos. ¿Podía verse más hermoso de lo que era en un momento así? Aparentemente dormía, estaba tan pálido que asustaba, sus pestañas, su pelo y sus cejas tan negras que parecían un dibujo. Tan perfecto. Tan débil. Llevaba varios minutos llorando junto a la puerta cuando notó que estaba sola.

Besó su frente y acarició su pelo. Él no despertó. Volvió a besarlo y miró sus brazos.

—Lo siento —murmuró él.

Y Teresa se derrumbó junto a la cama.

Salió de allí sin hablarle, solo lo besó, una y otra vez, porque sabía que sería su última oportunidad. Amalia esperaba afuera, al verla salir llorando, se metió a la habitación sin pedir permiso a nadie. Y sucedió lo mismo. El cuerpo delgado de Diego parecía una preciosa obra de arte. Lo observó maravillada y triste, pero no entró. Solo escuchó el débil sollozo de Diego de espaldas junto a la puerta. ¿Se lamentaría por Teresa?, ¿o por estar vivo aún?

Amaro partió por la tarde, prometiendo llamar al siguiente día. Pero eso no sucedió. No sucedió nunca más. Amalia durmió junto a Amparo y Reina, las tres, muy juntas en una cama pequeña. Elena pasó la noche junto a su hijo y Ernesto pedía sus vacaciones por adelantado.

Por la mañana, la pequeña podría por fin ver a su hermano. Entró acompañada de su madre, pero cuando estuvo junto a él, como una adulta, pidió que los dejaran solos. Ella fue la única que no lloró. Se metió a escondidas en su cama y lo abrazó, hasta que los brazos de Diego comenzaron a doler.

—Lo siento —se disculpó.

—Tonta, creo que el dolor es culpa mía —bromeó él.

—¿Ya no quieres vivir? —preguntó Amparo, y aunque a él no le

sorprendió su agudeza, no pudo responder—. Yo quiero que vivas. Si mueres ya no estarás conmigo. Y después te olvidaré, como olvidé a mamá, y yo no quiero olvidarte. Quiero que juegues conmigo como todos los días, y que mires a Amalia cuando nadie te ve, y que te cases con ella, y que ella te haga feliz. ¿Yo no te hago feliz?, ¿hice algo malo?, ¿es por qué extrañas a mamá?

Diego abrazó a la pequeña aunque sus muñecas dolían. Hundió su cabeza en su menudo cuerpo y deseó estar así para siempre.

—No lo hagas más, todos están llorando mucho. Mamá Elena quiere entrar, tal vez deba irme ya.

—Amparito, ¿sabes que te adoro?

—Si —contestó ella, dibujando la misma sonrisa que su hermano tenía en sus labios.

—Te quiero más que a Amalia.

—Shhhhhhhhh. ¡Silencio! Ese tiene que ser nuestro secreto. Si ella se entera, llorará más y más y más. Nunca se acaban sus lágrimas. ¿Cómo puede llorar tanto?

Cuando la pequeña terminó de hablar, las lágrimas volvían a salir de sus ojos.

—¡Uy! Ustedes dos son iguales —gruñó.

Lo abrazó, lo besó, se recostó otra vez junto a él, volvió a abrazarlo, a besarlo y se despidió.

—¡Vuelve pronto a casa! —gritó desde la puerta.

¿Cuándo había crecido tanto? Por alejarse de Amalia, se había alejado también de la pequeña. Había olvidado el enorme poder de esa niña, el poder de levantarlo del suelo y hacerlo sentir un gran hombre.

La siguiente en entrar fue Elena, y su estadía se limitó a besos, abrazos, más besos, más abrazos. *Un tarrito de miel solo puede derramar miel*, pensaba ella, y continuaba abrazándolo. Al cabo de unas horas, su teléfono comenzó a sonar.

—Bien, Amalia ya llegó. Está desesperada por verte —dijo Elena entusiasmada, pero el rostro de Diego palideció, aún más—. ¿Estás bien? —preguntó ella, volviendo a sentarse junto a él.

—No quiero verla.

—Diego, pero...

—No quiero verla.

—Hijo, ella ha estado preocupada todos estos días. Déjala comprobar que estas bien.

—No quiero verla... —murmuró, finalmente. Elena salió de allí con la difícil misión de explicar esto a su hija.

—Es una broma, ¿cierto? —sonrió ella, sorprendida. Pero el rostro de su madre estaba serio—. ¿Me estas jodiendo? —repitió, y la respuesta de su madre esta vez fue definitiva.

—Él no quiere verte aún.

Amalia se descontroló y se abalanzó sobre la puerta, intentando volver a colarse como el día anterior

—¿Estas bromeando, Diego? ¡Leí toda la maldita carta! ¡Toda! —gritó mientras era sujetada por uno de los guardias—. ¡No, maldición! ¡Suéltenme! ¡¿Diego?! ¡¿Diego?! ¡¿Seguirás alejándote de mí?!

Los guardias lograron sacarla y Amalia no consiguió verlo.

—Maldito cobarde... —murmuró alejándose de allí.

Pero no volvió a casa. Estuvo en el hospital cada día, hasta que Diego fue trasladado a rehabilitación en una clínica de la capital. Antes de ingresar, le permitieron hablar por teléfono, pero un mensaje fue suficiente para él.

No aún. Pero lo haré. Y esta vez, si te pediré que me esperes. Te lo ruego. Solo un poco más.

Amalia lo observó desde el auto de su padre. Perfecto, débil. Así era Diego. Aunque su aspecto mostrara lo contrario.

Mil años. Solo mil años esperaré. ¿Cuántas vidas serán? Escribió. Pero no envió el mensaje.

—Estaré donde siempre —murmuró.

Y él podría jurar que escuchó su voz susurrándole al oído.

Diego, habría preferido jamás conocer a Amalia, esa pureza no combinaba con él.

Sus manos jamás la tocarían, aunque tal vez podría hacerlo, solo un poco. Solo para sentir su piel.

Pero no la pondría en riesgo, jamás.

Pero podría, quizás, ¿besarla?, pensó.

—Soy Diego —dijo al grupo—. Estoy aquí porque intenté suicidarme dos veces. Quiero salir pronto. Tengo muchas explicaciones que dar. Tengo una hermana a la que ver crecer y una familia que espera por mí. Tengo una carrera que seguir, y una hermosa mujer que no debería amar.

Una pesada consecuencia para una triste historia.

—Realmente, no sé si es bueno o malo que Diego esté pasando este hermoso verano en esa horrible clínica —dijo Amalia, cubriendo sus ojos mientras observaba el fuerte sol que resplandecía sobre el lago.

—Claro que es bueno, ridícula. El sol es el mejor antidepresivo. Debe estar todo misterioso coqueteando con alguna sexy doctora, porque vamos, él sabe que sus ojos brillan en días así —bromeó Reina.

—Maldición, como lo extraño...

Las chicas estaban prontas a volver a su vida académica, listas para comenzar su tercer año universitario. Su departamento las esperaba impaciente, sobre todo porque allí habían trasladado las cosas de Diego por el tiempo que él estuviera fuera de la facultad. Si Amalia no lo podía ver, al menos sabía que en algún momento regresaría por sus cosas. Y como deseaba que ella estuviera entre ellas. Las letras aun rondaban su cabeza cada vez que lo recordaba: *“recuerda que te amo, que te amé cada segundo que pasé a tu lado, y que volveré a nacer solo para seguir amándote”*.

—Espero que no haya cambiado de opinión —murmuró—. Si me detengo a pensar que podría no estar...

—¿Por qué piensas en eso? Está haciendo su mayor esfuerzo, es casi una falta de respeto. Confía un poco más en él. Además, Elena sigue sus pasos y está al pendiente de todo.

A Amalia aún le costaba un poco dormir por las noches. El cuerpo frío de Diego y la horrible escena de su casa venían una y otra vez a sus sueños, por lo que recibía una terapia una vez a la semana en su casa. Amparo aprovechaba esa misma visita para hablar con la psicóloga, aunque ella no entendía los porque, mantenía un apoyo incondicional a su hermano. Tal vez era la única que no dudaba de él.

Elena ya estaba ubicada en el departamento de las chicas. Se quedaría allí cuanto fuera necesario, supervisando por completo el tratamiento que se administraba a su hijo y visitándolo cada día. Los fines de semana, igual que en una prisión, sus familiares y amigos podían ingresar a verlo. Ya todos lo habían hecho, excepto Amalia. Las puertas aún no se abrían para ella.

Todo indicaba que Diego avanzaba. Debido a su salud, su participación

en el juicio a quienes estaban vinculados al *Café Delusion* estaba suspendida y todo tipo de estrés adicional estaba completamente prohibido.

Marzo llegó y las clases comenzaron. Las chicas emprendieron sus prácticas en la escuela, y el primer mensaje de Diego vino de la mano de Reina.

Amalia, desearía estar allí para verte disfrazada de profesora. ¿Qué le enseñarás a esos pobres niños? Mucha suerte con eso. Acá todo está bien, al parecer, solo faltarían unos meses y recuperaré mi libertad. Eso sí, seguiré con reclusión domiciliaria. Elena no saca sus ojos de mí. A veces, me asusta. Es una broma.

Nos vemos pronto.

Diego

Y eso le bastó a Amalia para ser feliz.

Por desgracia, la libertad no llegó tan pronto para Diego.

—¿Es una broma? ¿No saldrá ni para su cumpleaños? ¡Lleva siete meses allí! —gruñía Amalia en el teléfono.

El tratamiento estaba bien, Diego había dejado los medicamentos, pero necesitaban asegurarse de que su estado anímico estuviera estable. Por otro lado, el juicio parecía ir rápido, y muchos nombres de personas involucradas salían indiscretamente en los medios de comunicación. Aunque él mantenía una orden expresa de anonimato, nada aseguraba que la prensa lo respetaría, por lo tanto, debía estar preparado para una eventual exposición. Esa era la mayor preocupación de todos. Y en función de su seguridad, su estadía en la clínica se había extendido.

—¿No viene? —preguntó Reina entrando en la habitación contigua.

Amalia solo negó con la cabeza. Todos estaban ilusionados con verlo y celebrar su cumpleaños en familia. Las reservaciones incluso estaban hechas en el restaurant familiar, pero nadie las disfrutaría. Al menos no por ese día.

—Lo siento, bella —murmuró, acariciando la cabeza de su amiga—. Saldré un momento, volveré con dos kilos de helado para nosotras.

Amalia se tumbó sobre su cama, miró el reloj que marcaba las 14.35, y cubrió sus ojos. Minutos más tarde, Reina volvía con el helado. Sonó el timbre, 14.53, se levantó para abrir.

Reina tiene llaves, pensó.

—Hola, yo... traje el helado.

Amalia se quedó de pie con la manilla de la puerta aún en sus manos. Diego estaba de pie frente a ella, con un enorme balde de helado en sus manos. Y ninguno fue capaz de seguir hablando.

—Bien, lo siento. No estoy preparado para esto —dijo dándose la vuelta y escapando, como acostumbraba hacerlo.

Pero esta vez, los brazos de Amalia lo detuvieron, hundiendo el rostro en su espalda, sintiendo cada latido de aquel corazón imposible de identificar. ¿Siempre había sido tan delgado? Sus brazos lo rodeaban por completo.

—No puedes irte —murmuró—. Mi puerta se acaba de cerrar detrás de mí, y no tengo llaves. Tienes que ayudarme a entrar...

Y no bromeaba. Diego dejó escapar su risa suave y se volteó para abrazarla, tan fuerte y amable como pudo, acariciando su largo cabello. Ella solo pudo comenzar a llorar.

—Estoy aquí, Amalia, no llores. Y estoy bien —repetía con dulzura.

Pero tenía muchas lágrimas que derramar. Diego abrió la puerta y ella volvió a sus brazos. Estuvo así por dos horas.

—Oye, me dejaste lleno de tus mocos —dijo cuándo Amalia se detuvo.

Ella devolvió una sonrisa burlona y caminó por el pasillo hasta su habitación, en busca de pañuelos. Él la siguió sin pensarlo, dejó su chaqueta negra en un sillón y avanzó quitándose su sudadera azul. En su alcoba, Amalia seguía a punto de llorar.

—Lo siento, lo siento, ya me detengo. Es solo que te he extrañado demasiado...

Diego sonrió como nunca lo había visto, y solo ahí, su corazón comenzó a calmarse. Amalia se apoyó sobre su escritorio y él sobre su cama. Era evidente lo que seguiría en esa escena, y casi como en un intento por evitarlo, la seriedad volvió al rostro de Diego.

—Creo que tenemos que hablar.

—¿Tiene que ser ahora?

—Hay un problema. Bueno, ojalá fuera solo uno. De todos los problemas que tengo, hay dos que...

Amalia no le permitió continuar. Sus besos inundaron su rostro y de pronto se encontraron recuperando el tiempo perdido, tomando del otro cada beso, cada abrazo y cada caricia mal entregada. Ambos deseaban tener lo que siempre les había pertenecido el uno del otro. Fue Diego quien intentó detener todo antes de que fuera demasiado tarde.

—Amalia, Amalia, Amalia, tienes que escucharme... —murmuró tomando el aire que le pertenecía a ella. Se detuvo, la apartó con delicadeza y tomó su rostro con sus manos—. Tienes que escucharme. No quiero hablar de mi historia, es horrible y ya lo sabes casi todo... no sabes cuánto te agradezco intentar ignorarla, pero ese horrible pasado, me perseguirá toda la vida.

—No me importa.

—Te importará —dijo con tono serio.

Amalia se incorporó y arregló su ropa para sentarse frente a él. Ambos arrodillados sobre su cama, con la respiración aún agitada, se observaron. Los ojos de Diego nuevamente pedían perdón, pero una suave mano sobre su rostro lo alentó a continuar.

—Hay dos cosas que son de verdad importantes, una la estoy tratando, y luego de esto, puedo ver que he avanzado —sonrió—, y la otra, es la peor noticia que puedas recibir.

—La peor noticia que pude recibir, fue escuchar de un médico que era probable que te perdiera para siempre. Nada será más grave que eso.

—Lo siento Amalia —bajó su mirada, intentando tomar valor y continuó —, pero no soy el mejor hombre para ti, y no me interrumpas, solo escúchame. El tratamiento ha sido muy efectivo, en serio. Me siento mucho mejor, incluso tengo el valor de sentarme frente a ti y contarte esto, que es asquerosamente vergonzoso. Desde aquella noche, en tu cumpleaños, en la antigua casa... mi cuerpo, no... Dios que vergüenza.

—Dilo rápido para que no duela —Amalia tomó sus manos y besó sus dedos para alentarle a continuar.

—Mi cuerpo no funciona bien, y me refiero a que... como hombre no funciona. Lo siento de verdad, que vergüenza —dijo cubriendo su rostro y tumbándose sobre la cama—. Estoy trabajando en ello, de hecho creo que he mejorado un poco pero...

—¿Qué quieres decir?

Ella se acomodó junto a él apoyándose sobre uno de sus hombros, deslizando una de sus manos desde su pecho hasta su abdomen.

—Tú... ¿no puedes?

—No.

—¿Nada?

—No lo sé. Dios ¿cómo lo sabría?

—¿Cómo podrías no saberlo? ¿qué hay con Teresa?, ella estaba en tu cama, sin ropa y luego prácticamente vivías con ella.

—Teresa está segura de que me estoy conservando para el matrimonio.

Y en ese momento, Amalia no pudo contener su risa.

—No es chistoso —regañó él, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Claro que no lo es, solo lo siento por ella. Pero estoy feliz, porque te estas guardando para mí. Porque, déjame decirte, que noté que algo en ti está volviendo a funcionar —murmuró, bajando aún más su mano.

Diego se sonrojó y Amalia se puso sobre él.

—También me di cuenta... —murmuró llevándola a su pecho—. Pero eso no va a suceder.

—¿Por qué? ¿En serio quieres esperar al matrimonio? Diego, yo ya no soy virgen, da lo mismo.

—Tú, ¡¿qué?! ¡¿Amaro y tú?!

—Tenía veinte años, ¿qué esperabas?

—¿Amaro y tú? Vaya... aunque era obvio, es doloroso confirmarlo.

—Pero tú serás el último —bromeó, coquetamente.

—No Amalia. Jamás te pondría en riesgo.

Diego sonó tan serio, que un escalofrío recorrió la espalda de ambos.

—¿En riesgo de qué? ¿De un embarazo no deseado? Vamos, se cuidarme muy bien.

—Tu vida es lo más importante para mí —y todo se volvió confuso para Amalia.

—No estoy entendiendo.

—Estoy enfermo. El Dr. Henz me contagió. A mí y a muchos otros.

El rostro de Diego, tras pronunciar esas palabras, volvía a ser el de antes, sombrío y triste.

—¿De qué hablas?

—En realidad no estoy enfermo aún. Incluso podría no estarlo nunca. Pero puedo contagiarte y jamás me lo perdonaría.

—Diego no entiendo.

—Lo siento Amalia. Es por eso que no puedo estar contigo.

Cuatro letras se dibujaron en los labios de Diego, y ella lo abrazó en esa misma cama, vestidos por completo, hasta la mañana siguiente.

Vidas salvadas y vidas recuperadas.

Diego ya estaba despierto cuando escuchó la vibración de su teléfono. Se deslizó escapando con suavidad de los brazos de Amalia para atender el llamado que había estado esperando.

—¿Y Amalia?

—Está dormida aún.

—¿Se lo dijiste?

—Por supuesto.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Ya te dije antes que jamás la pondría en riesgo.

—Sí, lo sé, confío en ti. No confío en ella.

—Pero es tu hija.

—Por lo mismo. Bien, pasaremos por ustedes a las dos, Amparo y Elena están ansiosas.

Diego colgó y miró su reloj. Todavía era temprano y tenía tiempo a solas con Amalia antes de que todos estuvieran allí y su burbuja explotara. Preparó el desayuno intentando ignorar la sensación de recién casado atendiendo a su amada esposa.

Salió en silencio en busca cosas deliciosas para su bella durmiente, pero cuando estuvo de vuelta, su sonrisa comenzó a desvanecerse. Esa había sido la primera vez que había dicho en voz alta esa palabra que solo tenía malos augurios en ella.

Cuando supo que había sido contagiado, estaba junto a Ernesto. Todo parecía mentira en ese momento por lo que la reacción no fue más que incredulidad. Cuando Ernesto se lo dijo a Elena, sintió la angustia del diagnóstico por primera vez. Ella lo abrazaba con fuerza y repetía, para convencerse a sí misma más que a él, que estaría bien.

—No pasará nada, las personas ya no mueren de SIDA. Estarás bien, solo debes ser cuidadoso. Gracias a Dios estás con nosotros, podemos entregarte el mejor tratamiento y todo estará bien. Todo estará bien. Todo estará bien. Tendrás una vida normal, incluso podrás tener hijos. Todo estará bien, todo estará bien...

Diego sabía que Elena había llorado hasta el cansancio aquella noche. Al igual que Reina cuando se enteró. Ella apareció una tarde frente a su puerta, de vuelta de una de las citas a declarar.

—¿Por qué no me dijiste? —había dicho antes de abrazarlo y llorar una tarde entera.

Y esa era una respuesta esperable. Aunque no presentara jamás los síntomas, el riesgo siempre estaba. Su sistema inmune siempre estaría trabajando al límite, eso lo sabía muy bien. Por lo mismo, la reacción de Amalia lo desconcertaba. Ella no había derramado ninguna lágrima, no se había sorprendido, no se había espantado. Solo lo miró, le dijo que lo amaba y se acostó junto a él.

Terminó de preparar el café y dejó un hermoso girasol de chocolate en el platillo de Amalia. Se miró en el espejo antes de entrar a despertarla, pero la encontró vestida y ensimismada en su computador.

—¿Hace cuánto despertaste? —preguntó.

Amalia lo observó y corrió a sus brazos. Él no alcanzó a separarse de ella, o tal vez no quiso hacerlo aún, y solo respondió a sus besos.

—Todo estará bien —dijo ella, a modo de saludo—. Me refiero a que si te cuidas, y yo te cuido y me cuido, no habrá problemas. Incluso podríamos tener hijos. Acabo de llamar a una organización que trabaja con personas con SIDA, los veremos el lunes, ellos nos...

—Amalia, detente un momento, ¿no vas a preguntarme que pienso? —dijo apartándose de ella.

—Acabas de besarme y repetiste toda la noche que me amabas, supongo que pensamos lo mismo.

—No. No es así. No voy a arriesgarte.

—Quiero correr el riesgo.

—No puedes tomar esa decisión sola.

—Tú tomas todas las decisiones solo. Decidiste dejarnos sin preguntar a nadie. ¿Qué me asegura que no lo volverás a hacer? Diego, absolutamente nada en el mundo es peor a perderte. No importa cuanto lo intentes, no te alejarás esta vez.

Diego sintió que era imposible amarla más. Se veía sereno, pero por

dentro estaba aterrado. Y no solo por saber que su vida podría acabar mucho antes de lo que él quisiera, eran el miedo a contagiar a Amalia y el miedo al rechazo los que atormentaban más. Se acercó y la envolvió en sus brazos. Ya no había forma de expresar lo que sentía.

—No dormiré contigo.

—No ahora, si no estás listo. Pero en algún momento lo harás. Lo *haremos*.

El rubor subió al rostro de él, quien besó la cabeza de Amalia y se dispuso a salir.

—Tu padre no lo aceptará. Ven a tomar desayuno, vendrán a buscarnos pronto.

—No le preguntó a él antes de acostarme con un chico —contestó ella, molesta.

Diego se volteó con ojos de asombro y su boca abierta por la impresión.

—¿Con cuántos te has acostado?

—Solo con uno, pero quería sonar *cool* —bromeó ella, colgándose una vez más de su cuello.

A Amalia parecía no importarle la nueva condición de Diego, por lo que pasaron la mañana tan juntos que habrían enfermado a cualquier diabético con tanta dulzura. Pasadas las dos de la tarde, la familia estaba tocando la puerta. Amparo se colgó de los brazos de su hermano y Elena se acercaba sigilosa a su hija.

—Me lo tienes que contar todo —murmuró.

Almorzaron juntos, sus risas inundaban cada espacio en ese pequeño departamento y todos notaron que allí había una nueva pareja, y aunque nadie preguntó, Diego quiso anunciarlo.

—Ernesto, Elena... Amalia y yo...

—No estoy de acuerdo —interrumpió Ernesto.

Y ante eso, no había nada que decir. Su miedo era totalmente comprensible.

—Sé que no les importará lo que piense y que seguirán adelante, pero no lo acepto.

Se levantó de la mesa y caminó hasta la cocina. Elena quiso seguirlo, pero Amalia no se lo permitió. Ellos ya no eran niños, su padre tendría que escuchar sus argumentos.

—¿Estás enojado con nosotros? —dijo asomando su cabeza hacia la cocina. Ernesto se volteó y le hizo un gesto para que se acercara.

—Perdí a mi esposa y a mi pequeña hija, no quiero perderte a ti también.

—No vas a hacerlo. ¿Eso dices a tus pacientes? *Señor, tiene SIDA, todo está perdido, mátese.*

—Claro que no, pero tú eres mi hija, no mi paciente.

—Diego lo es.

—Pero debería buscar otra mujer a quien amar... ¿por qué tenías que ser tú?

—Si mamá no te hubiera escogido a ti, no habrías sufrido su pérdida, ni la de Lía. Y no tendrías esta conversación, ¿crees que esas lágrimas no valieron la pena?

—Ven aquí —murmuró para abrazarla—. ¿Cuándo creciste tanto?

—Cuando conocí a Diego.

Volvieron a la mesa y una palmada en el hombro de su aceptado yerno relajó la tensión del momento. Cerca de las seis de la tarde se prepararon para salir. Diego volvía a casa hasta que el próximo año académico empezara. Amalia lo abrazaba prometiendo que viajaría cada fin de semana a visitarlo y en el momento en que Amparo subió al auto, Ernesto se ubicó frente a ellos.

—Usen siempre el maldito condón. Amalia, este es el doctor de cabecera que trata a Diego —dijo entregándole una tarjeta de visita—. Sé que no hablarás conmigo de todo, pero por favor, hazlo con él. Hay un tratamiento preventivo para personas en riesgo de exposición, él tiene toda la información que necesitas.

Ernesto volvió al auto y Diego recibió un último beso, hasta el fin de semana que seguía. Amalia tomó su teléfono para encontrar a Reina. Estaba feliz como nunca, pero el miedo podía salir libremente ahora que estaba sola.

—Reina, ¿qué nos va a pasar? —preguntó entre lágrimas.

Reina la abrazó y durmieron juntas, como cada vez que algo terrible sucedía.

Luego de la visita al doctor especialista en VIH, Amalia volvió más alegre y confiada. Y con dos bolsas llenas de condones. Una quedó en su departamento, y otra la llevó a casa. Diego la recibió tan sonrojado, que ella podría haber jurado que era virgen. Y aunque se encargó de recalcar que *NADA* sucedería, nadie podría detener la guerra que Elena y Amparo estaban preparando.

—Amalia, lo siento... ayer dormí en tu cama, y la mojé —dijo Amparo con voz triste.

—Amparo, tú ya no mojas la cama. Tienes casi 11 años —respondió ella sorprendida.

—¡No me critiques! —gritó la pequeña encerrándose en su habitación—. ¡No te dejaré dormir conmigo! ¡Tendrás que dormir con mi hermano!

Amalia se quedó de pie frente a su puerta, algo hizo clic en su cabeza, y se volvió con rostro psicópata hacia Diego.

—Ya escuchaste. Tendrás que compartir habitación.

Él la observó casi con espanto. Nunca habría imaginado de lo que era capaz su pequeña hermana.

Así pasaron cada fin de semana, inventando excusas para que los jóvenes pudieran estar juntos. Un día hubo una gotera, una plaga de hormigas, ratones, hongos, amiguitas de Amparo que venían a pasar la noche, una ventana rota... Para el cumpleaños de Amalia, ya no había nada que inventar, pero sin que algo los obligara, volvieron a la que era ya una habitación doble, en la que ella dormía en la cama y él, sagradamente, en el suelo.

Marzo llegó, y Diego volvía a la universidad. Sus cosas eran reorganizadas en el departamento de las chicas con una alegría casi ridícula. Todo estaba en orden, salvo un pequeño detalle.

—Lo siento mucho, es que tu cama se rompió cuando la movimos, tendrás que compartirla con Amalia.

Reina reía haciéndose cómplice del malévolo plan. Él devolvió una

mirada de odio, como si aquello fuera un pesado castigo.

Por casi un mes, la rutina *ella en la cama, él en el suelo* se instaló en esa habitación. Hasta que uno de ellos, finalmente cedió.

—Ya no quiero dormir en el suelo —reclamó Diego durante una de sus cenas. Amalia dejó escapar una sonrisa triunfante, pero él se apresuró en aclarar que aquello no significaba nada—. Todo seguirá igual. Tan sólo compartiremos una cama.

Aunque para ella, era un enorme avance. Amalia no tardó en comenzar a desvestirse frente a él, pero jamás traspasó la línea que Diego había marcado. No arruinaría ese paraíso en el que vivía, disfrutando de los besos, abrazos y caricias que había deseado por tanto tiempo.

El idilio se desplomó un día de invierno. Amalia encendió su celular luego de una de sus pasantías, su corazón se detuvo un momento al ver las 53 llamadas perdidas en su teléfono. Reina, Elena, su padre, Amparo. ¿Qué sucedía? Un mensaje de su amiga la haría recordar sus más grandes miedos.

Diego te necesita. Está bien, no te preocupes. Pero te necesita. Ven pronto.

Y ella corrió. Llegó sin aire, Reina la esperaba de pie junto a la puerta.

—¿Qué le pasó? ¿Está bien? ¿Lo hizo de nuevo?

—Amalia, el caso ya se cerró. Temprano en la mañana los declararon culpables a todos. Estarán por lo menos 10 años en prisión. El Dr. Henz fue enviado a una cárcel de alta seguridad, contagió a 9 personas, es casi un asesino en serie. O lo fue. Se acaba de quitar la vida.

—Eso... ¿es bueno o malo?

—Me habría encantado verlo pagar cada maldito día de su vida, pero por lo menos, sabemos que nunca volverá por Diego.

—¿Y él cómo está?

—Mal. Dieron los nombres de las personas involucradas en televisión.

—Dios. Dios. Dios.

—Él no fue nombrado, Amalia. Su familia volvió a pagar para que no lo incluyeran. Un hermano de su padre, un político asqueroso, te juro Amalia que lo vi en ese maldito café. Él llamó diciendo que se avergonzaban tanto de Diego, que preferían pagar lo que fuera para que no lo relacionaran jamás con

ellos, y mucho menos con algo así. No escuché del todo lo que dijo, pero su rostro se apagó por completo. No ha salido de su habitación desde la mañana. Su puerta está abierta, lo observo cada cinco minutos, pero ya no sé qué hacer, estoy aterrada. Él lo volverá a hacer. Tienes que ayudarlo.

Amalia no necesitó escuchar más. En segundos estuvo junto a Diego, violando todas sus reglas. Se acostó junto a su lado, lo abrazó, besó su cabello y repitió hasta que él se durmió lo mucho que le amaba. Diego no reaccionó a ninguna de sus palabras. Amalia cuidó su sueño, y temprano en la mañana buscó su rostro para hablar.

—¿Cómo estás? —murmuró, pero él no tenía ánimo de responder—. No iré a la escuela, me quedaré contigo.

—Debes ir. Estoy bien.

—¿Solo me respondes porque amenazo con faltar?

—Amalia, no haré nada. Puedes dejar a Reina de guardia. Ve tranquila.

—¿Vas a comer?

—Voy a comer.

—¿Vas a levantarte?

—Lo haré.

—Bien. Pero Reina no se despegará de ti.

—Nunca lo hace.

—Bien. Me voy. Te amo.

Diego no respondió y Amalia no recibió su *te amo* esa tarde.

Al volver, Reina no estaba en casa y Diego dormía profundamente. Se acercó para cerciorarse de que estuviera bien, y al comprobar que respiraba con normalidad, se alejó con suavidad de la cama, pero los delgados brazos de Diego la retuvieron.

—Quédate conmigo —murmuró, empujándola hacia él.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, buscando sus ojos.

Pero no obtuvo respuesta. Al cabo de unos minutos, la grave y tímida voz de Diego le pedía que se volteara.

—No quiero que me mires —murmuró, abrazándola por la espalda y escondiendo su rostro en el largo cabello de Amalia—. Cuando mi padre

enfermó, uno de sus hermanos nos visitaba mes a mes para asegurarse de que no nos faltara nada. Era un hombre amable, no tenía ninguna muestra de afecto hacia nosotros, aunque éramos sus sobrinos, pero nos trataba bien. Un día, solo un día, otro de sus hermanos tomó su lugar. Tenía trece años y fue la primera vez que sentí la mirada enferma de un adulto. No dejó de observarme, y comenzó a visitarnos cada vez más seguido. Una vez que mi madre murió, me ofreció trabajar en el café. No sabía muy bien a lo que iba. Tenía quince años recién cumplidos, me preguntó si deseaba hacerme hombre y que me pagaría muy bien. Acepté, y esa noche mi vida se volvió oscura. Desearía poder olvidarla, pero esa mujer, esa horrible mujer, estará siempre en mis recuerdos, aunque jamás volví a verla. Regresé a casa con doscientos dólares en mi bolsillo, y sintiéndome un hombre muy sucio. Pero un hombre al fin y al cabo. A veces creo que mi abuela se dio cuenta de todo y que por lo mismo nos dejó. En unos meses me quitaron a Amparo, y todo en mí perdió valor.

«Comencé a trabajar de viernes a domingo en un privado para mujeres, en el segundo piso del café. Ya no me importaba quien me tocaba, con quien dormía o quién pagara. Por esos días conocí a Reina, ambos teníamos dieciséis, me lo presentaron como Aníbal y teníamos el mismo turno, aunque él iba al privado de hombres. Al salir, clientes ebrios siempre estaban sobrepasándose con él, por lo que defenderlo y cuidarlo se volvió mi costumbre. Fue en otoño cuando me enteré que él no tenía hogar al que volver, que vagaba días enteros o pagaba insalubres piezas para dormir. No tardé en invitarlo a vivir conmigo, así supe que él se sentía una mujer y que le agradaba que la llamaran por su apodo de burdel, Reina. El día que Don Alberto se enteró de que vivíamos juntos, arrojó un “comienza a practicar, podrías ganar mucho más”. Pensé que se refería a mi trabajo como camarero, y no dudé en responder que había practicado lo suficiente cuando me lo preguntó. Esa tarde me hicieron pasar al privado de varones, me pagaron el doble... y vomité toda la noche. Estaba asqueado de mí mismo. Desde aquel día, cada despertar se hizo más difícil.

«Solo fueron unos meses hasta que conocí al Dr. Henz. Me dijeron que pagaría cuatro veces más, que no me preocupara, que no sería todo el tiempo, pero que era libre de elegir. No entendí a qué se referían, hasta que sentí sus enormes manos sobre mi cuello. Él me hacía daño, dejaba marcas en mis brazos, y cada vez que me solicitó, asistí temblando. Pero volvía con más de

quinientos dólares a casa, los que ganaba en una sola noche. De pronto, alguien lo vio entrar a mi hogar y el rumor se extendió por ese maldito pueblo. Samuel quiso matarme a golpes y se lo habría agradecido en ese momento. En ese tiempo, no solo despertar era difícil. Cada vez que me miraba al espejo, no podía contener las náuseas. En mis brazos, las cicatrices de sus quemaduras no desaparecieron, por eso intenté cubrirlas. Así me conociste. Por eso estaba tan delgado, Amalia. Alimentar mi propio cuerpo era horrible. Deseaba morir cada noche, pero mi hermanita me mantuvo vivo. Y luego tú, compartiendo tu almuerzo, tus sonrisas y tu calma».

Diego dejó de hablar y el leve sollozo de Amalia se escuchaba en toda la habitación. Él se incorporó, poniéndose de pie frente a ella, quién secó sus lágrimas rápidamente para sentarse en la cama, frente a él.

—Amalia, tu salvaste mi vida —dijo abriendo su sudadera azul, y quitándose su camiseta roja. El delgado y blanquecino cuerpo de Diego quedó al descubierto—. Estoy lleno de marcas. Esa noche, en que me alejé de ti, ese hombre dejó huellas en otros lugares —dijo tomando la mano temblorosa de Amalia y llevándola hacia sus costillas.

Ella lo observaba con admiración. Su mente casi no pensaba en aquellas cicatrices. Solo podía ver el cuerpo hermoso de Diego, como si en el mundo no existiera nada más bello que él.

—¿Aún quieres estar a mi lado? ¿Aunque no tenga nada que entregar? ¿Aunque en mi piel esté el rastro de alguien más?

Ella apoyó su cabeza en el torso desnudo de Diego, a la altura de su ombligo. Él sintió las lágrimas de Amalia caer, se acercó a ella y besó sus ojos.

—No estás obligada a quedarte conmigo —murmuró. Ya has hecho suficiente por mí.

—Quiero decirte que te amo pero mi mente no puede dejar de odiar a ese cerdo asqueroso. Quisiera borrar cada una de tus marcas y que solo recordarás mis besos —dijo recorriendo las pequeñas cicatrices de su pecho con sus labios. Él la besó y ese beso lo llevó sobre ella—. Nadie volverá a hacerte daño, Diego. Estas a salvo aquí.

Él se volteó, abrió uno de los cajones de su mesita de noche y murmuró tímidamente.

—¿En serio eres capaz de poner bien uno de estos? —preguntó, enseñando uno de los condones de la bolsa.

Amalia rio nerviosa antes de responder.

—He ido a todas las charlas de mi Grupo de Apoyo a la Familia del Paciente Seropositivo. Se perfectamente cómo usarlo.

—Te amo, Amalia —dijo Diego acariciándole el rostro.

—Siempre dices que salvé tu vida. Tú, Diego, me devolviste la mía.

—¿Quieres casarte conmigo? —Amalia lo rodeó con sus piernas, y aceptó.

Fin

Table of Contents

[Fin](#)